

**VIJAY PRASHAD**

# Balas de Washington

*Historias de la CIA,  
intervención y golpes de Estado*

TRADUCCIÓN DE PAULA GÜRTLER

PRÓLOGO DE EVO MORALES



BELLATERRA EDICIONS | BIBLIOTECA CIUDADANA





**Edicions Bellaterra es una editorial nacida el 1973 basada en la difusión de obras de carácter académico o de alta divulgación en el campo de las ciencias sociales, con un marcado carácter interdisciplinario y particular acento en las propuestas más críticas e innovadoras. Nuestro propósito es filtrar mediante nuestra sensibilidad los diferentes conflictos que atraviesan la sociedad con el objetivo de visibilizar los sectores sociales subalternos y mediante diferentes perspectivas críticas abrir debates que habían estado en segundo plano.**

**Biblioteca Ciudadana plantea formular con claridad y concisión la complejidad de los fenómenos que tienen como escenario la sociedad actual. Nuestro objetivo es promover la discusión sobre diferentes asuntos políticos, económicos y sociales, aportando el testimonio de las ciencias sociales al debate público.**

**VIJAY PRASHAD**

# **Balas de Washington**

*Historias de la CIA,  
intervención y golpes de Estado*

TRADUCCIÓN DE PAULA GÜRTLER



**Bellaterra  
Edicions**

Editorial Universitat

Director de colección: Manuel Delgado

Diseño de la colección: Dani Rabaza (Munster Studio)

Diseño original: Joaquín Monclús

Título original: *Washington Bullets: A History of the CIA, Coups, and Assassinations*

Título: *Balas de Washington. Historias de la CIA, intervención y golpes de Estado*

Traducción de Paula Gürtler

Corrección de Fernando Vicente Prieto y Luis Seia

© Vijay Prashad

© Edicions Bellaterra (Cultura21, SCCL), 2020

Edicions Bellaterra (Cultura21, SCCL)

C. Balmes, 25-27, bajos izquierda, 08242 Manresa

[www.bellaterra.coop](http://www.bellaterra.coop)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra..

ISBN: 978-84-122750-3-2

Déposito Legal: DL B 19760-2020

Impreso por Prodigitalk (Barcelona)

---

# Índice

|                                                                                 |    |
|---------------------------------------------------------------------------------|----|
| Nota a la presente edición                                                      | 9  |
| Las balas de Washington · Prólogo                                               | 11 |
| Archivos                                                                        | 17 |
| «Derriben más aviones de Estados Unidos»                                        | 21 |
| Parte 1                                                                         | 27 |
| Derecho divino                                                                  | 27 |
| Poder preponderante                                                             | 28 |
| Fideicomiso                                                                     | 31 |
| «El derecho internacional tiene que tratar a los<br>nativos como incivilizados» | 34 |
| «Las tribus salvajes no cumplen los códigos de<br>la guerra civilizada»         | 38 |
| Los nativos y lo Universal                                                      | 42 |
| La Carta de la ONU                                                              | 46 |

|                                                                                     |         |
|-------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| «Yo defendiendo a Estados Unidos»                                                   | 50      |
| Solidaridad con Estados Unidos en contra del comunismo                              | 55      |
| «Ningún comunista en el gobierno, o si no...»                                       | 59      |
| «No puede permitirse que nada interfiera»                                           | 64      |
| El proyecto del Tercer Mundo                                                        | 68      |
| Exponer «innecesariamente» a Estados Unidos                                         | 76      |
| <br>Parte 2                                                                         | <br>87  |
| Manual para el cambio de régimen                                                    | 87      |
| Producción de amnesia                                                               | 123     |
| «Haz patria, mata un cura»                                                          | 127     |
| La respuesta al comunismo reside en la esperanza por el resurgimiento musulmán      | 133     |
| «Le recomiendo encarecidamente que haga de este un punto de inflexión»              | 138     |
| «La sábana es demasiado corta»                                                      | 147     |
| La deuda de sangre                                                                  | 152     |
| <br>Parte 3                                                                         | <br>157 |
| «Nuestra estrategia ahora debe reenfocarse»                                         | 157     |
| «Los poderes en ascenso crean inestabilidad en el sistema internacional de Estados» | 163     |
| «Pavimentar el país entero»                                                         | 168     |
| Bancos, no tanques                                                                  | 173     |
| Primero entre iguales                                                               | 176     |
| Solo un miembro del Consejo de Seguridad permanente: Estados Unidos                 | 180     |
| República de las ONG                                                                | 182     |
| Máxima presión                                                                      | 187     |

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| Acelerar el caos                 | 194 |
| Las sanciones son un crimen      | 198 |
| La justicia como arma de guerra  | 203 |
| Dinamita en las calles           | 206 |
| Creemos en la gente y en la vida | 211 |
| Fuentes                          | 213 |
| Agradecimientos                  | 221 |

---

## **Nota a la presente edición**

Es un enorme placer publicar este título en la colección Biblioteca Ciudadana en la nueva etapa de Edicions Bellaterra para tener una mejor comprensión de las intervenciones imperialistas que se suceden en nuestro mundo.

Este libro se edita en simultáneo junto a otras editoriales compañeras: Batalla de Ideas (Buenos Aires), Expressão Popular (São Paulo) lo edita en portugués y Leftword Books (Nueva Delhi) en inglés. Se trata de un proceso de articulación en desarrollo, que tiene también a Tricontinental Instituto de Investigación Social como un actor destacado.

Queremos agradecer especialmente al autor, Vijay Prashad, coordinador a nivel global del Instituto Tricontinental y editor en jefe de Leftword Books, por un trabajo que valoramos mucho y a los compañeros de Batalla de Ideas en especial a Fernando Vicente por su amabilidad y generosidad. También queremos agradecer y saludar a Evo Morales Ayma, dirigente del pueblo



boliviano y uno de los máximos referentes de los movimientos populares de América Latina y del mundo, quien tuvo la cortesía de aportar unas palabras a modo de prólogo, en relación con el contenido de este libro.

El conocimiento sobre sucesos históricos de esta relevancia es imprescindible para la reflexión sobre los procesos políticos y sociales. En este sentido, creemos que esta obra es un insumo fundamental para la formación y para la acción.

Barcelona, septiembre de 2020

---

## Prólogo

### **Las balas de Washington**

Este es un libro sobre balas, dice su autor.

Balas que asesinaron procesos democráticos, que asesinaron revoluciones y que asesinaron esperanzas.

El valiente historiador y periodista indio Vijay Prashad pone toda su voluntad para explicar y dar un orden comprensible y totalizador al oscuro interés con que el imperialismo interviene en los países que intentan construir su propio destino.

En las páginas de este libro se documenta la participación de Estados Unidos en el asesinato de líderes sociales de África, Asia y América Latina y en las masacres masivas de los pueblos que se oponen a pagar con su propia pobreza los negocios delirantes de las corporaciones multinacionales.

Dice Prashad que esas Balas de Washington tienen precio: «El precio más alto es pagado por la gente. Porque en estos asesinatos, en esta intimidación violenta, son las personas las que pierden a sus líderes en sus

localidades, un líder campesino, un líder sindical, un líder de los pobres».

Prashad nos relata de manera documentada la participación de la CIA en el golpe de Estado de 1954 contra Jacobo Arbenz Guzmán, presidente de Guatemala democráticamente electo. Arbenz había tenido la intolerable audacia de oponerse a los intereses de la United Fruit Company.

En Chile, el autor muestra cómo el gobierno norteamericano a través de la CIA financia con 8 millones de dólares, huelgas y protestas contra Allende.

Lo que sucedió en Brasil, con el golpe parlamentario que terminó con la destitución de la presidenta Dilma Rousseff en agosto de 2016, es un ejemplo completo de la práctica perversa del «lawfare», es decir, «el uso de la ley como arma de guerra». El mismo instrumento fue utilizado contra el expresidente Luiz Inácio Lula da Silva, quien sufrió 580 días de prisión como resultado de un juicio en el que la fiscalía no aportó pruebas concretas, sino solo «convicciones».

Los tiempos cambiaron y cambiaron los negocios pero los modos y las respuestas del imperialismo apenas se modificaron.

Los bolivianos conocemos muy bien esta política perversa. Incluso mucho antes de los casi catorce años de nuestra gestión al frente del Estado Plurinacional de Bolivia tuvimos que enfrentarnos a operaciones, amedrentamientos y represalias emanadas de Estados Unidos.

En 2008 tuve que expulsar del país al embajador norteamericano, Philip Goldberg, que se encontraba

conspirando con los líderes separatistas para darles instrucciones y recursos para dividir a Bolivia. En aquel momento, el Departamento de Estado norteamericano dijo que mis denuncias eran infundadas. No sé qué dirán ahora, cuando es tan evidente la participación de la embajada norteamericana en el golpe de Estado que nos derrocó a fines de 2019. ¿Qué dirán en el futuro los investigadores que se tomen el trabajo de leer los documentos de la CIA que hoy son secretos?

Las denominadas doctrinas Monroe y de «Seguridad Nacional» intentan convertir a América Latina en su patio trasero y criminalizar a cualquier tipo de organización que se oponga a sus intereses e intente construir un modelo alternativo político, económico y social.

A lo largo de las décadas, han inventado una serie de pretextos y han construido una narrativa para intentar justificar sus criminales intervenciones políticas y militares. Primero era la excusa de la lucha contra el comunismo, después la lucha contra el narcotráfico y ahora se suma la excusa de la lucha contra el terrorismo.

Este libro trae a la memoria una infinidad de ocasiones en que las balas de Washington destrozaron esperanzas. El colonialismo utilizó siempre la idea de progreso de acuerdo a sus propios parámetros y a su realidad. Ese mismo colonialismo que hoy pone en crisis a nuestro planeta, que se devora los recursos naturales y que concentra la riqueza surgida de la devastación dice que nuestras leyes del Vivir Bien son utopías. Pero si nuestros sueños de equilibrio con la Pachamama, de libertad y de justicia social no son aún realidad o se han visto truncados es

principalmente por la intervención del imperialismo para atacar nuestras revoluciones políticas, culturales y económicas que enarbolan la soberanía, la dignidad, la paz y la fraternidad con todos los pueblos.

Si la salvación de la humanidad está lejos es porque Washington persiste en usar sus balas en contra de los pueblos.

Escribimos y leemos estas líneas y estos textos en momentos muy tensos para nuestro planeta. Un virus está poniendo en cuarentena a la economía mundial y el capitalismo, con su voracidad habitual y su necesidad de concentrar riquezas, está mostrando sus límites.

Es probable que el mundo que surja de este convulsionado 2020 ya no sea el que conocimos. Cada día se impone el deber de continuar nuestra lucha contra el imperialismo, contra el capitalismo y contra el colonialismo. Debemos trabajar juntos para que un mundo con mayor respeto por las personas y por la Madre Tierra sea posible. Para ello es importante la intervención de los Estados en favor de las mayorías y de los oprimidos. Tenemos la convicción de que somos mayoría. Y que las mayorías, a la larga, vencerán.

Evo Morales Ayma  
Buenos Aires, abril de 2020

Para Prakash Karat,  
cuya claridad sobre el imperialismo es mi guía

---

## Archivos

De ninguna manera oculto que pienso que en el momento actual, la barbarie de Europa occidental es increíblemente grande, solo superada con creces por una sola, es verdad: la estadounidense.

Aimé Césaire, *Discurso sobre el colonialismo* (1955)<sup>1</sup>.

Estoy rodeado de libros y documentos que describen en detalle las tragedias infligidas sobre los pueblos del mundo. En mi biblioteca hay una sección sobre la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) del gobierno de Estados Unidos y sus golpes de Estado: desde Irán en 1953 en adelante, cada pocos años, cada pocos países. Los informes del Fondo Monetario internacional (FMI) llenan un estante entero; me indican los obstáculos que les pusieron en el camino a los países

---

<sup>1</sup> *Discurso sobre el colonialismo*. Akal: Madrid, 2006. Traducción: Mara Viveros Vigoya.

que intentaron encontrar una salida de su pobreza y desigualdad. Tengo archivos y archivos de documentos gubernamentales que investigaron viejas guerras y nuevas guerras, derramamientos de sangre que desestabilizaron países al servicio de los poderosos y de los propietarios. Hay obras autobiográficas de asesores y líderes diabólicos —las obras completas de Henry Kissinger— y hay escritos y discursos de los líderes de los pueblos. Estas palabras crean un mundo: explican por qué hay tanto sufrimiento a nuestro alrededor y por qué ese sufrimiento no conduce a la lucha sino a la resignación y al odio.

Me incorporo y saco un archivo sobre Guatemala. Es sobre el golpe de la CIA de 1954. ¿Por qué Estados Unidos destruyó a ese pequeño país? Porque el movimiento de los campesinos sin tierra y la izquierda lucharon por la elección de un político democrático —Jacobo Árbenz— que decidió impulsar un plan moderado de reforma agraria. Un proyecto de esas características era una amenaza para la propiedad de las tierras del conglomerado estadounidense que asfixiaba a Guatemala, United Fruit Company. La CIA se puso manos a la obra. Se contactó con el coronel retirado Carlos Castillo Armas, les pagó a los comandantes de brigadas, armó episodios de sabotaje y luego capturó a Árbenz en el palacio presidencial y lo envió al exilio. Luego de eso, Castillo Armas instaló un reinado del terror en Guatemala. «Si es necesario convertir al país en un cementerio para poder pacificarlo», dijo más tarde Castillo Armas, «no dudaré en hacerlo». La CIA le dio listas de comunistas, personas que buscaban sacar al país de la pobreza. A esas personas las arrestaron y a muchas



las ejecutaron. La CIA le otorgó a Castillo Armas su bendición para matar; les entregó a sus carniceros *Un estudio del asesinato*, el manual para matar de la CIA. La luz de la esperanza se apagó en este pequeño y vibrante país.

¿Qué otros misterios del pasado se encuentran en mis archivos y libros? ¿Qué nos cuentan estas historias?

Lo que cuentan es que cuando los pueblos y sus representantes intentaron forjar un camino justo hacia el futuro, sus clases dominantes lo impidieron, con el apoyo de las fuerzas occidentales. Nos cuentan que lo que quedó fue un paisaje de desolación. La humillación del antiguo pasado colonial ingresaba por refracción a la era moderna. A los pueblos del Tercer Mundo nunca les fue permitido vivir en la misma época que sus contemporáneos occidentales: fueron obligados a vivir con menos oportunidades y con menos dignidad social. Los grandes líderes del Tercer Mundo pasaron por el frío acero de la ejecución: Patrice Lumumba en el Congo (1961), Mehdi Ben Barka de Marruecos (1965), Che Guevara en Bolivia (1967), Thomas Sankara en Burkina Faso (1987) y tantos otros, antes, después y durante. Países enteros —desde Vietnam hasta Venezuela— se vieron al borde de la aniquilación por guerras asimétricas y guerras híbridas.

Este libro se basa en una copiosa lectura de documentos gubernamentales de Estados Unidos y documentos gubernamentales de organizaciones multilaterales y gobiernos aliados, así como también de valiosas fuentes secundarias escritas por académicos de todo el mundo. Es un libro sobre las sombras; pero se basa en la literatura de la luz.

---

## «Derriben más aviones de Estados Unidos»

USA

donde la libertad  
es una estatua

Nicanor Parra, *Artefactos* (1972)

¿Cuál es el precio de la bala de un asesino? El precio de la bala. Algunos dólares por aquí y por allá. El costo de un viaje en taxi, un hotel, un avión, el precio pagado para contratar al asesino, su silencio comprado con un pago en un banco suizo, el costo psicológico de él por haber quitado la vida de uno, dos, tres, cuatro. Pero el mayor costo no lo pagan los servicios de inteligencia. El mayor costo lo pagan los pueblos. Pues en estos asesinatos, estos homicidios, esta violencia de intimidación, son los pueblos los que pierden a sus líderes en sus localidades. Un líder campesino, un líder sindicalista, un líder de los pobres. Los asesinatos se convierten en masacres, en tanto los pueblos que

están en movimiento son frenados y su confianza empieza a tambalear. Aquellos líderes que surgieron de esos pueblos, los organizaron, hablaron en su nombre, ahora están muertos o si no murieron están demasiado atemorizados para ponerse de pie, demasiado aislados, demasiado inquietos, su sentido de poder, su sentido de dignidad, en riesgo por una u otra bala. En Indonesia, el precio de la bala fue de millones; en Guatemala, decenas de miles. La muerte de Lumumba dañó la dinámica social del Congo y Mobutu amordazó su historia. ¿Cuánto costó matar a Chokri Belaid (tunecino, 1964-2013) y a Ruth First (sudafricana, 1925-1982)? ¿Cuánto costó matar a Amílcar Cabral (guineano y caboverdiano, 1924-1973) y a Berta Cáceres (hondureña, 1971-2016)? ¿Qué significó sofocar la historia para preservar el orden de las cosas? Cada bala disparada derribó a una revolución y dio origen a nuestra barbarie actual. Este es un libro sobre balas.

Muchas de estas balas fueron disparadas por personas que tienen sus propios intereses miserables, sus rivalidades ruines y sus ganancias mezquinas. Pero la mayoría de las veces, esas fueron balas de Washington. Son balas que lustraron los burócratas del orden mundial que quisieron contener la gran ola que surgió a partir de la Revolución de Octubre de 1917 y las muchas olas que azotaron el mundo para formar el movimiento anticolonialista. La cresta de la primera ola fue en la URSS y en Europa del Este; y fue esa la ola que provocó la Guerra Fría o el conflicto Este-Oeste; la otra ola fue de Vietnam y China a Cuba, de Indonesia a Chile; y esa ola engendró el conflicto mucho más letal del Norte-Sur

u Oeste-Sur. Para Estados Unidos, como líder del Oeste, estaba claro que ningún conflicto potente sería posible en el eje Este-Oeste, que una vez que la URSS (1949) y China (1964) probaran sus armas nucleares, ninguna guerra directa sería posible. El campo de batalla se movió de los montes Urales y las montañas del Cáucaso a América Central y a América del Sur, a África y a Asia: en otras palabras, al Sur. Aquí, en el Sur, donde hay materia prima en abundancia, la descolonización se había convertido en el marco principal para la década de 1940. Las balas de Washington que apuntaban a la URSS no se usaron, pero las balas se dispararon al corazón del Sur. Fue en los campos de batalla del Sur que Washington presionó contra la influencia soviética y contra los proyectos de liberación nacional, contra la esperanza y en pos de la ganancia. La libertad ya no sería el lema de las nuevas naciones que rompieron con el colonialismo formal; libertad es el nombre de una estatua en el puerto de Nueva York.

Pero la libertad no puede contenerse tan fácilmente. El imperialismo es poderoso: busca subordinar a las personas para maximizar el robo de recursos, trabajo y riqueza. Para negar la obscenidad absoluta del imperialismo se tendría que buscar otra respuesta al hecho de que los 22 hombres más ricos del mundo tienen más riqueza que todas las mujeres en África, o que el 1% más rico tiene más del doble de la riqueza que tienen 6.900 millones de personas. Tendría que haber una respuesta al motivo por el que seguimos sufriendo por hambre, analfabetismo, enfermedades e indignidad en diversas formas.

No se podría decir sencillamente que no hay recursos para resolver estos problemas, dado que los paraísos fiscales contienen al menos 32 billones de dólares: más del valor total de oro que se ha sacado a la superficie. Es fácil bombardear un país; es más difícil resolver los problemas acuciantes de su población. La única solución del imperialismo a estos problemas es intimidar a los pueblos y generar disenso entre las personas.

Es por eso que, a pesar de todo, las personas continúan aspirando a alternativas, continúan organizándose, continúan buscando conquistar un mundo nuevo; todo eso a pesar de la posibilidad del fracaso. Sin arriesgarse al fracaso, no se pueden saborear los frutos de la victoria.

El 2 de septiembre de 1945, Ho Chi Minh apareció ante una gran multitud en Hanoi. Nunca antes había ido a la capital, pero todos lo conocían allí. «Compatriotas —preguntó—: ¿pueden escucharme? ¿Entienden lo que les digo?». Unas semanas antes, en Tân Trào, el Congreso Nacional de los Representantes de los Pueblos dispuso la agenda para el nuevo Vietnam. En esa reunión, Ho Chi Minh dijo: «El objetivo del Comité de Liberación Nacional y de todos los delegados es ganar independencia para nuestro país —sin importar el costo— para que nuestros hijos tengan suficiente para comer, suficiente para vestirse y puedan ir a la escuela. Ese es el objetivo principal de nuestra revolución». El pueblo en Hanoi, y en todo Vietnam, entendió perfectamente lo que estaba diciendo Ho Chi Minh; podían escucharlo y podían entenderlo. Su lema era comida, ropa y educación.

Alimentar, vestir y educar a la población de un país requiere recursos. La revolución de Vietnam significó que ya no permitiría que su propia riqueza social se fugara a Francia y al Oeste. El gobierno vietnamita, liderado por Ho Chi Minh, quería usar esa riqueza para abordar las privaciones centenarias del campesinado vietnamita. Pero eso es precisamente lo que el imperialismo no podía tolerar. El trabajo vietnamita no era para el propio progreso de los vietnamitas, era para proveer plusvalía a los capitalistas occidentales, en particular a la burguesía francesa. El propio desarrollo de Vietnam no podía ser la prioridad de los vietnamitas, la prioridad de Vietnam era colaborar con el crecimiento de Francia y el resto de los estados imperialistas. Es por eso que los franceses, en complicidad con la monarquía vietnamita y sus subordinados, fueron a la guerra contra el pueblo vietnamita. Esa guerra francesa contra Vietnam transcurriría desde 1946 hasta 1954, y luego Estados Unidos asumiría ese papel en la guerra hasta su derrota en 1975. Durante la peor parte del bombardeo de Estados Unidos al norte de Vietnam, Ho Chi Minh recorrió las defensas aéreas. Estaba ya bien entrado en los 70 años. Sus camaradas le preguntaron por su salud. «Derriben más aviones de Estados Unidos —dijo— y estaré de óptima salud».

Las balas de Washington son pulcras y peligrosas. Intimidan y crean lealtades a partir del miedo. Su antídoto es la esperanza, el tipo de esperanza que nos llegó en 1964 cuando la guerra civil colombiana abrió una nueva fase y el poeta Jotamario Arbeláez cantaba acerca de otro futuro:

## *Un día después de la guerra*

*si hay guerra  
si después de la guerra hay un día  
te tomaré en mis brazos  
un día después de la guerra  
si hay guerra  
si después de la guerra hay un día  
si después de la guerra tengo brazos  
te haré con amor el amor  
un día después de la guerra  
si hay guerra  
si después de la guerra hay un día  
si después de la guerra hay amor  
y si hay con qué hacer el amor.*

---

## Parte 1

### Derecho divino

El derecho divino es un antiguo principio que establece que los reyes tienen el derecho —por orden de Dios— de actuar como deseen. Las leyes creadas por el hombre no tienen ninguna relevancia en comparación con el asombroso poder de Dios y del representante de Dios, es decir, el monarca.

En Delhi, hacia el final del siglo xvi, el emperador mogol Akbar comenzó a tener dudas acerca de la idea del derecho divino. Akbar creó una casa de traducción (*maktab khana*) y dispuso que los eruditos leyeran con atención todas las tradiciones religiosas. «Los pilares de la obediencia a ciegas se demolieron», escribió el biógrafo de Akbar, Abu'l Fazl. «Comenzó así una nueva era de investigación e indagación en asuntos religiosos». Con el surgimiento de un concepto de soberanía no religioso, aparece también la idea de que el emperador debía gobernar para el



pueblo, y no por un derecho otorgado por Dios. «La tiranía es ilegítima en todos los casos, especialmente en el caso de un soberano que es el guardián del mundo», escribió Abu'l Fazl en *Ain-i-Akbari* (1590).

Nueve años más tarde, el historiador español Juan de Mariana escribió *De rege et regis institutione* (1598), que argumentaba que las personas –se refería sobre todo a los nobles– «pueden pedirle a un rey que rinda cuentas».

Abu'l Fazl y De Mariana habían olfateado el aire de época. Las rebeliones de campesinos tuvieron su impacto. Sus horquetas estaban afiladas; su ira era un maremoto. La soberanía pasó gradualmente de Dios y el Rey al Pueblo.

Una generación más tarde, Luis XIV de Francia dijo «*L'État c'est moi*»: el Estado soy yo. Sus descendientes murieron en la guillotina.

## Poder preponderante

El 6 de agosto de 1945, las Fuerzas Armadas de Estados Unidos arrojaron una bomba que contenía 64 kg de uranio-235 sobre la ciudad de Hiroshima (Japón). La bomba demoró apenas un poco más de 44 segundos en caer desde una altura de 9400 metros y detonó a 580 metros de altura del centro médico Shima Surgical Clinic. Más de 80.000 personas murieron al instante. Ese fue el primer uso de la bomba nuclear.

Cuatro días después, Satsuo Nakata fue a la ciudad con la cámara Leica de la agencia de prensa *Domei News Agency*. Tomó 32 fotografías de la devastación; cada una

de esas imágenes —archivadas en el Museo de la Paz de Hiroshima— es icónica. La fuerza de la bomba arrasó la ciudad, a pesar de que detonó menos del 2% del uranio. Nakata tomó una foto de la oficina del periódico *Chugoku Shimbun* y la tienda de kimonos Odamasa. El metal de la tienda se retorció como un remolino. Una señal de la potencia de esta arma. Toge Sankichi, *hibakusha* (sobreviviente de la bomba atómica) y poeta, describió ese poder y su impacto mientras ardían los incendios causados por la bomba, en una ciudad que tenía entonces 350.000 habitantes: «el único sonido: las alas de las moscas zumbando alrededor de bacinillas metálicas».

Entre 1944 y 1946, Paul Nitze fue el director y luego vicepresidente de la agencia de Análisis de los Bombardeos Estratégicos de Estados Unidos («*US Strategic Bombing Survey*»). Comenzó su trabajo en Europa pero luego fue a Japón poco después del final de la guerra. Nitze luego afirmó que había creído que la guerra se habría ganado «incluso sin la bomba atómica». Esa es la tesis que esperaba demostrar durante su estadía en Japón. La destrucción que vio fue impactante: se parecía a lo ocurrido en las ciudades europeas que habían sufrido bombardeos convencionales. Como escribió su biógrafo Strobe Talbot, Nitze «creía que las mediciones de la agencia en Hiroshima y Nagasaki mostraban que los efectos eran aproximadamente el equivalente a un bombardeo incendiario». Los generales y empresarios japoneses que entrevistó le dijeron que eventualmente se habrían rendido, pero que la bomba atómica determinó, sin lugar a dudas, que era imposible continuar la guerra.

En noviembre de 1945, Nitze se encontró con el barón Hiranuma Kiichiro, presidente del Consejo Privado de Japón. El 26 de julio de 1945, Estados Unidos, el Reino Unido y China emitieron la Declaración de Potsdam, que llamaba a Japón a rendirse o enfrentar «una destrucción pronta y absoluta». Kiichiro dijo que a partir de esta amenaza buscó convencer a los demás miembros del Consejo Privado para que se rindieran. No lo logró. Una semana más tarde, el 6 y el 9 de agosto, Estados Unidos arrojó las bombas en Hiroshima y Nagasaki. El emperador Hirohito de Japón se rindió el 15 de agosto. Kiichiro le dijo a Nitze que el «principal factor» para la rendición japonesa fue «la bomba atómica». El país, dijo, «se enfrentó a poderes destructivos terribles y la capacidad de Japón de seguir en guerra quedó destruida».

La inmensa autoridad de la bomba atómica tuvo un impacto en los burócratas de Washington, incluso en aquellos que pudieron haberse sentido incómodos por su uso. Nitze era uno de ellos. Hubiera preferido que no se usara la bomba atómica, pero comprendió su utilidad. Por eso promovió que el gobierno de Estados Unidos expandiera su enorme arsenal. El objetivo no era atacar efectivamente a la URSS, sino garantizar que la URSS estuviera —como dijo el diplomático estadounidense George F. Kennan— contenida, y luego eventualmente replegada. Fue Nitze, más que Kennan, quien dio forma a la política exterior de Estados Unidos durante décadas. Con su equipo del Departamento de Estado en 1952, Nitze formuló con claridad el objetivo de poder de Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial.

Los liberales en el gobierno de Estados Unidos, dijo, «tenden a subestimar la capacidad de Estados Unidos»; pero él no, dado que había visto su demostración al formar parte de la oficina de Análisis de los Bombardeos Estratégicos. Nitze usó una palabra, «preponderante», que se convertiría en parte de la fórmula de los planificadores de política de Estados Unidos. «Buscar menos que un poder preponderante sería optar por la derrota», escribió el equipo de Nitze en 1952. «El poder preponderante debe ser el objetivo de la política de Estados Unidos».

La palabra «preponderante» viene del latín. Significa «que pesa más». El rey siempre vale su peso en oro. Ahora Estados Unidos reclama la balanza, habiendo ampliado su poder con las demostraciones en Hiroshima y Nagasaki.

## Fideicomiso

Los antiguos amos coloniales elegían pensar que recibían órdenes de Dios para llevar paz y civilización al mundo. Aquella idea del colonizador como pacificador y creador de leyes se integró a los grandes discursos del derecho internacional moderno. Los nativos eran problemáticos, incapaces de ser gobernados por la razón: necesitaban que sus amos los ayudaran, que fueran sus tutores. El Pacto de la Sociedad de las Naciones (1919) estableció que las tierras de los habitantes nativos eran «fideicomisos», de modo que sus amos pudieran creer que la dominación estaba santificada por la ley. En el artículo 16 del Pacto se estableció que las «naciones a

favor de la paz» —es decir, los imperialistas— tenían la «obligación» de mantener la paz y la seguridad.

La hipocresía europea respecto de términos como «paz» ya estaba bien clara para ese entonces en el mundo colonizado. El Pacto de la Sociedad de las Naciones se firmó el 28 de junio de 1919. Unos meses antes, el 13 de abril de 1919, las tropas británicas llevaron a cabo una masacre en Jallianwala Bagh (Amritsar, India), donde se realizaba una reunión masiva en oposición a la autoritaria Ley de Defensa de la India de 1915. En solo un día murieron asesinadas cerca de mil personas. Estaban realizando una reunión pacífica. Las «naciones a favor de la paz» las asesinaron. Eso fue a pesar del hecho de que «India» era miembro de la Sociedad de las Naciones. En verdad, como comprendieron perfectamente los periódicos indios —tales como el *Rajakuran* (noviembre de 1919)—, «Inglaterra se aseguró un voto para India en la Sociedad de las Naciones con el fin de ejercer poder sobre una mayor cantidad de votos». No había beneficio para India «de ninguna manera».

Estados Unidos firmó el Pacto. También firmaron Nicaragua y Haití. En 1909, Estados Unidos intervino en Nicaragua para derrocar al presidente José Santos Zelaya, que tenía la ambición de crear una República Federal de América Central. Un proyecto de unidad regional de esas características era inaceptable para Estados Unidos, que quería construir un canal que atravesara Nicaragua para unir a los dos océanos (cuando Estados Unidos puso su atención en Panamá, Zelaya les preguntó a los alemanes si estaban interesados en un canal; ese fue un error fatal para él). La salida de Zelaya abrió espacio en Nicaragua

para los nacionalistas, incluso en el ejército. Cuando se levantaron en la Rebelión de Mena en 1912, la Infantería de Marina de Estados Unidos volvió y se quedó hasta 1933. Haití, que al igual que Nicaragua era parte de la Sociedad de las Naciones, vio a su pueblo levantarse contra el dictador pro Estados Unidos Jean Vilbrun Guillaume Sam en 1915. La muerte de Sam en las calles de Port-au-Prince le dio a Estados Unidos la excusa para enviar a los marines. Se quedaron en Haití hasta 1934. Entre quince mil y treinta mil haitianos murieron en la represión, aunque eso no detuvo una rebelión campesina en 1919-1920 y una serie de huelgas en 1929. El líder de parte de esta revuelta, Charlemagne Masséna Péralte (1886-1919) y su banda de *cacos* lucharon por defender los derechos del pueblo haitiano. Un marine estadounidense le disparó en el corazón. Péralte era el Sandino de Haití, el revolucionario nicaragüense que tuvo un destino similar en 1934. Vacieron todas las instituciones de Haití y sus funciones quedaron subordinadas a Estados Unidos. Una «nación a favor de la paz» invadió a otros dos miembros de la Sociedad de las Naciones en nombre de la paz. Pero estas excepciones ya habían sido integradas en el Pacto. Decía con claridad: «Los compromisos internacionales, tales como tratados de arbitraje, y las inteligencias regionales, tales como la doctrina Monroe, que aseguran el mantenimiento de la paz, no se consideran incompatibles con ninguna de las disposiciones del presente Pacto». La doctrina Monroe de 1823, que Estados Unidos entendió como su derecho al hemisferio, era legal, dado que les permitió a los imperialistas un derecho a sus dominios.

El representante de Japón en la reunión de la Sociedad de las Naciones fue el barón Makino Nobuaki. Su discurso en la conferencia de Versalles —teñido de ingenuidad— presentó una «propuesta para la abolición de la discriminación racial». El informe de Nobuaki era estrecho, como dejó claro el ministro de Relaciones Exteriores, el vizconde Yasuya Uchida; esta propuesta solo se aplicaría a los miembros de la Sociedad de las Naciones y no a los territorios colonizados. Pero incluso este principio era demasiado. Australia había adoptado oficialmente una Política de Australia Blanca en 1901. Su primer ministro, William Morris Hughes, no toleraría una propuesta de esas características en la Sociedad. Tanto Gran Bretaña como Estados Unidos estuvieron de acuerdo. La propuesta japonesa quedó a mitad de camino. El barón Nobuaki volvió a su casa furioso; era un mecenas de los grupos ultranacionalistas cuyo rol llevó a Japón a sus guerras de agresión en Asia.

«El derecho internacional tiene que tratar a los nativos como incivilizados»

En las viejas épocas del colonialismo no había necesidad de justificación. Si un poder colonial quería invadir un territorio, podía hacerlo a voluntad. Otros poderes coloniales podían objetarlo, y a veces lo hacían, pero esa objeción no era en nombre de quienes eran invadidos; era a causa de la competitividad entre las potencias colonialistas. En 1884-1885, las potencias

imperialistas se encontraron en Berlín para repartirse África. Las potencias europeas y Estados Unidos se disputaron la «ocupación efectiva» y las «esferas de influencia», frases que ocultaban la ocupación brutal y cruel de las tierras y la supresión de las aspiraciones de los pueblos. Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Portugal, España y Estados Unidos se repartieron el terreno. Una década más tarde, solo Etiopía, Marruecos y los sultanatos de Majerteen y Hobyo seguían siendo relativamente independientes. En unas décadas, Francia y España tomarían Marruecos y los dos sultanatos serían tomados por Italia, que luego pelearía una dura guerra contra Etiopía para ocuparla en 1936. Todo eso se realizó mediante un marco legal que le quitó derechos a un continente entero para servir a las necesidades de Europa y de Estados Unidos.

John Westlake, profesor de la Universidad de Cambridge que fue pionero del derecho internacional y que luego se convertiría en miembro del Parlamento por el Partido Liberal, escribió en su libro de texto de 1894 *Derecho Internacional*:

El derecho internacional tiene que tratar a los nativos como incivilizados. Regula, para el beneficio mutuo de los Estados civilizados, los reclamos que hacen por la soberanía en la región y deja el trato a los nativos a conciencia del Estado al que se le otorga la soberanía, en lugar de sancionar que su interés se convierta en una excusa para la guerra entre los demandantes civilizados, lo que devasta la región y causa el sufrimiento de los propios nativos.



En otras palabras, para proteger a los nativos, los países deben entregar sus tierras y recursos a los colonizadores, que deben llegar a un acuerdo mediante el derecho internacional para no entrar en guerra entre sí; es en beneficio de los nativos que se deben rendir y contemplar cómo los imperialistas se reparten el botín. Ese es el punto máximo del derecho internacional imperialista, que yace escondido en el marco conceptual de las leyes internacionales en la actualidad.

Las ficciones legales abordaron la conquista, pero no hubo una inquietud parecida respecto de las masacres de pueblos enteros y sus culturas.

El Primer Convenio de Ginebra (1864) surgió a partir de un sentimiento de indignación por las grandes cifras de europeos que murieron en batallas en Europa. Hubo dos conflictos en particular que repugnaron al público europeo: el conflicto en Crimea entre 1853 y 1856, que se cobró más de 300.000 vidas, y la Batalla de Solferino en 1859, que se cobró 40.000 vidas en un solo día. De esas dos guerras surgió el Primer Convenio de Ginebra y el Comité Internacional para el Socorro de los Heridos (que luego se convertiría en el Comité Internacional de la Cruz Roja). Esta ley y esta institución establecieron el marco moral para las guerras.

Todo se derrumbaría durante la Primera Guerra Mundial, cuando la tecnología de guerra excedió cualquier marco moral posible. Las armas químicas y el bombardeo aéreo quitaron el «honor» de la guerra e hicieron que el combate fuera una cuestión de superioridad tecnológica más que de valentía. El impacto del bombardeo aéreo fue

el más significativo, dado que implicó que la división entre combatientes y civiles empezara a disolverse, frente a la capacidad tecnológica de bombardear áreas civiles mucho más lejos del frente del campo de batalla. Aparecieron numerosos convenios de Ginebra nuevos (1929, 1949), cada uno en busca de aminorar la dureza de las nuevas tecnologías de muerte. Los nazis no tenían escrúpulos en relación con las muertes de civiles, el preludio fue el bombardeo de Guernica (España) en 1937. Pero los Aliados no eran menos agresivos. En 1942, el gobierno británico reconoció que su bombardeo buscaba dañar «la moral de la población civil enemiga y, en particular, de los trabajadores industriales». El bombardeo aliado de Dresde (Alemania) en 1945 puso en práctica la teoría de 1942. El novelista estadounidense Kurt Vonnegut estuvo en Dresde como prisionero de guerra. Más adelante, escribió un libro devastador sobre el bombardeo llamado *Matadero Cinco* (1969). Los muertos cubrían la ciudad. «Había demasiados cadáveres para enterrar», escribió Vonnegut. «Entonces, los nazis enviaron tropas con lanzallamas. Todos los restos de esos civiles quedaron hechos cenizas».

La nueva tecnología de guerra —y el Holocausto— requirieron que Occidente creara la Organización de las Naciones Unidas y la Carta de las Naciones Unidas (1945). Europa había abierto las fauces del infierno para sí misma. Por otro lado, el infierno siempre había sido la condición en las colonias y para los colonizados.

En noviembre de 1944, 1300 soldados de África Occidental, de Benín a Togo, que habían peleado en el ejército francés, habían sido capturados por los nazis y retenidos

en un campo de concentración, y luego habían sido liberados y llevados de nuevo a otro campo de concentración en Thiaroye en las afueras de Dakar, se amotinaron contra el modo en que los trataban. Habían visto los bombardeos y la brutalidad; habían creído que estaban de regreso a su hogar para cobrar las pensiones de guerra. Pero los franceses los traicionaron, como siempre hace el colonialismo. Su revuelta fue un grito en la oscuridad. Los soldados franceses abrieron fuego y mataron a cientos de ellos. En 1988, el brillante cineasta senegalés Sembene Ousmane hizo una película –*Camp de Thiaroye*– sobre esa masacre. Uno de los personajes principales de la película es Pays, que sufre de trauma de guerra, lo que antiguamente se conocía como neurosis de guerra (*shell shock*). No puede hablar, solo puede gruñir y gritar. Pays está de guardia. Ve que los tanques rodean el campamento e intenta decirles a sus camaradas soldados que los nazis volvieron a matarlos. Los camaradas creen que está loco. Los tanques franceses abren fuego. Todos los africanos son masacrados.

«Las tribus salvajes no cumplen los códigos de la guerra civilizada»

El joven Winston Churchill luchó en «muchas buenas guerras contra los pueblos bárbaros»<sup>2</sup>. En el valle de Swat, en lo que actualmente es Pakistán, Churchill y sus tropas

---

2 N. de T.: En el original: «*a lot of jolly little wars*», parte del discurso de Churchill en Bristol University Students, 1929 (traducción propia).

arrasaron con la resistencia local con extrema violencia. Cuando reflexionó sobre esa guerra asesina, Churchill escribió que sus tropas tuvieron que ser sangrientas porque el pueblo de Swat tenía «una fuerte propensión aborigen por matar». Los franceses tomaron prestada una palabra notoriamente estadounidense, *gook*<sup>3</sup> —usada en Filipinas por primera vez—, para su guerra en Argelia, en la que enviaban a las tropas en *gook hunts*, cacerías de los nativos. El salvaje es el nativo. El colonizador es civilizado, incluso en su brutalidad. El colonizador nunca puede ser el terrorista. Siempre es el salvaje el que es terrorista.

Las discusiones acerca del Primer Convenio de Ginebra en 1864 no hacían mención de las guerras coloniales. Ninguna mención de la terrible represión contra el levantamiento en India de 1857, nada en relación con el salvajismo en las medidas tomadas contra los levantamientos de los esclavos en América, silencio acerca de las matanzas genocidas de los pueblos indígenas en Australia y en América... silencio.

El silencio continuaría desde 1864 hasta 1929, y luego hasta los Convenios de Ginebra de 1949. No hay nada para citar aquí que muestre que existió ese silencio, solo el hecho de que *no* hay referencias a las guerras coloniales en estas leyes de guerra. Fue recién en 1977 —como Protocolo adicional 1— que el proceso de Ginebra reconoció que las guerras de liberación nacional se debían considerar conflictos armados bajo el marco de los Convenios.

---

3 N. de T.: palabra del idioma inglés con una connotación peyorativa, utilizada en la actualidad para referirse a las personas de origen asiático, especialmente de Corea y Vietnam.

Pero eso solo ocurrió porque los Estados que habían sido colonizados y ahora eran independientes y formaban parte del Movimiento de Países No Alineados (MPNA) —constituido en 1961— *lucharon* por esta incorporación.

En las colonias, todas las intervenciones eran legales, todos los ataques y masacres eran legales. Si los nativos se comportaban mal, el colonizador podía hacer lo que quisiera. El término «diplomacia del cañonero» ejemplifica la naturaleza de la ausencia de ley. A veces la conciencia liberal debía enfrentarse a su propia brutalidad. Entonces, había que crear justificaciones. En 1923, algunos oficiales británicos en Londres se preocuparon por la dureza de sus operaciones en Afganistán. Pero luego de una breve discusión, acordaron que el derecho internacional —los convenios de Ginebra— no aplicaban «contra tribus salvajes que no obedecen los códigos de la guerra civilizada». Este era el libro de texto de Westlake de 1894 en las notas de un burócrata de guerra en 1923.

El rey Leopoldo II de Bélgica y su régimen genocida en el Congo —que mató al menos diez millones de personas en una década— fue una vergüenza para el proyecto europeo. Tuvo que ceder el control del Congo en 1908. Pero eso se debió a que fue demasiado extremo. El principio de que los colonizadores europeos podían estar fuera de la ley en las colonias no se cuestionaba; el carácter sin ley del colonialismo se mantuvo, solo la cantidad de muertos se convirtió en un escándalo.

Más adelante, cuando la tecnología produjo la capacidad de matar desde el cielo, la ansiedad duró solo un instante, rápidamente eclipsada por la capacidad civilizadora

del bombardeo de nativos. Los italianos fueron los primeros en bombardear humanos desde el aire, con el bombardeo de Libia en octubre de 1911, solo unos pocos años después de que quitaran a Leopoldo del Congo. Algunos periódicos se quejaron. El *Daily Chronicle* describió la escena vívidamente: «Asesinaron civiles, tanto jóvenes como viejos, despiadadamente, sin escrúpulos y sin vergüenza». El uso de la palabra legal «civiles» es significativo. El editor del periódico, Robert Donald, toleraba la guerra, pero no el asesinato. La fuerza aérea italiana, que comprendió el valor del bombardeo, escribió en su comunicado desde el frente que las bombas «tuvieron un efecto maravilloso en la moral de los árabes», es decir que los árabes estaban aterrorizados por los colonizadores. La fuerza aérea británica de Robert Donald imitaría a los italianos en las campañas contra los iraquíes en 1924. El jurista británico J. M. Spaight escribió en *Air Power and War Rights* (en español, «Poder aéreo y derechos de guerra», 1924) que el bombardeo aéreo tiene «posibilidades casi ilimitadas». «Puede convertir al viejo asunto de las matanzas, crudas y desagradables, en una cirugía casi limpia del ajuste internacional forzoso». Los bombardeos rápidos y letales cambian el balance de fuerzas de modo que el «ajuste internacional», o la rendición de los nativos, pudiera acelerarse. Eso es lo que pasó con las leyes de la guerra cuando se relacionaban con los pueblos colonizados.

Esa brutalidad continuaría hasta mucho después de la creación de las Naciones Unidas, mucho después del eslogan del «nunca más» que surgió por la repulsión ante el Holocausto. Durante la guerra genocida de Gran Bretaña

en Kenia, de 1952 a 1960, el jefe de la policía colonial Ian Henderson lideró una operaciónseudogángster terriblemente brutal. El libro de Henderson, publicado en 1958 y muy aclamado, se llamaba *Man Hunt in Kenya* (en español, «Cacería de hombres en Kenia»); el protagonista perseguía a terroristas y salvajes, y avanzaba sin titubear mientras participaba en una de las guerras coloniales más terribles del siglo xx. En 1976, Ngugi wa Thiong'o y Micece Mugo escribieron una obra dramática acerca del juicio de Dedan Kimathi, el líder de la rebelión Mau Mau, a quien Henderson había capturado. El líder de la liberación nacional Kimathi y el policía colonial Henderson se encuentran en la celda. «Mira, entre nosotros dos —dice Henderson— no necesitamos fingir. Las naciones sobreviven gracias a su fuerza y a que protegen su propio interés. Tú pusiste en riesgo nuestros intereses. Tuvimos que defenderlos. Es por nuestro interés mutuo y por nuestro bien que debemos terminar esta guerra desagradable». Kimathi responde: «¿Me tomas por un tonto?».

«Soy un revolucionario keniano», dijo Kimathi. Un ser humano que se enfrenta a las guerras coloniales ilegítimas. Antes de que ejecutaran a Kimathi, le dijo a su mujer Mukami: «Mi sangre regará el árbol de la independencia».

## Los nativos y lo Universal

Gradualmente, y con intensidad, fueron creciendo los movimientos por la liberación nacional en el mundo

colonizado. Esos movimientos no solo demandaban libertad política de los regímenes coloniales. Somos parte de la raza humana, decían, y por lo tanto, somos parte de las ideas universales de libertad y humanidad. «*Soy un revolucionario keniano*», dijo Kimathi, pero lo que quiso decir también fue «*Soy un ser humano*». No había ideas, tales como la del «salvaje», que pudieran usarse para excluir a quienes habían sido colonizados de los principios universales. Esa era la esencia de las resoluciones que emergieron de la reunión de la reunión de la Liga Contra el Imperialismo realizada en Bruselas en 1927-1928. La resolución política amplificó esta demanda a partir de su ira contra el «reino del terror» y las «medidas brutales de represión» que se utilizaron contra los movimientos de liberación nacional desde Nicaragua hasta India. Parecía que nada podía interponerse en el camino de las demandas de la humanidad para avanzar libremente e ingresar en el escenario de la historia.

A lo largo de las décadas que siguieron, los movimientos de liberación nacional crecieron y se fortalecieron, soportaron los feroces ataques de los imperialistas y desarrollaron su propia comprensión de la unidad esencial de la humanidad. El racismo del colonialismo no se reflejaría en los movimientos de liberación nacional, que luchaban por la universalidad y no por su propio desarrollo particular.

La Carta del Atlántico de 1941, promovida por el presidente de Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt, tenía todos los principios moralistas de universalidad que reflejaban las demandas de los movimientos de liberación



nacional. Pero, al igual que los 14 Puntos del presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson (1918), la Carta de Roosevelt era más grandilocuente que la realidad. La ansiedad por el anticolonialismo afectó los altos mandos del imperialismo: Wilson se preocupaba por las revoluciones de 1911 en China, India y México, así como por la Revolución Rusa de 1917; Roosevelt vio la historia cara a cara y tuvo la revelación de que el anticolonialismo prevalecería luego del final de la Segunda Guerra Mundial. El viceprimer ministro británico Clement Attlee se presentó en 1941 ante un grupo de estudiantes de África Occidental, vibrantes por su esperanza de liberarse del colonialismo, y les dijo: «La Carta del Atlántico: significa también razas oscuras. Las personas de color así como las blancas compartirán los beneficios de la Carta del Atlántico de Churchill y Roosevelt». Su primer ministro Winston Churchill no compartía esta visión. En 1941, cuando los Aliados llegaban a África del Norte, anunció: «no me convertí en el primer ministro del rey para presidir la liquidación del Imperio Británico». Los imperialistas debían reconocer el poder ascendente de la liberación nacional, pero no iban a rendirse sin luchar brutalmente.

Justo cuando Ho Chi Minh anunciaba la libertad para Indochina en 1945, las tropas francesas regresaron para volver a tomar la región, tal como hicieron en Argelia. Los británicos lucharon brutalmente para retener Malasia y Kenia, pero aceptaron la partición de India, siempre y cuando sus bases aéreas en el norte de Pakistán permanecieran en el país. Se permitió la libertad de bandera, pero los países recientemente libres estaban bajo presión

económica y política para unirse rápidamente a las alianzas militares imperialistas. En 1965, después de haber sido derrocado en un golpe militar, el primer presidente de Ghana Kwame Nkrumah escribió un libro llamado *Neo-colonialism* (en español, *Neocolonialismo*); ese era el espíritu del nuevo período. La principal contradicción en los años posteriores a 1945 no era por los ejes Oriente y Occidente —la Guerra Fría— sino entre el Norte y el Sur: la guerra imperialista contra la descolonización.

Roosevelt vio que la base estructural de la división entre Norte y Sur, o más precisamente la división Occidente-Sur, era la guerra. Cuando en 1943, después de la Conferencia de Casablanca con Churchill, visitó Gambia, que en ese entonces era una colonia británica, Roosevelt advirtió:

El tema es que el sistema colonial significa guerra. Explota los recursos de India, Birmania, Java; se lleva toda la riqueza de esos países, pero nunca devuelve nada, cosas como educación, estándares decentes de vida, requisitos mínimos de salud... todo lo que se hace es acumular el tipo de problemas que conducen a la guerra.

Eso no era un principio moral elevado, sino un reconocimiento de la realidad. Roosevelt había visto esta presión de América Latina y eso lo llevó a la Política del Buen Vecino de 1933, que se comprometía a la no intervención en el hemisferio a cambio de la extracción de recursos para la guerra. La presión de los movimientos

de liberación nacional y la resistencia a la intervención (en Nicaragua y en Haití) obligaron a los imperialistas a aceptar el cambio de balance de fuerzas. Incluso Gambia, que no suele considerarse un frente importante del movimiento anticolonialista, fue el lugar de origen del sindicato Bathurst, que —con un poco de ayuda de la Liga Contra el Imperialismo— condujo a una huelga general en 1929-1930. Esa huelga alarmó a Londres, donde los funcionarios intentaron controlar la situación rápidamente mediante el reconocimiento de los derechos de los sindicatos y el intento de comprar a los líderes sindicalistas (mediante el Memorándum Passfield de 1930). Pero, como escribió el líder comunista George Padmore en *The Life and Struggle of Negro Toilers* (en español: *La vida y la lucha de los trabajadores negros*), esas huelgas —incluyendo las de Gambia— estaban «tomando cada vez más un carácter antiimperialista».

El nativo dijo que era parte del universal. Eso debía ser reconocido.

## La Carta de la ONU

En 1945 se constituyeron las Naciones Unidas. En la reunión fundacional, en San Francisco, se escribió una Carta que articulaba los principios más elevados de la diplomacia y de las relaciones internacionales. La Carta de la ONU tomó forma a partir de las iniciativas fallidas de la Sociedad de las Naciones, cuyos propios documentos lucharon por asimilar las complejidades de

la jurisdicción internacional y la realidad de un mundo colonizado.

Sobre las cenizas de Dresde e Hiroshima, los Aliados diseñaron estas Naciones Unidas. El poder habría de quedar en manos de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad: China, Francia, la URSS, el Reino Unido y Estados Unidos. La Carta de la ONU adoptó la preocupación de la Sociedad de las Naciones respecto a cómo las «grandes potencias» deben ser responsables de la seguridad internacional. En el Artículo 39 de la Carta, las potencias acordaron que sería el Consejo de Seguridad de la ONU el que «determinará la existencia de toda amenaza a la paz, quebrantamiento de la paz o acto de agresión» en el mundo. En el Consejo, los cinco miembros permanentes tendrían veto sobre el proceso general de toma de decisiones; era un Consejo de los cinco, más que de los 51 miembros fundadores de la ONU. En el Artículo 41, la Carta enuncia que es el Consejo de Seguridad el que «podrá decidir qué medidas que no impliquen el uso de la fuerza armada han de emplearse para hacer efectivas sus decisiones». La ONU dijo que esas medidas podrían incluir «la interrupción total o parcial de las relaciones económicas y de las comunicaciones ferroviarias, marítimas, aéreas, postales, telegráficas, radioeléctricas y otros medios de comunicación, así como la ruptura de relaciones diplomáticas». Se trata de la versión extensa de la justificación legal para la política de sanciones que se volvería más estricta y rígida en nuestra época.

Si esas medidas no funcionaban, el Artículo 42 en el Capítulo VII permitía que los «Estados miembro» usaran

la fuerza armada contra naciones soberanas. Algunos «Estados miembro» tenían más poder que otros. Uno de ellos buscaba el poder preponderante: Estados Unidos.

Es importante señalar que la Carta de la ONU proveyó el marco legal para el intervencionismo ilegal. Los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, y no los casi doscientos Estados de la Asamblea General de la ONU, tienen el poder de decidir cuándo y cómo intervenir contra Estados soberanos.

De 1945 a 1989, la URSS funcionó como un escudo contra el uso completamente ilegítimo de esos vacíos legales de la ONU, esos mecanismos para ofrecer a los antiguos Estados colonialistas una vía furtiva para continuar sus guerras colonialistas en un formato moderno. La importancia de este escudo se reveló en la primera década de las operaciones de la ONU. La URSS boicoteó al Consejo de Seguridad porque la ONU no reemplazó al delegado nacionalista de China por el delegado de la República Popular de China; durante ese período, Occidente utilizó a la ONU como un arma para autorizar su intervención en Corea del Sur contra las fuerzas comunistas del norte. La URSS revirtió el boicot como consecuencia de esta incapacidad para vetar la acción de la ONU. Regresó a la ONU. Los primeros 56 vetos en el Consejo de Seguridad de la ONU fueron de la URSS. La importancia del escudo reside principalmente en la cuestión de la liberación nacional y anticolonial. Fue la URSS quien utilizó su veto para defender el proceso de la liberación nacional, desde las luchas de los palestinos hasta las luchas en Rodesia del Sur, desde la lucha

por la liberación en Sudáfrica hasta la guerra de liberación en Vietnam.

En 1953, Henry Cabot Lodge Jr. se dirigió a las Naciones Unidas como embajador de Estados Unidos. Estaba horrorizado por el modo en que las nuevas naciones que emergían del colonialismo tenían una actitud positiva ante la URSS. Lodge creó una Junta de Estrategia Psicológica para que lo asesorara sobre cómo hacer quedar a los soviéticos como los imperialistas. Arthur M. Cox, que luego encabezaría el Instituto Brookings, opinó muy negativamente sobre los planes de Lodge. En un memorándum de 1953, escribió:

Creo que hemos cometido un gran error como nación al asumir que, puesto que la subversión y el poder soviético son el mayor problema que enfrentamos en la actualidad, es por lo tanto el mayor problema que enfrentan todos los demás.

Cox era un liberal que respetaba la realidad. Dijo con agudeza:

No importa la cantidad de historias de terror que se cuenten acerca de los crímenes del Kremlin, ninguna convencerá a millones de personas en el mundo libre de que el comunismo de inspiración soviética es su mayor problema porque saben que no lo es.

Lodge hacía oídos sordos a esto. Comprendía que si Estados Unidos atacaba a la URSS con su enorme

aparato cultural –desde los medios de comunicación hasta las películas– podría tener éxito. El último programa de la Junta de Estrategia Psicológica decía: «Describe a los soviéticos como los imperialistas, llámalos los nuevos colonialistas». «La Unión Soviética, si bien predica su preocupación por la liberación de los pueblos dependientes– escribieron los funcionarios estadounidenses– ha convertido despiadadamente a todos los territorios sobre los que ha conseguido dominación en vasallos del Estado soviético». Eso fue escrito en agosto de 1953, mientras la CIA derrocaba al líder democrático de Irán, Mohammed Mossadeq.

### «Yo defendiendo a Estados Unidos»

El término que se utilizaba en el Departamento de Estado de Estados Unidos en sus primeros años era «centro y rayos» (*hub and spoke*, en inglés). Estados Unidos es el centro y sus aliados son los rayos. En la primera década después de la Segunda Guerra Mundial, Francia y Gran Bretaña –los dos antiguos poderes imperiales– creyeron que podrían recuperar su lugar de primacía. Pero eso no iba a ocurrir. Tanto Francia como Gran Bretaña continuaron guerras colonialistas debilitantes, desde Malasia hasta Argelia, desde Vietnam hasta Guayana. En este aspecto, fue clave el ascenso del nacionalismo árabe, que amenazó al antiguo poder colonial; el Egipto de Nasser brindó apoyo a las luchas revolucionarias de Argelia contra los franceses y a las luchas en Irak contra el

antiguo rey. Se debía terminar con esas fuerzas de liberación nacional si los antiguos países colonialistas buscaban mantener su poder. La maniobra táctica de Francia y el Reino Unido para afirmar su poder en el Canal de Suez y hacer mella en el papel de la liberación nacional árabe —con la ayuda de Israel— fue un fracaso en 1956; fue el último aliento de Europa como líder. Estados Unidos estaba furioso. Castigó al viejo mundo y sacó provecho de la situación para afirmar su autoridad. Tanto Gran Bretaña como Francia ocuparon su lugar como rayos alrededor del centro que representaba Estados Unidos.

De todas las grandes potencias industriales, Estados Unidos había sido la menos dañada por los estragos de la Segunda Guerra Mundial. Ninguna de sus ciudades había sido atacada por bombas y ninguna de sus notables bases productivas había sido destruida; sus científicos e ingenieros ampliaron su conocimiento para aumentar la productividad de la manufactura estadounidense y para desarrollar rápidamente la capacidad tecnológica que permitiría avanzar con velocidad y dejar atrás al resto del mundo. La cantidad total de bajas estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial fue de apenas un poco más de 400.000. Sin lugar a dudas, Estados Unidos —con sus enormes ventajas industriales y tecnológicas y su poder militar— emergió después de la Segunda Guerra Mundial como el poder preeminente; no era exagerado el llamado de Nitze para obtener un «poder preponderante», poder eterno sobre el planeta.

Mientras tanto, solo en la Batalla de Stalingrado, murieron 1.200.000 ciudadanos soviéticos. La manufactura



soviética tuvo un golpe duro, dado que los nazis bombardearon la base industrial de la URSS. Cerca de 32.000 emprendimientos industriales dejaron de producir durante la Segunda Guerra Mundial; eso representa más del 80% de la base de manufactura ubicada en las áreas clave de Bielorrusia y Ucrania. La manufactura que quedaba se trasladó a Siberia occidental con el principal fin de producción para la guerra. Los bienes de capital cayeron un 30%. Para 1942, dos tercios de la renta nacional soviética se asignaron a la guerra y el consumo doméstico cayó de un 74% de la renta nacional en 1940 a un 66% de una renta nacional mucho más disminuida para 1945. Al final de la guerra, el ciudadano soviético promedio había perdido 25 años de ganancias debido al costo de la guerra. Cuando se le ofreció una parte muy pequeña del Plan Marshall —menos de lo que se le otorgó a Alemania, el beligerante clave de la guerra—, la URSS declinó el dinero y buscó depender de su propia población para generar recursos. La URSS no estaba en posición de ejercer su poder en el resto del mundo en absoluto, excepto a través del prestigio que obtuvo el pueblo soviético por su resistencia obstinada a la guerra relámpago nazi y por el impacto global de los comunistas en la resistencia antifascista.

No solo Europa fue destruida y la URSS debilitada, sino que también amplios terrenos de África del Norte y Asia corrieron la misma suerte.

A medida que la guerra comenzó a terminar, se volvió claro que Estados Unidos emergería como el país más poderoso: su centro industrial era robusto, su moneda era

fuerte y sus industrias culturales no habían sufrido el trauma de la guerra.

Un año antes de que terminara la Guerra Mundial, en 1944, Estados Unidos recibió a funcionarios gubernamentales de todo el mundo en Bretton Woods (Nuevo Hampshire) para una conferencia sobre el nuevo orden mundial. Estaba claro que no era una conferencia de iguales, sino una reunión para dictar términos de rendición. Europa no solo estaba en bancarrota, sino que sus diferentes monedas no tenían valor (muchas habían sido sujetas al *reichsmark* nazi). Estados Unidos sujetó las monedas europeas al dólar, que en ese entonces estaba sujeto al precio del oro (a una tasa de 35 dólares por onza). De esa conferencia, surgieron el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Su objetivo era reconstruir un mundo destruido y estabilizar la turbulencia capitalista. En Bretton Woods, la delegación de Estados Unidos socavó el poder europeo. Ya en el Artículo VII en julio de 1941, Estados Unidos les había dejado en claro a los británicos que su sistema de «preferencias imperiales», según el cual Gran Bretaña dominaba la vida económica de sus colonias en detrimento de los demás poderes coloniales, debía terminar. Gran Bretaña, endeudada y desesperada, debía ocupar su lugar detrás de Estados Unidos, no adelante. El senador Robert Wagner, que era director del Comité Bancario del Senado (*Senate Banking Committee*) les dijo al secretario del Tesoro de Estados Unidos Robert Morgenthau y a su socio Harry Dexter White en Bretton Woods que las cuotas europeas en el Banco y en el Fondo no debían aumentarse puesto

que aún tenían colonias. White dijo: «Creo que la reina de los Países Bajos se molestaría mucho si hiciera algo» [en relación a las Indias Orientales Neerlandesas]. Wagner respondió: «¿La reina? Es una reina, pero no es mi reina. Yo defiendo a Estados Unidos». En febrero de 1947, el secretario de Estado de Estados Unidos Dean Acheson dijo: «Quedan solo dos poderes. Los británicos están acabados». Podría haber dicho que todos los antiguos poderes coloniales están muriendo lentamente; con los soviéticos en graves problemas, era más preciso afirmar que Estados Unidos había emergido de la guerra como el primero entre partes desiguales.

En 1947, George C. Marshall, secretario de Estado de Estados Unidos, dio una conferencia en la Universidad de Harvard sobre lo que se llamaría «el Plan Marshall». Estados Unidos les otorgaría 12.000 millones de dólares a los europeos para volver a desarrollar su continente. Mientras tanto, Estados Unidos instó a los Estados europeos a que formaran algún tipo de unidad política, «algún acuerdo entre los países de Europa», dijo Marshall. La presión estadounidense llevó a la creación del Comité por la Cooperación Económica Europea, que —en 1948— se convertiría en la Organización de la Cooperación Económica Europea (OECE, por sus siglas en inglés), uno de los primeros grandes organismos europeos panoccidentales. «Europa» nació en Harvard.

No hay lugar a duda de que cuando Nitze escribió su memorándum, en 1952, Estados Unidos ya había ejercido «poder preponderante» sobre Europa Occidental. En 1949, ante la iniciativa de Estados Unidos, las potencias

de Europa Occidental se unieron a la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN); la OTAN era el aspecto militar de la unificación europea bajo el escudo de Estados Unidos, una movida —como afirmó Acheson— «completamente fuera de nuestra historia».

Esto no era una asociación de iguales. Estados Unidos era quien dictaba los términos. Tenía el dinero y tenía la capacidad industrial.

Lord John Maynard Keynes fue a Bretton Woods y luego a Savannah (Georgia) para firmar los términos de la rendición. Pidió que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial al menos estuvieran en Nueva York, de modo que no estuvieran bajo la influencia total del Departamento del Tesoro de Estados Unidos. Fred Vinson, secretario del Tesoro de Estados Unidos, dijo que debían estar en Washington D.C.: «es una decisión final cuyos méritos no estamos dispuestos a conversar». Lord Keynes, consternado, volvió a su hogar en Londres y murió.

Europa Occidental ahora era uno de los rayos para la proyección del poder de Estados Unidos.

## Solidaridad con Estados Unidos en contra del comunismo

Las organizaciones de tratados fueron el mecanismo para la creación de más «rayos». La pionera fue la Organización de los Estados Americanos (OEA), establecida en 1948 dentro de lo que Estados Unidos consideraba

desde hacía tiempo su «patio trasero». La primera reunión de la OEA se realizó en Bogotá (Colombia); no quedaron dudas de quién estaba a cargo cuando se estableció la sede central en Washington D.C., en el viejo edificio de Pan-American Union. El 1 de noviembre de 1947, un memorándum de la CIA expresaba preocupación por los «objetivos soviéticos en América Latina». Esa preocupación definió la formación de la OEA. Marshall, el secretario de Estado de Estados Unidos, no fue a Colombia solo con una chequera; fue con el arsenal completo de anticomunismo que había arrasado en Washington D.C.

Mientras Marshall se reunía con líderes de algunos de los Estados hemisféricos, un hombre armado le disparó a muerte a Jorge Gaitán, un candidato presidencial que era el defensor de los pobres de Colombia. No muy lejos de allí, una misión del Banco Mundial comandada por su presidente John J. McCloy estaba en la ciudad para el entramado intelectual no de un Plan Marshall, sino de la trampa que se tendería a la economía de Colombia en la red de corporaciones transnacionales estadounidenses y las cuentas bancarias de la oligarquía colombiana. La gente salió a las calles de Bogotá, frustrada por el asesinato de Gaitán; la agitación se conoció como *Bogotazo*. Marshall, en la reunión de la OEA, dijo que las protestas fueron «el primer intento comunista importante en el hemisferio occidental». Se equivocaba. Era otra expresión de un país que enfrentaba desde 1948 una fase terrible de violencia conocida, precisamente, como *La Violencia*; la oligarquía colombiana sencillamente no

permitiría que las masas ingresaran a la historia y así usaron todo el arsenal del poder estatal para ejecutar la esperanza en su país. En nombre del anticomunismo, la oligarquía colombiana se subordinó a Washington D.C.

El centro de la Conferencia fue «destripado por completo», advirtió Marshall. «Los registros de la conferencia y el equipo, destruidos». La ciudad —les dijo a los delegados con que se reunió en la residencia del delegado hondureño— está en «ruinas y siguen los incendios». Mientras hablaba, la clase dominante colombiana se unió para formar un gobierno conservador-liberal y arrestó a los comunistas, que luego fueron liberados por falta de evidencia. Sin embargo, un estudio de 1949 del Consejo de Relaciones Exteriores de Estados Unidos presionó el caso y dijo que «estaba claro que los comunistas se aprovecharon del estallido, si no es que ellos mismos lo causaron. Hicieron su mejor esfuerzo para interrumpir y desacreditar la conferencia». Estados Unidos jugó su mano con solvencia. «Muchos gobiernos latinoamericanos estaban genuinamente preocupados por la amenaza del comunismo al orden existente. Prácticamente todos vieron que no perderían nada y que podrían ganar algo si declaraban su solidaridad con Estados Unidos contra el comunismo». El Acta Final de Bogotá, firmada por las clases dominantes de América Latina, prometía «impedir que los agentes al servicio del comunismo internacional o cualquier doctrina totalitaria busque distorsionar la verdad y el libre albedrío de los pueblos de este continente», es decir, ser gobernados por una casta de la oligarquía. Luego, al terminar el Acta Final, llega el lenguaje

de la epidemia: las oligarquías de América Latina «procederán con un intercambio completo de información» sobre los comunistas y tomarán «las medidas necesarias para erradicar y prevenir actividades» de los comunistas. *Erradicar* es una palabra que adquiere un significado especial, considerados los linchamientos contra la izquierda en el hemisferio.

Unos días antes del asesinato de Gaitán, arrestaron a dos jóvenes cubanos en Bogotá por distribuir folletos que buscaban revivir la esperanza de la región. Los folletos proclamaban cuatro objetivos: el derrocamiento de la feroz dictadura de Raúl Trujillo en República Dominicana, la independencia de Puerto Rico, la devolución de las Islas Malvinas de Gran Bretaña a Argentina y el fin del control estadounidense del Canal de Panamá. Eran proclamas básicas de la era del anticolonialismo. Los dos estudiantes eran Fidel Castro y Rafael del Pino Siero. Habían ido a Bogotá para ayudar a organizar una reunión de estudiantes latinoamericanos. Cuando los liberaron, oyeron que habían matado a Gaitán. Fidel, empuñando una barra de hierro, se unió a la protesta. «Estas experiencias —le contó más tarde a Katiuska Blanco Castiñeira— me enseñaron sobre la lucha de masas».

La OEA, los oligarcas latinoamericanos y el gobierno estadounidense (mediante agencias multilaterales como el Banco Mundial) impusieron los términos para el hemisferio y para sus «rayos», que llegaron rápida y furiosamente a todo el mundo. Estados Unidos impulsó la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en 1949, la Organización del Tratado del Sudeste Asiático

(SEATO, por sus siglas en inglés) en 1954 (Pacto de Manila) y la Organización del Tratado Central (CENTO) en 1955 (Pacto de Bagdad). Estas «organizaciones de tratados» se crearon para atar a los estados poscoloniales con un lazo estrecho a Estados Unidos y para rodear a la URSS, a la República Popular China, a la República Democrática de Vietnam y a la República Democrática de Corea. En febrero de 1950, la URSS y la República Popular China firmaron un Tratado de Amistad, Alianza y Asistencia Mutua. Eso es lo que se debía resquebrajar.

«Ningún comunista en el gobierno, o si no...»

Había que fabricar rayos. Esto era una guerra de clases. Las clases que favorecían al imperialismo eran con frecuencia las viejas aristocracias, la oligarquía terrateniente y los capitalistas emergentes; se unieron a ellos las fuerzas tradicionales, como las órdenes religiosas jerárquicas, que comprendían con claridad que el socialismo y el comunismo las apartarían. El dueño de fábrica, el barón, el terrateniente y el sacerdote se apresuraron a asistir a la CIA y sus amigos y a recibir asistencia de ellos. Fueron esos grupos los que conspiraron con las fuerzas imperialistas para vencer a sus adversarios de clase. Era una clase contra la otra en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, con la ayuda de la CIA a las élites gobernantes para que mantuvieran su propiedad y su privilegio contra la democracia. En esta guerra de clases se fabricaron los rayos.



Si los partidos de los trabajadores y los campesinos se acercaban al poder, o si tomaban el poder, y si desafiaban al gobierno de los imperialistas, debía impedirse su acceso al gobierno o se los debía expulsar. Los instrumentos que Estados Unidos usaba con mayor frecuencia –sin que hubiera orden de la ONU ni del derecho internacional– eran la interferencia en las elecciones y el golpe de Estado.

Había que conseguir el alineamiento de aquellos que parecían ser evidentes aliados. Para desgracia del imperialismo, sus aliados naturales en Europa habían colaborado con los nazis, mientras que sus enemigos decisivos –los comunistas– habían tenido un papel heroico en la lucha contra el nazismo. Los comunistas –desde Francia hasta Yugoslavia– tenían el máximo nivel de popularidad. En esta guerra de clases, había que destruir a los comunistas y restaurar el poder de las antiguas élites sociales –incluso los nazis–. En Alemania Occidental, la CIA estaba bastante conforme con trabajar con un oficial de la inteligencia nazi –Reinhard Gehlen– que formó la anti-comunista Organización Gehlen, a la que luego básicamente absorbió el Servicio de Inteligencia Federal de Alemania Occidental, dirigido por el propio Gehlen. No era motivo de vergüenza que un nazi fuera el principal recurso valioso de la CIA en Alemania Occidental, ni que ese mismo hombre fuera quien fundó y dirigió el servicio de inteligencia en Alemania Occidental apenas una década después del Holocausto.

Un memorándum de la CIA del año 1949 admitía que los comunistas albaneses en las brigadas partisanas del

Frente de Liberación Nacional «sí lucharon efectivamente». En la cercana Yugoslavia, los partisanos del Mariscal Tito hicieron retroceder a los nazis con poco apoyo externo. Lo mismo podía decirse de Grecia, donde el Partido Comunista conformaba la mayor parte de los partisanos. En las elecciones legislativas de 1945 en Albania, los comunistas –con el Frente Democrático– ganaron todos los escaños. Los observadores de Gran Bretaña y Estados Unidos reconocieron a regañadientes que fue una elección justa. Los albaneses que ellos favorecían habían cooperado con los fascistas, nadie quería votarlos. Las orejas les zumbaban con la canción partisana –*Hakmarrije Rini*– en la que la voz de un joven partisano pide venganza: no habría colaboración de clase con los albaneses que habían bailado con los nazis. Esa actitud se replicaba en todo el Partido Comunista Griego (KKE), que no estaba de ánimos para crear un gobierno de unidad nacional que incluyera colaboradores. Bajo el nombre de «Ejército Democrático Griego», fueron a las montañas y pelearon una guerra civil desde 1946 hasta 1949. El gobierno de derecha de Konstantinos Tsaldaris rebalsó de monarquismo y gansterismo (con una mafia como la *parakratos* en las calles), pero también recibió el vigor del dinero y el apoyo de Washington D.C. Los dólares revivieron el cadáver del bloque político reaccionario europeo. Tenía permiso para usar la máxima fuerza contra los comunistas. Washington manejó los medios de comunicación de todo el mundo en nombre de este gobierno fascista tambaleante.

Se necesitó una ecuación política muy semejante en el lejano Japón. Allí, las élites habían quedado

comprometidas por su participación en la guerra brutal en Asia y luego en la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos guió las primeras elecciones de 1946, 1947, 1949 y 1952. Las fuerzas de ocupación de Estados Unidos se esforzaron por unir en una coalición a la extrema derecha (Partido Liberal) y a los liberales (Partido Democrático) contra los socialistas. En las elecciones generales de 1947, el Partido Socialista ganó y su líder Tetsu Katayama ejerció como primer ministro durante un año. Un mes después de su sorprendente triunfo, el Partido Liberal y el Partido Democrático formaron el Partido Democrático Liberal, cuya formación fue impulsada por el Departamento de Estado de Estados Unidos y cuya creación recibió una abundante financiación de la CIA. El Partido Democrático Liberal absorbió antiguos fascistas (Ichiro Hatoyama y Nobusuke Kishi) y desarrolló lazos duraderos con grandes empresas y el crimen organizado (Yoshio Kodama). Con diferentes denominaciones (Partido Democrático Liberal de 1948 a 1950, Partido Liberal de 1950 a 1955 y finalmente Partido Liberal Democrático desde 1955), gobernó Japón ininterrumpidamente durante 45 años: desde 1948 hasta 1993. Todo rastro de estima que quedara por los socialistas y comunistas japoneses debía ser destruido. Japón se convirtió en un rayo clave del centro estadounidense.

Podía parecer que los candidatos más obvios para convertirse en subordinados de Estados Unidos y las corporaciones transnacionales serían Francia, Italia y Alemania, los tres aliados de Occidente más importantes de las siguientes décadas. Pero no fue el caso. En Francia e Italia,

los comunistas emergieron como las fuerzas políticas más poderosas, en gran medida debido a su liderazgo en la resistencia antifascista. Marshall, el secretario de Estado de Estados Unidos, les dijo al primer ministro de Francia (Paul Ramadier) y al de Italia (Alcide De Gasperi) que no daría cheques a esos países si conservaban comunistas en los ministerios. En Italia, el líder comunista Fausto Gullo —como ministro de Agricultura— había comenzado reformas profundas en el campo, incluidas algunas reformas agrarias básicas que antiguamente había bloqueado una alianza entre los terratenientes y la mafia. Incluso el conservador De Gasperi no podía controlar a Gullo. En Francia, los comunistas comandaban un cuarto completo de los votos y tenían un rol clave en el gobierno socialista de Ramadier. «Le dije a Ramadier —escribió Marshall en su diario—: ningún comunista en el gobierno, o si no...». Era una amenaza directa. Una ola de huelgas en Francia y un ataque mafioso a los militantes comunistas en Italia les dieron la excusa a los dos primeros ministros. Los comunistas fueron eliminados de ambos gobiernos. Washington bendijo a los primeros ministros y luego les pagó. El dinero no era solo del Tesoro de Estados Unidos. También provenía de las corporaciones transnacionales. La corporación Exxon aportó casi 50 millones de dólares a los Demócratas Cristianos en Italia desde 1963 hasta 1972. Fue un golpe de Estado suave contra los comunistas.

Fue un trabajo fino; al final, los rayos estaban listos y, gracias a sus intereses de clase, fueron leales durante las siguientes décadas.

«No puede permitirse que nada interfiera»

En mayo de 1943, la URSS desarmó la Internacional Comunista. La Unión Soviética, en el medio de la invasión nazi, quería apaciguar a Estados Unidos y a Gran Bretaña; la URSS quería que los Aliados abrieran otro frente en Europa para aliviar la presión de la embestida nazi. En septiembre de 1943, los Aliados finalmente llegaron a Italia. Después de la guerra, la URSS creó una Oficina de Información de los Partidos Comunistas y Obreros (Kominform) para reunir a sus aliados del extremo oriental de Europa (pero incluyendo a los franceses e italianos). Ningún partido comunista del mundo colonizado era miembro de la Kominform. En lugar de eso, luego pasaron a formar parte de organizaciones comunistas internacionales como la Federación Democrática Internacional de Mujeres, la Federación Mundial de la Juventud Democrática, el Consejo Mundial de la Paz y la Asociación Internacional de Abogados Democráticos. Esos frentes masivos fueron los principales contactos para los comunistas y sus aliados en el período que siguió inmediatamente a la guerra; pero no había nada como la Internacional Comunista para utilizar los recursos de la URSS con el fin de esparcir la revolución por el mundo. Las revoluciones que sí ocurrieron, como la de Vietnam (1945), tuvieron su propia dinámica con una mínima asistencia de los soviéticos.

La principal contradicción en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial no era entre los poderes capitalistas liderados por Estados Unidos y la URSS, en lo que se conoció como la Guerra Fría. Harry S. Truman,

el presidente de Estados Unidos que había autorizado el uso de las bombas nucleares en Japón, formuló una doctrina en 1947 que indicaba el uso de todos los medios posibles para derrotar —o al menos contener— el avance de la influencia soviética y del comunismo. La Doctrina Truman fue la que autorizó la utilización, por parte de Estados Unidos, de los medios a su disposición para interferir en las elecciones en Grecia, en Francia y en Italia; y fue también la Doctrina Truman la que justificó el uso por parte de Estados Unidos de las guerras asimétricas y las guerras híbridas contra el proceso de descolonización. La principal contradicción de este nuevo período fue entre las fuerzas de descolonización (que incluía a la URSS cuando se alió con los movimientos de liberación nacional anticolonialista) y el imperialismo. Esa contradicción —entre el Norte y el Sur— más que la Guerra Fría —entre Oriente y Occidente— dio forma al carácter del imperialismo conducido por Estados Unidos.

En 1953, el Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos emitió un informe que hablaba llanamente de los intereses de ese país en el mundo. Según el Consejo, Estados Unidos debe asegurarse de que «no puede permitirse que nada interfiera significativamente con la disponibilidad de petróleo de aquellas fuentes para el mundo libre». Se refería a la región del Golfo, que ya se había convertido en un productor clave de petróleo para el capitalismo alimentado con combustibles fósiles. Estados Unidos debe «hacer todo esfuerzo posible para garantizar que esos recursos estén disponibles y se utilicen para fortalecer al mundo libre».

Ese concepto era clave para Truman: el mundo libre. El término apareció durante la Segunda Guerra Mundial para referirse a los países que luchaban contra el fascismo, aunque muchos de esos países, como Gran Bretaña y Francia, tenían colonias donde mantenían regímenes autoritarios. El gobierno estadounidense de Truman le dio un uso bélico al término mediante una campaña masiva de guerra psicológica, que incluyó la Campaña de la Verdad de Truman de 1950 y la celebrada publicación de *Los orígenes del totalitarismo* (1951) de Hannah Arendt, que defendía el argumento de la identidad entre el fascismo y el comunismo. Ambas eran ideologías totalitarias y contrarias a la libertad, mientras que el liberalismo occidental era idéntico a la libertad. El «mundo libre» era el mundo dirigido por Estados Unidos. Lo que Estados Unidos defiende es la libertad; sus adversarios son las fuerzas enemigas de la libertad.

Entonces, en esta prisión de la guerra psicológica es perfectamente aceptable que el mundo libre reclame recursos del mundo colonizado, al que debe forzarse —en general en condiciones de restricción de libertad— a ceder su riqueza por el bien de la libertad ajena.

En 1950, Truman le escribió al rey saudita Abdul Aziz Ibn Saúd acerca de la renovación de los derechos estadounidenses a la base aérea de Dhahran, un proyecto militar que aseguraría la lealtad de Arabia Saudita a Estados Unidos. Debajo de todo esto estaba el petróleo. Truman elogió al rey por su «liderazgo iluminado» y por el papel de Arabia Saudita como «bastión de la paz en el mundo de Oriente Próximo». Este líder «iluminado» se enfrentó a

varias luchas de trabajadores en la región petrolera de Arabia Saudita desde junio de 1945, las cuales se profundizaron en 1953. Los comunistas cumplieron un papel clave en estas movilizaciones, que amenazaron a la empresa petrolera saudita-estadounidense ARAMCO. El liderazgo iluminado, si implicaba el veloz envío de petróleo a Occidente, tenía permitido utilizar cualquier medio contra los trabajadores, particularmente contra los comunistas. La monarquía saudita se vio amenazada por sus propios trabajadores y sus propios comunistas, pero utilizó la Guerra Fría para estrechar lazos con Estados Unidos. La base aérea de Dhahran está ubicada en la región petrolera y por lo tanto el acuerdo de que las tropas estadounidenses tuvieran una base allí era una garantía contra toda rebelión liderada por comunistas. Ese mismo año, los sauditas acordaron una división 50-50 de las ganancias petroleras en ARAMCO entre Estados Unidos y Arabia Saudita. Ese era el precio que los sauditas estaban dispuestos a pagar: preferían drenar sus recursos para dárselos a Estados Unidos y así mantener su poder en lugar de compartir los beneficios con los trabajadores petroleros. La monarquía saudita se amarró a Estados Unidos mediante el Acuerdo de asistencia mutua para la defensa de 1951. La defensa de la monarquía saudita —y de sus campos petrolíferos— era la obligación del gobierno de Estados Unidos.

«No puede permitirse que nada interfiera», decía el documento del Consejo de Seguridad Nacional de 1953: ni las protestas obreras en Qatif, ni las organizaciones comunistas; ni siquiera los elementos básicos del «mundo



libre», tales como una prensa libre y el derecho a la libre asociación. Una huelga de trabajadores petroleros en junio de 1956 fue aplastada con toda la fuerza del aparato saudita; los periódicos que habían aparecido se cerraron, los líderes obreros y activistas comunistas fueron encarcelados por largos períodos. El petróleo debía seguir su cauce. Era la libertad del petróleo lo que importaba, no la libertad de las personas. Su libertad no podía permitirse.

## El proyecto del Tercer Mundo

Los golpes de Estado instigados por Estados Unidos contra Irán (1953) y contra Guatemala (1954) ocurrieron cuando el bloque del Tercer Mundo no se había conformado por completo; la Conferencia de Bandung de los Estados poscoloniales de África y Asia sucedió recién en 1955. Los soviéticos presentaron sus objeciones en la ONU, pero la disputa sino-soviética ya estaba en curso y debilitaría gravemente a la «zona roja» en su capacidad para reaccionar rápidamente contra este tipo de maniobras. Después de Bandung, el bloque del Tercer Mundo se consolidó y pudo captar a los soviéticos como un escudo más confiable.

En diciembre de 1960, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó una resolución sobre la descolonización. «El proceso de liberación», acordaron las naciones del mundo, «es irresistible e irreversible». Esa resolución era la síntesis de grandes luchas, desde Cuba hasta Vietnam, desde Indonesia hasta Egipto. A lo largo

de la década de 1960, emergió en el antiguo mundo colonial una amplia comprensión acerca de la necesidad de liberarse del colonialismo y del imperialismo. Las diversas luchas de liberación nacional se diferenciaban según la alineación de clase de las organizaciones líderes. Fue esa diferencia la que fracturó a las nuevas naciones en el mundo anticolonialista. Había Estados que se inclinaban a la derecha y Estados que se inclinaban a la izquierda, pero cada uno de ellos, desde Arabia Saudita hasta Tanzania, permaneció en el Movimiento de Países No Alineados (MPNA), creado en 1961. Para 1973, hasta los Estados de derecha reconocieron la agenda radical que estableció el MPNA en su Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). En efecto, incluso países bajo monarquías y dictaduras militares, como Arabia Saudita y Brasil, acordaron que el orden político y económico mundial debía reformarse.

Los Estados nuevos que obtuvieron su independencia después de la Segunda Guerra Mundial se reunieron en Bandung (Indonesia) en 1955. Allí, establecieron los lineamientos de lo que se consideraría una política exterior «no alineada». Se trataba de Estados conducidos por movimientos políticos con diversas alineaciones de clase y, por lo tanto, diversas políticas nacionales. Sin embargo, había un amplio consenso contra los peligros de la guerra (particularmente, la guerra nuclear) y a favor de la creación de un contexto para una agenda de desarrollo nacional. Fueron esos Estados —sobre todo Egipto, India y Yugoslavia— los que abrieron camino para la creación del Movimiento de Países No Alineados en 1961 y, ese mismo

año, el Comité Especial de los 24 o Comité Especial de Descolonización en las Naciones Unidas. Una estructura semejante a la de este movimiento interestatal en las Naciones Unidas era el Grupo de los 77 (G-77), formado en 1964 en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo. Fue a partir de los lineamientos de ese grupo que se armó la base del NOEI: subsidios y aranceles de importación para hacer crecer las economías nacionales, cárteles para proteger los precios de minerales en bruto exportados, financiamiento preferencial para sortear las tasas prohibitivas de los bancos, y así sucesivamente.

Para mediados de la década de 1960, el MPNA se vio amenazado por izquierda y por derecha. Por derecha se encontraban los Estados del MPNA que se habían asociado estrechamente con el imperialismo, ya sea por unirse a los pactos de «seguridad» de Manila o Bagdad, o por la formación en 1969 de la Organización para la Cooperación Islámica (dirigida por Arabia Saudita, Marruecos y Pakistán). Esas formaciones tomaron una posición antagonista al socialismo y al comunismo tercermundista. Por izquierda, estaba la Tricontinental, una agrupación que estableció Cuba con movimientos de liberación nacional y estatal que creían en una libertad más profunda y que en general se debía obtener mediante la lucha armada. La Tricontinental no solo reunía jefes de Estado, sino también líderes de movimientos de liberación nacional, desde Cabo Verde hasta Vietnam. En la Conferencia Tricontinental de 1966 en La Habana, el presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós Torrado, que

había estado en la fundación del MPNA en Belgrado, hizo una denuncia enérgica del ánimo y la estrategia de conciliación con el imperialismo:

El problema del subdesarrollo, incluso de las naciones independientes, no puede resolverse con paliativos, con instituciones e instrumentos técnicos que emergen de conferencias internacionales. La causa del subdesarrollo no es otra que la subsistencia de la dominación imperialista, y por lo tanto solo puede superarse mediante una lucha contra el imperialismo y una victoria total.

Eran palabras fuertes. Para la reunión del MPNA de 1970 en Zambia, y la reunión de MPNA de 1973 en Argel, el carácter de la Tricontinental estaría en el centro de la escena.

La revolución de Cuba de 1959 no podía contenerse. Todo lo que hacía el nuevo gobierno revolucionario de Fidel Castro era racional y lógico, desde la reforma agraria hasta el control de los precios de las viviendas y la electricidad. Cada vez que el gobierno ponía en marcha una de estas políticas razonables, se encontraba con la resistencia de los terratenientes locales, los propietarios cubanos y las empresas transnacionales estadounidenses. Fue esta resistencia lo que demostró el análisis marxista del capitalismo: el desarrollo social del pueblo se encontraba limitado por el tremendo prejuicio de la propiedad privada. No fue que Castro llegó a La Habana siendo comunista, sino que la desgraciada resistencia de los

propietarios —tanto en Cuba como en Estados Unidos— fue lo que lo convirtió en comunista. Castro desafió a las empresas eléctricas y petroleras transnacionales, y las empresas contraatacaron, pero la nueva Revolución cubana era terca, de modo que tomó lo que quería. El embargo de Estados Unidos y el giro al comunismo fueron consecuencia de la imposibilidad de que Estados Unidos tolerara a un país libre en el Caribe. Haití ya había sufrido ese destino después de su revolución en 1791. El Che Guevara estaba en Guatemala cuando derrocaron a Árbenz; él sabía que no debía confiar en Estados Unidos y sabía que la revolución debía armar al pueblo y defenderse. Indio Nabori, un poeta comunista, tomó las palabras de Luis XIV y se las dio al trabajador cubano: «El Estado ahora soy yo». Castro citó ese verso en un discurso en una ceremonia de graduación de 1961, cuando tres mil niños hijos de campesinos formaron fila para llevarse sus títulos y reclamar al Estado como propio.

En 1966, Castro dio la bienvenida a los movimientos de liberación nacional en La Habana. Entre 1960 y 1965, la CIA lo había intentado asesinar al menos ocho veces (Castro le dijo al senador George McGovern en 1975 que para ese momento la cifra ya era veinticuatro). Incluso la CIA reconoció ante el Comité de la Iglesia en 1975 que había enviado al menos dos veces gánsters mafiosos con píldoras venenosas, lapiceras venenosas y armas bacterianas letales para que mataran a Castro en aquellos años; los mafiosos fallaron. En 1961, la CIA intentó invadir Cuba en Playa Girón. El intento fracasó porque Castro armó al pueblo. Y luego se volcó al mundo

de liberación nacional así como al bloque socialista para tener un escudo.

El Che Guevara se ausentó de La Habana en 1966. Estaba en una misión secreta en Tanzania para ayudar al movimiento de resistencia en el Congo. El Che estaba desilusionado. «Falló el elemento humano», escribió en su diario del Congo. «No hay voluntad de lucha. Los líderes son corruptos. En resumen, no había nada que hacer». Escribió los borradores de dos libros sobre economía y filosofía antes de ir a su misión trágica en Bolivia. Todo eso fue con apoyo del gobierno cubano. La exportación de la revolución, según la dirigencia cubana, era la esencia de su revolución. En la Conferencia Tricontinental de 1966, Castro anunció que ese nuevo organismo «coordinaría el apoyo para las guerras revolucionarias de liberación en todo el mundo colonizado». Cuba brindaría apoyo logístico y personas para todos los movimientos de liberación «dentro de sus posibilidades, donde sea que ocurran».

El imperativo de la lucha armada en la Tricontinental fue desarrollado cabalmente por Amílcar Cabral, del PAIGC (Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde), que argumentó que «no vamos a eliminar al imperialismo insultándolo. Para nosotros, el mejor o peor grito contra el imperialismo, sin importar su forma, es tomar las armas y luchar». Cabral tomó las armas no por opción, sino por necesidad. El PAIGC comenzó su lucha por la independencia en Guinea-Bissau y Cabo Verde en 1956. Tres años más tarde, las autoridades portuguesas llevaron a cabo una masacre en Pijiguiti: mataron a 50 trabajadores portuarios desarmados. Fue esta violencia colonial

la que empujó al PAIGC a la lucha armada que se desarrolló desde 1961 hasta 1974. Fue esta dura cara del imperialismo la que llevó a las luchas por la liberación nacional de las décadas de 1960 y 1970 a la fase armada. Fue esta ferocidad del imperialismo, que negaba las aspiraciones nacionales de los pueblos en lugares como Vietnam y el Congo, lo que los llevó a las armas. Un inventario de esa violencia colonial incluye la Emergencia Malasia (1948-1960), la Emergencia de Kenia (1952-1960), la guerra francesa en Argelia (1954-1962), la guerra francesa en Vietnam (1946-1954), la guerra estadounidense en Vietnam (1954-1975), la invasión fallida de Estados Unidos a Cuba en 1961 en Playa Girón, el asesinato de Patrice Lumumba en el Congo en 1961, la invasión estadounidense a Guatemala (1954) y a la República Dominicana (1965) y la masacre de los comunistas en Indonesia (1965). En vísperas de la Tricontinental, en octubre de 1965 los servicios de espionaje de Francia y Marruecos asesinaron a Mehdi Ben Barka, uno de los organizadores de la Tricontinental. ¿Qué tipos de futuros diferentes podrían haber estado disponibles para el Congo y Marruecos si el Movimiento Nacional del Congo y la Unión Nacional de Fuerzas Populares en Marruecos hubieran triunfado? Esos futuros diferentes se enterraron con los cadáveres de aquellos que fueron asesinados. Fue esta violencia colonial la que impuso los términos tácticos de los ejércitos de liberación nacional que llegaron a La Habana en 1966. No querían violencia; la violencia les fue impuesta.

La violencia de los ejércitos de liberación nacional era, como dijo Amílcar Cabral, «para responder a la violencia

criminal de los agentes del imperialismo. Nadie puede dudar que, sin importar sus características locales, la dominación imperialista implica un estado de violencia permanente contra las fuerzas nacionalistas». La violencia es la esencia del imperialismo y es el instinto de un bloque imperialista que se ve acorralado. Fue esta la violencia que se exhibió en el pueblo vietnamita de My Lai en marzo de 1968. Un soldado describió su misión con honestidad brutal: «Nuestra misión no era ganar terreno ni ocupar posiciones, sino sencillamente matar: matar comunistas y matar la mayor cantidad posible. Apilarlos como leños». Cuatro años más tarde, en 1972, las tropas coloniales portuguesas ingresaron al pueblo de Wiriyamu en Mozambique y masacraron entre 150 y 300 personas. Antes de matarlos, las tropas coloniales portuguesas hicieron que aplaudieran y dijeran adiós.

Para 1975, los vietnamitas habían derrotado a Estados Unidos y Portugal había sido derrotado por sus colonias africanas. Cuba seguía en pie, a pesar de todos los intentos por derrocar ese gobierno. No hay dudas de que la Revolución de los Claveles de Portugal para derrocar al Estado Nuevo en 1974 no habría ocurrido sin las guerras de liberación nacional de Angola, Cabo Verde y Mozambique. No hay dudas de que dos décadas más tarde, el régimen de *apartheid* de Sudáfrica no habría caído sin la victoria de las fuerzas de liberación de Angola y los cubanos contra el régimen sudafricano en la batalla de Cuito Carnevale de 1987-1988. La democracia en Portugal y Sudáfrica había sido tomada por las armas. No había sido otorgada por el liberalismo. Esa historia está ahora enterrada.



Debe ser revivida. No solo los sonidos del campo de batalla, sino también las historias de los médicos y técnicos, de los programas educativos revolucionarios en Mozambique y Cabo Verde, el intento por construir una sociedad nueva con los restos del orden colonial. Esa fue la energía revolucionaria que ahora quedó en el olvido.

No quedó en el olvido por el paso el tiempo. Una condición de la amnesia fue producto de los medios de comunicación corporativos y la profesión de la escritura de la historia, ambos se convirtieron en taquígrafos del poder. Hubo un esfuerzo mancomunado de Occidente para destruir toda la dinámica de la descolonización, desde golpes de Estado contra el pueblo de Ghana (1966) hasta golpes de Estado contra el pueblo chileno (1973). La violencia del colonizador se justificó lentamente en términos humanitarios y Occidente se restableció a sí mismo como el arquitecto de la humanidad que ahora debía manejar la violencia de los nativos. El gran proceso de descolonización —que tuvo su pico en las décadas de 1960 y 1970— se convirtió en el preludio de la pobreza y de la guerra que ahora son la ruina del antiguo Tercer Mundo. Debajo de los adoquines de esas tierras colonizadas, no hay playas. Debajo de los adoquines, se encuentran los cadáveres de los luchadores de la libertad.

## Exponer «innecesariamente» a Estados Unidos

Para finales de la década de 1950, el movimiento anticolonialista había deslegitimado la idea de colonialismo.

Los líderes de liberación nacional –incluso a pesar de tener orientaciones políticas diferentes– lucharon por construir plataformas unidas en el escenario mundial para oponerse tanto al colonialismo como al imperialismo. La institución más importante para ellos fueron las Naciones Unidas, a la que vieron como un instrumento para la lucha de la descolonización. En 1961, esos Estados presionaron para obtener una resolución de la ONU que resumiera sus opiniones: «el proceso de liberación es irresistible». Incluso si los franceses intentaban aferrarse a Argelia y los británicos intentaban aferrarse a Rodesia, el proceso de liberación no podía detenerse.

Estados Unidos siempre vaciló a la hora de admitir su propia historia colonial. Existe un gran mito de que la Revolución estadounidense de 1776 fue una revolución anticolonialista. Vale la pena cuestionarse si 1776 fue efectivamente una revolución. No hubo lucha de clases de importancia, no hubo un movimiento desde las bases de los trabajadores que definiera el proceso revolucionario, no hubo unidad social de los diferentes pueblos (europeos, africanos, amerindios) en esta lucha. En lugar de eso, hubo una actitud genocida hacia los pueblos amerindios y un gran miedo a una revuelta de los africanos esclavizados. La guerra contra los ingleses tuvo detrás la premisa del deseo de los colonos europeos por salir de las Trece Colonias y conquistar el continente entero; fue una guerra por la colonización, no una guerra en contra del colonialismo. Cuando la ruptura con Inglaterra efectivamente ocurrió, no hubo cambios reales en el orden de la propiedad y la contradicción entre los capitalistas de las

plantaciones del Sur y los capitalistas industriales del Norte se pospuso por unas generaciones, hasta que se desató la Guerra Civil en 1861.

Desde sus primeros años, el nuevo país miraba hacia afuera con afán de conquista, como afirmó un hombre de Kentucky en 1810: «mis compatriotas están llenos de iniciativa» y «aunque no son pobres, tienen la misma codicia por saquear que tenían los antiguos romanos. México resplandece frente a nuestros ojos, solo esperamos la señal». No tuvieron que esperar mucho. El presidente James Polk envió las tropas estadounidenses al sur para reclamar México. El 8 de octubre de 1847 el periódico *New York Herald* saludaba a los soldados:

Es un fantástico proyecto esta anexión de México. Era más deseable que se nos unieran voluntariamente, pero como no tendremos paz hasta que esté anexada, que sea así, aunque al principio será necesaria la fuerza para traerla. Al igual que las vírgenes sabinas, pronto amaré a sus raptos.

México perdió más de la mitad de su territorio, que se convertiría en los estados de Arizona, California, Colorado, Nevada, Nuevo México, Texas y Utah de Estados Unidos. Mientras tanto, Estados Unidos fue a la guerra en 1812 contra los británicos para tomar Canadá; otros deseaban ir a la guerra contra los españoles por Cuba y Florida y otros pedían el genocidio de los amerindios para que los colonos pudieran tener todo el continente para ellos («son un pueblo sometido», les dijo el gobierno de Estados

Unidos a los jefes amerindios ya en 1784). El imperialismo estadounidense no nació en los puertos de La Habana y Manila en 1898, sino en el vasto territorio que luego se extendería desde Nueva York hasta San Francisco. Pero esta «colonización interna», con el genocidio a gran escala de los pueblos amerindios, no parecía ser colonialismo por completo dado que se cubrió de mantos conceptuales como «expansión territorial» y «frontera de asentamiento».

En 1823, James Monroe dio un discurso importante en el que presentó la Doctrina Monroe. En ese discurso, Monroe dejó bien en claro que Estados Unidos era supremo en el hemisferio de las Américas. Al mismo tiempo, Monroe les dijo a los europeos que no debían interferir política ni comercialmente en el hemisferio y que Estados Unidos estaba perfectamente en su derecho de interferir en Europa (la cuestión de por medio era la independencia de Grecia). En 1893, justo antes de que Estados Unidos fuera a la guerra contra España para expandir sus colonias, Frederic Jackson Taylor, en su celebrado discurso sobre la frontera, halló el «germen de la Doctrina Monroe» en las tendencias colonialistas de los granjeros del Valle de Ohio, puesto que sus guerras contra los amerindios, su avance hacia California y la compra de Luisiana definen el comienzo «de la independencia definitiva de Estados Unidos respecto del sistema estatal del Viejo Mundo y el comienzo, de hecho, de su carrera como potencia mundial». O, para decirlo francamente, como Estado imperialista.

Incluso el papel de Estados Unidos en la guerra hispano-estadounidense quedó tapado por la falsedad de

que ese país envió sus tropas en 1898 a Cuba, Guam, Filipinas, Puerto Rico y Samoa para ayudar a liberar estas tierras del Imperio español. De hecho, Estados Unidos absorbió a esos países en su órbita y obligó a la derrota de las fuerzas de liberación nacional de cada uno de esos lugares. A los revolucionarios de Cuba se les negó la participación en las conversaciones de paz en París y el general estadounidense William Shafter no permitió que el general Calixto García asistiera a la rendición española en Cuba. Aquello fue un símbolo de la usurpación de las ganancias de la guerra por parte de Estados Unidos. Ninguna de esas excolonias españolas pudo ser independiente, sino que fueron rápidamente absorbidas en el creciente archipiélago en el que Estados Unidos extendía su poder.

Rudyard Kipling escribió su poema «La carga del hombre blanco» (1899, «White Man's Burden») para instar a Estados Unidos a asumir su responsabilidad imperialista. Es un poema ingenuo, que malinterpretó la postura de Estados Unidos. No es que Estados Unidos no fuera a convertirse en una potencia imperialista, dado que en muchos aspectos ya lo era y en las siguientes décadas terminaría su transformación. Lo que Kipling no reconoció es que los principales líderes políticos de Estados Unidos disfrazaron su imperialismo con diferentes formas de antiimperialismo. Albert Beveridge, senador de Estados Unidos por Indiana, escribió un tratado con esa temática: *For the Greater Republic, Not for Imperialism* (1899, en español: *Por la gran república, no por el imperialismo*). «El imperialismo no define nuestra amplia tarea», escribió Beveridge, puesto que imperialismo sugería

también dominación y robo. Lo que el imperialismo verdaderamente representa, continuó, es «el poderoso movimiento y la misión de nuestra raza». ¿Cuál era esa misión? Kipling sujetaba su máscara con más fuerza que Beveridge. En su poema definió al imperialismo, o a la carga del hombre blanco, como «la búsqueda de la ganancia del otro, el trabajo para la riqueza del otro». El imperialista no buscaba un beneficio propio o robar riqueza, sino llevar la civilización a los bárbaros. Ese era un truco viejo: la misión de la civilización como objetivo del imperialismo, cuando toda la evidencia dejaba en claro que el objetivo era saquear la riqueza y subordinar la soberanía. Beveridge ganó su escaño en el Senado con un discurso apasionado que clamaba por la colonización directa de Cuba, Hawái, Filipinas y Puerto Rico. Dijo:

El comercio de estas islas, con el desarrollo de sus recursos que promoveremos y el monopolio que instalaremos, hará cantar a cada cosechador de esta república, hará girar a cada huso de hilado y hará sacar chispas de cada horno con el fuego de la industria.

Eran palabras honestas: anexión para subordinar a estas islas con el fin de que proveyeran materias primas a la industria estadounidense y luego compraran los productos terminados a Estados Unidos.

La ansiedad por ser una potencia imperialista recorre toda la historia de la expansión de Washington. Nitze, que armó la política del poder preponderante para Estados Unidos, escribió en 1955 que el apoyo al colonialismo

fue «aberrante para la sensibilidad estadounidense». Pero eso no significaba que Nitze apoyara el proceso de descolonización que incluiría la reunión de los Estados africanos y asiáticos en Bandung ese año. Comprendía, como afirmarían luego la ONU en 1961, que el proceso de descolonización era inevitable. Pero se podía demorar el proceso. El ensayo de Nitze tenía una pizca de Hegel, en el reconocimiento de que «el desarrollo histórico de las fuerzas mundiales» llevaría a la descolonización y que Estados Unidos debería «apoyar la aceleración de la autodeterminación de todos los pueblos». Pero ahí entraba la advertencia. Estados Unidos debía dar su apoyo, pero solo «en condiciones bajo las que se preserven esas preciosas libertades». Se trata de una vacilación importante. Los nuevos Estados debían seguir de modo excluyente los caminos designados por Estados Unidos —que determinaría cuáles eran esas «preciosas libertades»— si querían llegar a prosperar en algún momento. El lenguaje de la libertad estaba en boca de los diplomáticos estadounidenses, pero el sentido de esas palabras era distinto.

En 1962, el gobierno del presidente de Estados Unidos John F. Kennedy elaboró un documento llamado Política de Defensa Interna de EE. UU. en Ultramar (US Overseas Internal Defence Policy, en idioma original). Es una declaración firme de la alianza de clases de Estados Unidos con los peores elementos de los países en el Tercer Mundo, a pesar del *glamour* del gobierno de Kennedy y su fachada de liberalismo. El equipo de Kennedy estaba preparando este documento justo cuando 6.500 marines de Estados Unidos desembarcaron en Tailandia

para «apoyar a ese país durante la amenaza de la presión comunista del exterior» y justo cuando Kennedy —después del intento fallido de derrocar al gobierno de Cuba— se comprometió a «ir a fondo» contra el gobierno comunista en Vietnam. Este documento de 1962 sencillamente establece en letra impresa lo que ya se había escrito con sangre: que se emplearía toda la fuerza de Estados Unidos para garantizar que «las naciones en desarrollo evolucionen de un modo que permita un entorno mundial afín a la cooperación internacional y al crecimiento de las instituciones libres»; toda esa jerga se resume en un simple lema: el gobierno de Estados Unidos hará que el mundo sea seguro para el sistema capitalista, cuyos principales beneficiarios eran corporaciones transnacionales (la mayoría con base en Occidente). De hecho, no hace falta agregar explicaciones al documento. Los autores escriben que Estados Unidos «tiene un interés económico en garantizar que los recursos y mercados del mundo menos desarrollado sigan disponibles para nosotros y para otros países del mundo libre».

Aquellos marines llegaron a Tailandia en julio de 1962. Habían ido a fortalecer a las milicias anticomunistas y a la policía tailandesa —ambas entrenados por la CIA— en una guerra para debilitar a las fuerzas de la organización comunista Pathet Lao en la cercana Laos y al Partido Comunista de Tailandia, que comenzó la lucha armada en 1961. Estados Unidos había enviado a su antiguo diplomático de la CIA John Peurifoy, que había estado recientemente en Guatemala, para que supervisara las operaciones en Tailandia, y para que garantizara que



los militares —bajo el mando del General de campo Sarit Thanarat— llegaron al poder. La administración Kennedy envió millones de dólares para entrenar al ejército tailandés y al ejército Royal Lao en un proyecto que se conoció como Ekarad. La suya era una política —como la llamó la embajada estadounidense en Bangkok— de «acoso encubierto». Eso fue lo que creó las condiciones para un enfrentamiento con la agrupación Pathet Lao, para que se desencadenara el Pacto SEATO y luego la llegada de las tropas estadounidenses, junto con el sonido en el cielo de los aviones de Estados Unidos y la amenaza del napalm. Los trabajadores textiles de las fábricas que rodeaban a Bangkok y los estudiantes universitarios iban en una dirección radical; ellos, junto con la insurgencia en los márgenes del país, amenazaban a la monarquía, al ejército y a la burguesía. Fue con el objetivo de aplastarlos que Estados Unidos prestó todo su arsenal y a cambio recibió un aliado subordinado y bases militares, además de que así pudo asegurarse de que sus intereses económicos siguieran vivos y sanos.

La intervención de los marines de Estados Unidos —tan poco conocida en la actualidad como poco discutida en ese momento— ocurrió junto con el «acoso encubierto» que ejerció la multitud de asesores estadounidenses sobre las fuerzas militares tailandesas y laosianas. Estados Unidos susurraba al oído de las Fuerzas Armadas de esas regiones, satisfechas con suspender toda conversación sobre democracia en nombre de la estabilidad; la estabilidad es sinónimo de anticomunismo. Esas Fuerzas Armadas no eran simplemente marionetas del poder estadounidense,

sino que representaban a las clases dentro de sus propias sociedades que buscaban reprimir a los trabajadores y campesinos para mantener tanto el gobierno oligárquico local –del cual se beneficiaban– como el imperialismo internacional –del que se beneficiaban Estados Unidos y sus aliados–.

Lo que era imposible era que Estados Unidos admitiera que era una potencia imperialista. La época no iba en esa dirección. En enero de 1962, Kennedy le pidió al subdirector de Planes de la CIA Richard Bissell que supervisara el Grupo Especial (contrainsurgencia). Ese fue el grupo que armó el documento de Política de Defensa Interna de Ultramar. Bissell nació en Hartford, Connecticut, en el hogar que construyó Mark Twain, uno de los líderes de la Liga Antiimperialista que se formó para protestar contra la guerra de Estados Unidos en Filipinas. Bissell fue a Yale y luego a la CIA; los hombres que trabajaron con él en este grupo también se habían formado en Harvard, Princeton y Yale. Sabían tanto de historia como de los acontecimientos actuales. Los países del Tercer Mundo se habían reunido hacía poco en septiembre de 1961 en Belgrado (Yugoslavia) para armar el Movimiento de Países No Alineados (MPNA). Es por eso que el Grupo Especial subrayó el carácter encubierto de sus operaciones. El poder de Estados Unidos debía ejercerse mediante la acción militar (guerras asimétricas), pero también mediante el uso de medidas tales como incentivos y sanciones económicas así como apoyo a la policía y a las fuerzas militares locales (guerras híbridas). Escribió Bissell junto con sus colegas:

Es importante que Estados Unidos permanezca tras bambalinas; y cuando sea posible, que limite su apoyo al entrenamiento, asesoramiento y aporte de materiales, a fin de no perjudicar el esfuerzo del gobierno local y exponer innecesariamente a Estados Unidos a acusaciones de intervención y colonialismo.

---

## Parte 2

### Manual para el cambio de régimen

Jacobo Árbenz llegó al poder con una misión democrática en una Guatemala empobrecida. Quería asegurarse de que el campesinado tuviera tierras y pudiera usarlas para ser libre. Árbenz venía de una familia adinerada, que lo alentó a ingresar al ejército. Cuando era oficial militar, Árbenz vio cómo el dictador Jorge Ubico, respaldado por Estados Unidos, aplastó a los campesinos y los obligó a trabajar para la enorme empresa estadounidense United Fruit Company, el dueño más grande de tierras en Guatemala. Árbenz estaba influenciado por el líder comunista José Manuel Fortuny y por su esposa, María Vilanova, quien era feminista y socialista. Cuando ganó la elección en 1950, se comprometió a usar la tierra para ayudar al pueblo. Pero solo había cuatro comunistas en el congreso compuesto por 61 miembros y no había ninguno en el gabinete de Árbenz. Su influencia en el proceso fue exagerada.

La reforma agraria que impulsó Árbenz era modesta para una sociedad tan grotescamente desigual. En 1953, el gobierno de Árbenz expropió alrededor de 80 000 hectáreas de tierras sin usar que eran propiedad de United Fruit. La empresa, con base en Nueva Orleans (Luisiana), no iba a tolerarlo. Tampoco lo dejaría pasar el gobierno de Estados Unidos, cuyos funcionarios estaban íntimamente vinculados con United Fruit. El estudio jurídico que representaba a United Fruit –Sullivan & Cromwell– era de John Foster Dulles, secretario de Estado de Estados Unidos. Dulles, su hermano Allen (director de la CIA), John Moor Cabot (subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos de Dulles) y Thomas Dudley Cabot (director de Asuntos de seguridad internacional) eran algunos de los principales accionistas de United Fruit. El exdirector de la CIA Walter Bedell Smith se convirtió en presidente de United Fruit después de que derrocaran a Árbenz. La secretaria personal del presidente de Estados Unidos Dwight Eisenhower –Ann Whitman– era la esposa de Edmund Whitman, el director publicitario de United Fruit. El accionar de todos ellos no era solo en nombre del imperialismo estadounidense o de la clase capitalista: era también para ellos mismos.

«Si los guatemaltecos quieren tratar con dureza a una empresa guatemalteca», escribió a Washington en 1951 el primer secretario de la embajada estadounidense en Ciudad de Guatemala, «no nos incumbe, pero si tratan a una empresa estadounidense con dureza, sí nos incumbe».

La CIA elaboró un programa encubierto llamado PBFORTUNE para derrocar a Árbenz. Desde el principio hubo un encarnizamiento. El general James Doolittle le escribió a su antiguo compañero del ejército, el presidente de Estados Unidos Dwight Eisenhower, que la CIA necesitaba actuar ferozmente. «No hay reglas en un juego así —escribió—. Las normas de conducta humana que hasta ahora eran aceptables ya no aplican».

Árbenz fue derrocado en 1954. Su destitución pareció seguir un manual, que luego se usaría una y otra vez: en la destitución de João Goulart de Brasil en 1964 y de Salvador Allende de Chile en 1973, en el derrocamiento de Abd al-Karim Qasim de Irak en 1963 y de Sukarno en Indonesia en 1965, en la destitución de Patrice Lumumba del Congo en 1961 y de Juan José Torres de Bolivia en 1971. Hay ecos del método que se usó para derrocar al gobierno de Evo Morales de Bolivia en 2019 y el intento que aún continúa de derrocar al proceso bolivariano en Venezuela. Todo aquel que impulsara una agenda que se asemejara a un nacionalismo económico, todo lo que pudiera amenazar la dominación del mercado por parte de corporaciones transnacionales y que ofreciera una ventaja a los comunistas debía eliminarse. El derecho internacional y la opinión pública podían moldearse para favorecer al imperialismo. La fórmula es un cliché. Es un lugar común, un plan corto para generar un clima de golpe de Estado y crear un mundo sometido. Los nueve capítulos del manual para el cambio de régimen se encuentran a continuación.

## 1. Hacer lobby en la opinión «pública»

Un golpe de Estado se prepara primero en la opinión pública.

Si los periodistas hubieran analizado lo que Árbenz estaba haciendo, podrían haber concluido razonablemente que no estaba más que cumpliendo las promesas que había hecho en la campaña. Habrían informado que Árbenz no amenazó con destruir a la United Fruit Company, sino que solo anunció que le quitaría una parte de las tierras para mejorar las condiciones del pueblo guatemalteco. Pero una racionalidad tal era imposible.

United Fruit contrató a Edward Bernays, un destacado experto en relaciones públicas, para que llevara adelante el lobby en el Congreso de Estados Unidos acerca de una conspiración comunista. «Cada vez que se lee “United Fruit” en la propaganda comunista —escribió el director de relaciones públicas de la empresa— puede reemplazarse por “Estados Unidos”». Para Bernays, el punto era garantizar que United Fruit y Estados Unidos fueran sinónimos y que cualquier ataque a la empresa se viera como un ataque al país. Bernays usó dinero de United Fruit para enviar periodistas de *Chicago Tribune*, *Newsweek*, *The New York Times* y *Time* para que escribieran sobre los comunistas en Guatemala. Los periodistas obedecieron. En un informe sin firmar en *The New York Times* del 1 de julio de 1951, el periodista escribió: «No podemos esperar que un maya, que vive en una aldea ancestral en las colinas, analfabeto y alejado de las grandes corrientes mundiales, reconozca al comunismo por instinto como otro sistema

de esclavitud». El periodista no había hablado con nadie en la zona de montañas y no había citado a nadie: era un comunicado de prensa de United Fruit.

United Fruit gastó medio millón de dólares para hacer *lobby* en el Congreso de Estados Unidos mediante estos relatos de una amenaza comunista en Guatemala. La opinión «pública» —es decir, la opinión de los medios de comunicación capitalistas y el Congreso de Estados Unidos— se habían alineado con United Fruit.

El gobierno de Estados Unidos había dejado de abastecer de armas a Guatemala, así que Árbenz le compró armas a la República Checa. Cuando llegó el envío, Washington exageró su impacto para los taquígrafos de las agencias de prensa de Occidente. John Foster Dulles fue a la 10ª Conferencia Interamericana en Caracas para impulsar una resolución que condenara la «infiltración comunista», con énfasis en Guatemala. Todas las oligarquías se alinearon tras Dulles; solo Guatemala votó en contra de la resolución. La campaña de relaciones públicas había triunfado: había logrado el aislamiento de Árbenz y el plan de la reforma agraria. «Gobierno rojo en Guatemala», clamaban en un noticiero televisivo de NBC. No hacía falta decir más. La suerte de Árbenz estaba echada.

## *2. Designar al hombre correcto en el terreno*

Había mucho trabajo que hacer dentro de Guatemala. Tenía que estar el hombre correcto a cargo. El Departamento de Estado de Estados Unidos envió a John



Peurifoy, que había estado en Atenas, donde había cumplido un papel central en el fortalecimiento del nuevo gobierno anticomunista. Washington tenía una reserva llena de hombres como Peurifoy. En Brasil, el hombre en el terreno era Lincoln Gordon, un liberal cuando le convenía, pero un despiadado anticomunista fuera de Estados Unidos. Fue Gordon quien le pidió al gobierno de Estados Unidos que enviara un «envío clandestino de armas» a los fabricantes del golpe de Estado brasileño. Para el golpe contra Allende en Chile fue Nathaniel Davis. Para el golpe contra Sukarno en Indonesia fue Marshall Green. En Irán, fue Loy Henderson, quien fue y amenazó a Mossadegh con el retiro del apoyo estadounidense y obligó a su renuncia. Esos hombres ayudaron a endurecer la columna vertebral de las embajadas occidentales, se aseguraron de que hubiera propaganda lista para justificar el golpe y brindaron suficiente respaldo estadounidense a los asesinatos y el caos que siguieron. Green, por ejemplo, se reunió con los embajadores occidentales después de que quedó claro que los generales indonesios querían avanzar. El ejército —les dijo a Washington y sus colegas embajadores— «espera obtener la comprensión y la ayuda económica de Occidente si decide destituir a Sukarno». Las embajadas estaban impacientes por ayudar. Aportaron listas de comunistas y simpatizantes de comunistas que había que matar.

Peurifoy era bueno en lo que hacía. Cuando las conspiraciones de la CIA fallan, como suelen fallar, y cuando descubren y arrestan a los agentes, como suele ocurrir, es el embajador estadounidense quien debe mantenerse firme

y seguir presionando al gobierno. Peurifoy nunca perdió la compostura: intentó sobornar a Árbenz con 2 millones de dólares, luego lo amenazó, después comenzó a entablar conexiones con su gabinete y, por último, se sentó en la embajada el 18 de junio de 1954 a mirar cómo se desenvolvía su complot para derrocar al gobierno.

Es como dice ese viejo chiste: ¿Por qué no hay golpes de Estado en Estados Unidos? Porque ahí no hay embajadas estadounidenses.

### *3. Asegurarse de que los generales estén listos*

Estados Unidos convenció al coronel Carlos Castillo Armas, que trabajaba como vendedor de muebles en Honduras, de que era necesario que regresara a su tierra natal para ser el liberador de su país. Se sabe que United Fruit persuadió a Castillo Armas, y se dice que le pagó 30.000 dólares por mes como adelanto. El coronel Roberto Barrios Peña, uno de los militares clave en la oposición, se quejó ante Estados Unidos el 8 de octubre de 1953 de que Castillo Armas no era confiable y que no ayudaría a unir a la oposición fragmentada. La CIA sabía que Castillo Armas no servía; había bloqueado un golpe de Estado en enero de 1952 y no estaba llevándose bien con los otros oficiales militares que estaban ansiosos por defender a United Fruit contra el pueblo guatemalteco. Castillo Armas tenía el respaldo no solo de United Fruit, sino también del dictador nicaragüense Anastasio Somoza, cuya intervención sería luego invaluable.

Después de la segunda expropiación de tierras de Árbenz el 12 de agosto de 1953, la Junta de Coordinación de Operaciones (*Operations Coordinating Board*) de la CIA indicó que se debía avanzar contra Árbenz «con alta prioridad». Con 3 millones de dólares a su disposición, la CIA se dedicó a entrenar a la fuerza mercenaria de Castillo Armas y a lograr que todas las Fuerzas Armadas se alinearan tras él. En diciembre, el embajador estadounidense Peurifoy le escribió a John Cabot del Departamento de Estado (y accionista de United Fruit) que el gobierno de Estados Unidos «debe aceptar los riesgos inherentes a la colaboración con un cambio de gobierno aquí». Dijo que el problema que enfrentaban Estados Unidos y United Fruit era la oposición desorganizada. Peurifoy escribió: «La oposición interna “anticomunista” está muy dividida y no hay un programa político aplicable o una organización que esté inmediatamente disponible». Ese es el motivo por el que Peurifoy recomendó a «las Fuerzas Armadas de Guatemala como el sector en donde hay más probabilidades de que los esfuerzos por estimular la acción contra el gobierno tengan éxito». El agente de la CIA Henry Hecksher, que trabajaba infiltrado como comprador de café en Guatemala, se acercó al coronel Hernán Monzón Aguirre, que no solo era parte del gabinete de Árbenz, sino que también tenía influencia en el ejército. Hecksher le ofreció un soborno a Aguirre para que participara del golpe de Estado. Más adelante, Monzón se convertiría en el líder de la Junta que asumió inmediatamente después de que echaron a Árbenz; luego le pasaría el bastón a Castillo Armas, quien contaba con el favor de

la CIA. Por su parte, Hecksher fue promovido a jefe de la estación de la CIA en Laos en 1958, y de 1960 a 1963 participó de la operación de la CIA en Indonesia, antes de irse a Ciudad de México, donde dirigió el proyecto contra la Revolución cubana, para finalizar su carrera como jefe de la estación de la CIA en Chile en 1973, donde trabajó para derrocar a Salvador Allende.

El cable de Peurifoy a Washington del 25 de diciembre de 1953 argumenta dos puntos que vale la pena leer completos:

Lo que espero es que el programa definido en el telegrama: a) prepare la opinión guatemalteca y del hemisferio para un cambio y aminore los cargos que nos podrían presentar por la intervención; y b) cree un clima aquí en el que algunos sectores importantes de la población, y especialmente las Fuerzas Armadas y las clases propietarias, sientan que sus intereses están bajo suficiente amenaza como para despertar de su letargo actual y adoptar una mejor disposición para asumir los riesgos necesarios para cooperar activamente en el ingreso de un nuevo gobierno en el poder.

#### *4. Hacer chillar la economía*

El 11 de septiembre de 1953, la CIA elaboró un informe acerca de su guerra híbrida en Guatemala. En el documento, se observaba que la «presión económica» era fundamental; «Dado que la economía del gobierno de

Guatemala es susceptible a presiones, se aplicarán métodos encubiertos de guerra económica dirigidos al transporte y reservas de petróleo, e importaciones y exportaciones vitales, cuando sea factible». Se armó un equipo de trabajo compuesto por empresarios estadounidenses con «experiencia en América Latina y su actividad bancaria, publicitaria, transportes, inversiones y petróleo» y tres hombres que «ocupan altos cargos en la vida comercial e industrial de Guatemala». La CIA quería correr la atención de United Fruit y poner el foco en la producción cafetera de Guatemala. Así fue que elaboró un informe el 31 de julio de 1953 titulado «La industria cafetera en Guatemala: consideraciones especiales acerca de posibles sanciones económicas». Algunas empresas estadounidenses —como Folgers y J. A. Medina— estaban preocupadas por los eventuales problemas en el negocio de la exportación de café. La CIA tendría que apaciguarlas. En su informe de septiembre, la CIA observó que necesitaba usar evidencia real o «fabricada» en la próxima conferencia de la OEA para una «acción económica multilateral contra Guatemala, especialmente en relación con el café». La CIA había desarrollado un estudio acerca de cuáles eran «las fases que podían atacarse de la industria del café que dañarían al gobierno de Árbenz y sus partidarios sin afectar gravemente a los elementos anticomunistas».

La lectura de estos documentos de la CIA de 1953-1954 hace recordar las preparaciones del gobierno de Estados Unidos para el golpe de Estado de 1973 contra el gobierno socialista de Salvador Allende en Chile. El 15

de septiembre de 1970, el presidente de Estados Unidos Richard Nixon y el asesor de Seguridad Nacional Henry Kissinger autorizaron al gobierno estadounidense para que hiciera todo lo posible en pos de debilitar al gobierno de Allende que estaba pronto a asumir. Nixon y Kissinger, según las notas del director de la CIA Richard Helms, querían «hacer chillar a la economía» en Chile, y no estaban preocupados por «los riesgos implicados». La guerra era aceptable para ellos, siempre y cuando el gobierno de Allende fuera apartado del poder. La CIA comenzó el proyecto FUBELT, con 10 millones de dólares como primer pago para comenzar la desestabilización encubierta del país. El 11 de junio de 1971, John Connally, secretario del Tesoro de Estados Unidos, le dijo a Nixon:

la única presión que tenemos, la única palanca que podemos manejar, me parece, es por lo menos cerrarles el crédito, o cerrar los mercados para los productos que elaboran, o algo así. Pero tenemos que estar en posición de imponer sanciones económicas. Ahora no se pueden imponer sanciones militares, pero sí sanciones financieras o económicas.

Un mes después, Allende nacionalizó el sector del cobre y les dijo a las grandes empresas —Kennecott y Anaconda— que las compensaría con la condonación de los 774 millones de dólares en impuestos por ganancias extraordinarias que no pagaron. Los chilenos celebraron ese día como el Día de la Dignidad Nacional.

Las empresas fueron a quejarse a la Casa Blanca. Las acompañaban el gigante de las telecomunicaciones ITT y el fabricante de gaseosas Pepsi Cola. El 5 de octubre de 1971, Connally le dijo a Nixon: «Lo único que puedes esperar es que lo derroquen [a Allende] y, mientras tanto, demostrar, mediante tus acciones en su contra, que lo que buscas es cuidar los intereses estadounidenses».

El contraataque fue rápido. El Export-Import Bank de Estados Unidos ya había rechazado otorgarle un préstamo a Chile para comprar tres aviones Boeing (era menos un préstamo a Chile que un subsidio a Boeing o, como lo describió en 1965 el primer ministro de Ghana, Kwame Nkrumah, que fue derrocado: «La ayuda a un Estado neocolonial no es más que un crédito rotativo, que paga el amo neocolonial y que pasa por el Estado neocolonial y vuelve al amo neocolonial en forma de ganancias incrementadas»). Cuando Chile fue al Club de París a negociar los términos para reprogramar la deuda de 1862 millones de dólares, el delegado estadounidense en el Club resopló. Estados Unidos era dueño de 1227 millones de dólares de esa deuda, por lo que abordó tanto la cuestión de la compensación a las empresas transnacionales de cobre como la suspensión del pago de la deuda de Chile. La presión sobre Chile se acumuló, a medida que se acababa el financiamiento internacional. En el Banco Interamericano de Desarrollo, Estados Unidos tiene el 40% de los votos y un veto efectivo; sus préstamos a Chile cayeron de 46 millones de dólares en 1970 a 2 millones de dólares en 1972. El Banco Mundial, controlado por Estados Unidos, no le otorgó nuevos préstamos

a Chile entre 1970 y 1973. El Export-Import Bank redujo las calificaciones de Chile de B a D, la más baja. El comercio continuaba, pero las empresas comenzaron a pedir efectivo por adelantado por la compra de artículos. Todo eso ocurría mientras los precios del cobre caían un 25%; a medida que la inflación mundial crecía, subían los precios de los alimentos importados. La inflación trepó a más de 1.000% y el gobierno de Allende comenzó a imprimir dinero y racionar productos para prevenir una caída total en el estándar de vida.

Una combinación del «bloqueo invisible» de Nixon, la reacción de pánico ante las sanciones del gobierno y las condiciones internacionales adversas (precios del cobre bajos, precios de alimentos altos ) «crearon las condiciones», como dijo Kissinger, para un golpe de Estado. Nixon respondió: «Así es cómo se desarrollará todo».

### *5. Aislamiento diplomático*

El gobierno que enfrenta al imperialismo y está del lado del pueblo debe ser caracterizado como fuera de la realidad y aislado, mucho antes de que los tanques salgan del cuartel. Ese aislamiento debe parecer un proceso natural. El gobierno ya no es un gobierno, sino un régimen: ya no es un gobierno democrático, sino un régimen autocrático.

Nadie estaba en desacuerdo con que Salvador Allende ganó las elecciones presidenciales de Chile en 1970 con una votación justa. No era eso lo relevante. La oligarquía



chilena y el gobierno estadounidense habían intentado socavar la democracia chilena desde que los socialistas comenzaron a obtener logros en la década de 1960. La CIA armó un programa para ejercer influencia en los medios masivos de comunicación chilenos e instalar la idea de que eran los soviéticos —que no tenían ningún interés real en Chile— quienes querían perjudicar la democracia chilena. La CIA financió a los partidos de la extrema derecha en las elecciones del Congreso de Chile en marzo de 1969. Cuando eso fracasó y emergió que los socialistas ganarían las elecciones presidenciales de 1970, la CIA intentó generar disenso para dividir el voto socialista y asegurar el triunfo de la extrema derecha. Allende ganó la elección el 4 de septiembre de 1970.

Un 9 de septiembre, tres años antes del verdadero golpe de Estado, la CIA ya había hablado de un golpe militar con el ejército chileno. El general René Schneider no estaba a favor de un golpe porque creía que debía respetarse la Constitución de 1925. El general retirado del ejército Roberto Viaux, que estaba ansioso por un golpe de Estado y había estado reuniéndose regularmente con la CIA, secuestró al general Schneider y lo mató. El ejército quedó conmocionado y el golpe tuvo que frenarse. Sin embargo, fueron la CIA, el ala de la extrema derecha en el ejército y la oligarquía chilena quienes habían intentado socavar la democracia. Ellos son quienes deberían haber sido aislados. Pero así no funciona el idioma del imperialismo.

En 1962, la Organización de Estados Americanos (OEA), bajo presión del gobierno estadounidense, suspendió a Cuba de sus filas. Fidel Castro había llamado a

la OEA un «ministerio de colonias yanquis», una descripción que a grandes rasgos resulta justa. Washington había usado a la OEA para disciplinar a los países del hemisferio y por eso había sido usada contra Cuba justo después de que el gobierno de Castro comenzara a afirmar los derechos del pueblo cubano a tener su propia tierra y trabajo. La remoción de Cuba de la OEA no fue suficiente. La administración Kennedy luchó para que la OEA impusiera sanciones a Cuba en 1964 y exigió que todos los miembros de la OEA hicieran lo mismo. México fue el único miembro de la OEA que se negó a la orden de Kennedy.

En su reunión de enero de 1962, la OEA dijo que «el marxismo-leninismo es incompatible con el sistema interamericano y la alineación de un gobierno de esas características con el bloque comunista rompe con la unidad y solidaridad del hemisferio». La expulsión de Cuba respondía a la idea de que el comunismo era extraño a las Américas. Allende lo sabía. Por eso no declaró que su gobierno estuviera basado en principios marxistas y por eso fue muy cuidadoso de no entablar abiertamente una conexión con la Unión Soviética. Sin embargo, con Cuba sí abrió una relación de intercambio pleno y con Corea del Norte tuvo relaciones comerciales. Otros cuatro Estados siguieron el liderazgo de Chile en relación con Cuba y rompieron el bloqueo de la OEA. Eso es lo que Estados Unidos quería impedir y por eso la CIA ansiaba un golpe de Estado. En un extenso memorándum que elaboró la CIA para Henry Kissinger sobre la situación en Chile el 4 de diciembre de 1970, se observaba que «es

probable que los chilenos sean más sofisticados que los cubanos» y que entonces no provocarían una expulsión de la OEA. La CIA armó un plan para superar la vacilación de los miembros de la OEA en cuestionar directamente el lugar de Chile en la organización. Un modo de forzar a Chile era que Estados Unidos organizara «una oposición total y conjunta a las posiciones y propuestas de Chile, hostigamiento y disminución o suspensión de los préstamos del BID (Banco Interamericano de Desarrollo) y la asistencia técnica de la OEA». Si se le dificultaba a Chile el uso de la maquinaria de la OEA que le correspondía, quizás se podía obligar a Allende a caer en la trampa que le tendió Estados Unidos: la expulsión de la OEA y el aislamiento diplomático.

Cuando la OEA no cedió a la presión de Estados Unidos, el secretario del Tesoro de Estados Unidos John Connally le propuso al presidente Richard Nixon en 1971 que Estados Unidos se retirara de la OEA y tratara bilateralmente con cada uno de los países latinoamericanos. En toda conversación bilateral, Estados Unidos sería el negociador más poderoso y podría aislar más fácilmente a los países que no cedieran a su presión. Si Estados Unidos podía negociar con cada país individualmente, entonces, dijo Connally, «podemos ajustar las clavijas en Perú y Brasil». La OEA, para Estados Unidos, no era ni más ni menos que un instrumento de poder, no una plataforma para crear cooperación regional. Sería ingenuo leer la Carta de la OEA y tomarla en serio.

No fue fácil expulsar a Chile de la OEA, aunque las sanciones sí golpearon la economía. Los servicios de

inteligencia de Occidente trabajaron duro para dañar la reputación de Allende frente al mundo. Lo que Allende estaba diciendo tenía resonancia en el Tercer Mundo. Su discurso en la ONU en diciembre de 1972 retrató un mundo en lucha entre el poder de las corporaciones transnacionales —respaldadas por Estados Unidos y sus aliados— y los Estados soberanos. Ese era el tipo de lenguaje que resonaba en el Movimiento de Países No Alineados (MPNA), cuyo principal objetivo en aquellos años era el pasaje al Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), una reforma completa del sistema de desarrollo y comercio. Allende advirtió que el NOEI no estaba en el horizonte de los países de Occidente, sino que «toda la estructura política del mundo está siendo destruida». No era una hipérbole para él, era una declaración fáctica. Cuando el MPNA se reunió en Argelia en septiembre de 1973, Allende no estaba allí. Indira Gandhi, la primera ministra de India, dijo en sus palabras inaugurales el 6 de septiembre: «Extrañamos al presidente Allende de Chile, que está luchando una batalla que compartimos». Una batalla *que compartimos*. El aislamiento no iba a poder funcionar mientras el bloque tercermundista y el bloque soviético permanecieran intactos. Sin embargo, cinco días más tarde, el 11 de septiembre, se llevó a cabo el golpe de Estado y Allende murió.

Cuando la sombra del Tercer Mundo y el bloque soviético se desvaneció dos décadas después, se volvió mucho más fácil para Estados Unidos y sus aliados usar el aislamiento diplomático como herramienta para el cambio de régimen. Se volvió mucho más fácil para la Liga

Árabe echar a Libia antes de la guerra de la OTAN en ese país en 2011; se volvió mucho más fácil usar la OEA como arma contra Venezuela y Bolivia.

#### 6. *Organizar protestas masivas*

Un golpe de Estado nunca es un golpe de Estado. Llamarlo «golpe» sería admitir que el gobierno de Estados Unidos había socavado los procesos democráticos de otro país, o que al menos había interferido en otro país. Un golpe debía ser descrito con otras palabras. Tenía que ser un levantamiento popular contra un gobierno autoritario, solucionado gracias a la intervención del ejército nacionalista. Podría haber sido una «toma del poder» o «un paso interino». Así debía comprenderse al golpe.

Gracias al control que ejercía la CIA en los medios de comunicación, los informes periodísticos de los principales periódicos de Occidente no lo llamaban golpe de Estado ni guerra. Hanson Baldwin de *The New York Times* le había ofrecido a John Foster Dulles cooperación total en su cobertura del golpe de Estado de la CIA de 1953 en Irán y luego hizo lo mismo con Guatemala. «La cualidad de casi opereta de la “guerra” de Guatemala», escribió Baldwin el 22 de junio de 1954, después de que el ejército había comenzado la masacre de los seguidores de Árbenz y de los comunistas. Para Baldwin, era «una guerra hasta ahora sin batallas en general, pero marcada por pronunciamientos y rumores». La palabra «golpe» no aparece y «guerra» aparece entre comillas irónicas.

Para que haya un levantamiento popular, hace falta que haya multitudes en las calles. Pero si las multitudes apoyan al gobierno —como era el caso con Mossadegh y con Árbenz—, ¿cómo se fabrica el carácter popular? El dinero ayuda. Kermit Roosevelt repartió un millón de dólares por Teherán en 1953 para reunir una multitud «alquilada». Peurifoy, junto con su colega de la CIA Howard Hunt, hicieron lo mismo en la Ciudad de Guatemala; cuando Árbenz y su familia se estaban yendo del país, una multitud bien vestida, financiada por la CIA, se encontraba cerca insultando a la familia y luego mirando cómo el ejército obligó a Árbenz a desnudarse antes de tomar el avión a México.

Philip Agee, en la estación de la CIA en Montevideo, escribió en su diario el 1 de abril de 1964 acerca de lo que escuchó del jefe de la estación de la CIA en Río de Janeiro, Ned Holman, sobre el golpe de Estado contra Goulart en Brasil. Eran la estación de la CIA en Río de Janeiro y sus filiales las que «estaban financiando las manifestaciones masivas urbanas en contra del gobierno de Goulart, y demostrando que las viejas consignas de Dios, el país, la familia y la libertad también eran efectivas». William Doherty, de un frente de la CIA, dijo del golpe de Brasil: «Fue planeado, y planeado con meses de anticipación. Muchos de los líderes sindicales, algunos de los cuales incluso se formaron en nuestro instituto, participaron en la revolución y en el derrocamiento del régimen de Goulart». El director de la CIA William Colby autorizó al menos 8 millones de dólares para «alquilar» multitudes en Chile y subsidiar huelgas. En febrero de 1973,

el coronel estadounidense Gerald Sills le preguntó al general chileno Augusto Pinochet cuándo avanzaría para derrocar al presidente socialista Salvador Allende. «Sal-dremos cuando ya no nos aguantemos», respondió Pinochet. «Las Fuerzas Armadas no pueden avanzar contra Allende hasta que el pueblo no salga a la calle y nos ruegue que actuemos». La CIA se puso manos a la obra. Se gastó dinero en «huelgas» y «protestas», que obligaron a Pinochet a sacar a sus tropas de los cuarteles. Sin las «manifestaciones», no había legitimidad para que actuara el ejército.

En Guatemala, las multitudes «alquiladas» cubrieron la capital con eslóganes anticomunistas y con amenazas a las vidas tanto de Arbenz como de Fortuny. Los oficiales del ejército guatemalteco habían recibido el aviso de los asesores militares de Estados Unidos: si no derrocaban al gobierno, Estados Unidos invadiría. Era una amenaza que inquietó a muchos oficiales que habían sido leales hasta ese momento; iban a tener que retirarse cuando ocurriera el golpe o unirse al propio golpe.

La nube oscura del golpe de Estado que hizo estallar a Guatemala cubrió el Caribe y luego voló hacia la Guayana Británica. Allí, en 1953 el pueblo eligió como primer ministro a Cheddi Jagan, el líder del sindicato de trabajadores forestales y aserraderos y del Partido Progresista del Pueblo. Jagan no era miembro de un partido comunista, pero era marxista y venía de Port Mourant, la «pequeña Moscú» de Guayana Británica. Winston Churchill, el primer ministro de Gran Bretaña, que era el amo colonial de la Guayana Británica, quería destituir

a Jagan. Churchill estaba aterrorizado por las nuevas leyes laborales de Jagan y su amenaza de que avanzaría hacia una agenda socialista. «Debemos conseguir el apoyo estadounidense para hacer todo lo posible para romper los dientes comunistas que atrapan a Guayana Británica», le escribió a Oliver Lyttleton, su secretario de Estado para las colonias. Estados Unidos no pareció interesado de inmediato, estaba demasiado ocupado con Irán y Guatemala. Churchill envió sus tropas para expulsar a Jagan. Fue una operación simple y no hizo falta el apoyo de las masas.

Una década más tarde, Jagan volvió al poder y esta vez Estados Unidos sí estaba interesado en expulsarlo. El asesor del presidente de Estados Unidos John F. Kennedy le escribió en agosto de 1961 sobre «la posibilidad de encontrar un reemplazo para el propio Jagan»; en otras palabras, para un cambio de régimen en Guyana. Jagan era muy popular, y efectuar una simple intervención militar parecía demasiado difícil. Esta vez la CIA decidió usar a los sindicatos contra Jagan. La CIA trabajó estrechamente con el movimiento sindical de Estados Unidos –la Federación Estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO, por sus siglas en inglés)– para crear varios frentes, como el Instituto de Sindicatos Libres y el Instituto Americano para el Desarrollo del Trabajo Libre (AIFLD, por sus siglas en inglés). Esos frentes dirigieron el dinero del gobierno de Estados Unidos a los sindicatos de todo el mundo; sus agentes consolidaron a los sindicalistas de derecha contra la izquierda. Sus colaboradores de todo el mundo eran



con frecuencia personas y organizaciones con los intereses más sórdidos, incluso personas que pertenecían a la mafia y grupos fascistas. Todo era aceptable para atacar la lucha de clases, tanto en Europa como en los Estados surgidos de procesos de liberación nacional.

En 1947, durante la ola de huelgas en Francia, la derecha y la mafia arrasaron a los trabajadores. Uno de ellos –Vincent Voulant, un militante comunista– fue asesinado por la mafia de Marsella, un indicio temprano del tipo de alianzas que estaban operando. Tres de cada cuatro trabajadores en Marsella estuvieron en huelga en el día de su funeral. Los trabajadores portuarios se unieron a los mineros para cerrar la ciudad. Amenazaron con una insurrección comunista en la región del sur de Francia. Frank Wisner de la CIA se reunió con un representante del Comité de Sindicatos Libres (*Free Trade Union Committee*), Jay Lovestone –un exlíder del Partido Comunista de Estados Unidos–, quien luego comenzó a enviar dinero al sindicato anticomunista Fuerza Obrera (*Force Ouvrière*) y a Le Milieu (la mafia), más precisamente al frente corso. El trato era que la mafia intimidaría a los sindicalistas y asesinaría comunistas; y a cambio las autoridades francesas y estadounidenses les permitirían ingresar heroína a Europa. Eso se conoció como la Conexión francesa. Además, la CIA envió una unidad de operaciones psicológicas para socavar la reputación de los comunistas. Cuando llegó un barco con 60.000 bolsas de harina y los trabajadores portuarios se negaron a descargarlas, la CIA difundió la historia de que los sindicatos y los comunistas estaban en contra de los hambrientos.

Fueron estos grupos de «trabajo libre» financiados por Estados Unidos los que comenzaron a generar caos entre la clase trabajadora en la Guayana Británica. Financiaron y dividieron al movimiento sindicalista. Así es cómo la CIA llevaba a las «masas» a estar en contra de los gobiernos de izquierda. Serafino Romualdi, de la AFL, estaba en Guayana Británica en 1951, donde había comenzado a echar las raíces de lo que llegaría una década más tarde. En 1962, ocho funcionarios sindicalistas de Guayana Británica asistieron a un curso de entrenamiento organizado por el Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre. Regresaron a Guayana Británica para ir con toda la carga contra el gobierno de Jagan, que llegó al poder en septiembre de 1961. En 1963, esos hombres y sus sindicatos organizaron una huelga general que duró tres meses y dañó gravemente al gobierno de Jagan. Los sindicatos pudieron sostenerse porque recibían financiamiento de dos sindicatos de la AFL-CIO: la Federación Estadounidense de Empleados Estatales, del Condado y Municipales y el Sindicato Internacional de Empleados de Comercio Minorista. Esos fondos de la CIA llegaban a la AFL-CIO a través de fundaciones privadas, como la Fundación Gotham (creada por la CIA). La CIA tenía influencia en diversos frentes laborales, tales como el departamento internacional de la Internacional de Servicios Públicos (cuya principal figura era un agente de la CIA, William Howard McCabe) y el abogado laboral de AFL-CIO, Gerald O'Keefe (también un agente de la CIA, según consta). Se dice que O'Keefe aportó financiación a Richard Ishmael, un líder sindicalista que

se oponía a Jagan; y a Forbes Burnham, el principal oponente político de Jagan, para contratar hombres que cometieran actos de violencia y sabotaje contra el gobierno y sus seguidores. La intimidación de la CIA y AFL-CIO era tal después de la Operación «Flypast» que J. C. Stackpoole del Ministerio de Relaciones Exteriores británico comenzó a llamarlos AFL-CIA.

El gobierno de Jagan cayó y, ya profundamente deteriorado, perdió las elecciones de 1964. Burnham ganó y gobernó Guyana con el apoyo de Estados Unidos hasta 1980. Su partido siguió en el gobierno hasta 1992.

Mientras generaban confusión en Guyana, Romualdi y su equipo de la AFL-CIA llevó el caos a la República Dominicana. En 1962, Juan Bosch, un socialista, ganó las elecciones presidenciales e intentó llevar adelante un modesto plan de reforma agraria. Pero rápidamente Bosch descubrió que todas las principales organizaciones de masas de su país eran frentes de la CIA o habían sido vaciadas por la AFL-CIA. Uno de sus asesores cercanos, Sacha Volman, era un agente de la CIA que vació a la principal organización campesina (la Federación Nacional de Hermandades Campesinas, FENHERCA). Por su parte, la AFL-CIA había creado y dado forma al principal sindicato, la Confederación Nacional de Trabajadores Libres (CONATRAL). Los burócratas y tecnócratas de Bosch se habían formado en el Instituto Internacional de Estudios Laborales, financiado por el Centro Interamericano de Estudios Sociales, que a su vez recibía dinero de un frente de la CIA conocido como J. M. Kaplan Fund. Bosch estaba parado en terreno hueco.

Cuando Bosch actuó, la AFL-CIA tiró de los hilos, los trabajadores entraron en huelga y Bosch tuvo que hacer concesiones ante lo que aparentaba ser un descontento popular contra su gobierno.

## 7. *Luz verde*

Siempre hay una luz verde. Estos documentos nos llegan cincuenta años después de los sucesos, una astuta declaración de poder una vez que el mundo ya cambió. Porque una cosa es hacer un guiño y admitir un papel en un golpe de Estado de otra generación, pero si el *Manual de cambio de régimen* está en uso, siempre se esconde el accionar.

11 de julio de 1953: «Mediante métodos legales, o cuasi legales, para efectuar la caída del gobierno de Mossadegh y reemplazarlo con un gobierno a favor de Occidente bajo el liderazgo del Shah, con Zahedi como primer ministro».

26 de agosto de 1960: «En los altos mandos aquí, la conclusión definitiva es que si Lumumba continúa en el poder, el resultado inevitable será, como mínimo, caos, y como máximo, abrirá el camino a que los comunistas tomen el Congo. Su expulsión debe ser un objetivo primordial y urgente. Debe ser una prioridad alta de nuestra acción encubierta».

Cuando hubo luz verde, los pilotos de la CIA se subieron a los aviones P-47 Thunderbolts y volaron sobre la Ciudad de Guatemala. Dispararon las armas de calibre 50 y arrojaron bombas de fragmentación de 50 libras; hicieron un gran estruendo.

Ningún golpe es tan fácil como parece. Los batallones de Castillo Armas, mal equipados de armamento, fracasaron en su entrada a la capital. Hubo muchas pérdidas en manos de los guardias de la frontera y el ejército. Los aviones de la CIA bombardearon un tanque de petróleo, que —según escribió un agente de la CIA— dejó a los guatemaltecos con una impresión de «gran debilidad, falta de decisión, esfuerzo cobarde» de los golpistas. Pero el Ejército temía una invasión estadounidense. Uno de los hombres de Árbenz se dirigió a una base, donde encontró a los oficiales escondidos en los cuarteles. Según le dijo a Árbenz, creen «que los estadounidenses amenazan a Guatemala solo por usted y sus amigos comunistas. Si no renuncia, el Ejército marchará en la capital y lo depondrá». La CIA no sabía que el Ejército se había puesto en contra. Autorizaron un bombardeo masivo del país y un torrente de noticieros radiales. Pero el Ejército tomó el poder y le dio la espalda a la CIA. «Nos traicionaron», dijo Peurifoy, el embajador estadounidense. Pero Peurifoy sabía cuál era su trabajo. Le ladró al Ejército y cedieron. En once días, cinco juntas sucesivas tomaron el poder, cada una de ellas más dispuesta a subordinarse a Washington que la anterior.

#### *8. Un estudio sobre el asesinato*

Fortuny, el líder del Partido Comunista Guatemalteco, se refugió en la embajada mexicana. Le preguntaron si el derrocamiento de Árbenz significaba que Estados

Unidos no permitiría un gobierno comunista en las Américas. «Saquen sus propias conclusiones», dijo. En 2005, Fortuny murió en Ciudad de México a los 89 años.

Hacía mucho tiempo ya que la CIA creía que si asesinaba a líderes clave, podría debilitar la determinación de cualquier Estado en proceso de liberación nacional. Un funcionario de la CIA escribió que, en el contexto de Guatemala, «la eliminación de quienes ocupan cargos altos provocaría el colapso» del gobierno. La Dirección de Planes de la CIA consiguió en 1949 una lista de la izquierda confeccionada por el ejército guatemalteco. Circulaban «listas de eliminación» con las personas que había que matar; líderes campesinos y de trabajadores, comunistas, intelectuales marxistas: todos estaban en esas listas. En enero de 1952, la CIA tenía su lista de «comunistas de alto vuelo a quien el nuevo gobierno desearía eliminar inmediatamente en caso de golpes anticomunistas exitosos». En un cable del 29 de enero de 1952, la CIA pidió lo siguiente: «la oficina central desea lista de comunistas y/o simpatizantes a quien el nuevo gobierno desea encarcelar (sic) de inmediato en caso de golpe anticomunista exitoso. Solicito verificar la siguiente lista y recomendar adiciones o eliminaciones». Cuando leo la palabra «encarcelar», la leo como «incinerar», no «encarcelar»<sup>4</sup>. Las dos palabras corresponden. Se entregaron armas a los guatemaltecos de extrema derecha y comenzaron las operaciones de sabotaje contra el gobierno de Árbenz. Como parte

4 N. de T.: En inglés original, «incarcerate», error de tipeo de la fuente citada, probablemente era «incarcerate» (encarcelar), pero también evoca a «incinerate» (incinerar).

de la guerra psicológica, la CIA envió cartas con «avisos fúnebres» a los líderes comunistas todos los días durante un mes en 1953. La CIA creó un nuevo programa –PBSUCCESS– para «eliminar de forma encubierta, y sin derramamiento de sangre en lo posible, la amenaza del gobierno actual controlado por el comunismo en Guatemala». Los equipos de asesinatos –el Grupo K– y los grupos de sabotaje comenzaron su tarea.

En los archivos sobre Guatemala de la CIA, hay un escalofriante documento de 19 páginas con un título sencillo, *Un estudio sobre el asesinato* (1953). «No deben escribirse ni grabarse instrucciones para un asesinato», dice el «estudio». Las decisiones deben tomarse en el campo y allí deben quedar. Se menciona una lista de herramientas que pueden usarse en un asesinato, desde martillos hasta cuchillos de cocina, «cualquier cosa que sea rígida, pesada y fácil de manejar alcanza». «Para total seguridad, se debe cortar la médula espinal en la zona cervical», lo que puede lograrse con un cuchillo. «Las personas impresionables no deben intentarlo», dice el «estudio». Los estudios de este tipo se seguirían produciendo para el ejército y los paramilitares asociados con el brazo largo del imperialismo estadounidense. En 1983, los oficiales del Ejército de Honduras leyeron el *Manual de entrenamiento para la explotación de recursos humanos*, que era menos explícito acerca del asesinato pero igual de claro en relación con el uso de la fuerza para obtener los resultados deseados: es decir, aplastar la lucha de clases. El Batallón 316 del ejército hondureño se dedicó a secuestrar a las personas que fueran de izquierda, torturarlas y luego asesinar a cientos de ellas que

consideraba que eran demasiado peligrosas para devolver a la sociedad. Los docentes de la CIA eran muy buenos en lo que hacían. Dan Mitrione de la CIA fue a Uruguay, donde les enseñó a los grupos de derecha cómo aplicar la tortura. «El dolor preciso, en el lugar preciso, la cantidad precisa, para el efecto deseado»; ese era su credo. Su tortura favorita era electrocutar genitales. Fue asesinado por el movimiento de izquierda Tupamaros en 1970.

La representación más impresionante de un politici-dio en términos de cifras es sin dudas la masacre de la izquierda y los simpatizantes de la izquierda que ocurrió en un corto plazo a partir de octubre de 1965. Al norte de Indonesia, el pueblo vietnamita continuaba defendiéndose del bombardeo estadounidense. La CIA advirtió su resistencia y observó en octubre: «Hanoi sigue afirmando su determinación para continuar la guerra en Vietnam del Sur, a pesar del desgaste continuo de la guerra aérea y el aumento de las tropas estadounidenses en el sur». En marzo de 1965, 3500 marines de Estados Unidos desembarcaron en Vietnam; fueron los primeros de cientos de miles de soldados de combate. Estados Unidos había comenzado a intensificar la guerra en esa zona, luego de haber congelado la guerra en Corea. Ese mismo mes, una década después de que las dos Coreas llegaran a un *impasse*, Kim Il Sung (líder de la República Popular Democrática de Corea) se reunió con una delegación china. Les dijo algo que preocupó a la CIA:

Si comienza la guerra en Corea en el futuro, seguiríamos necesitando su ayuda y desearíamos lu-



char juntos. El camarada Mao Tse Tung una vez dijo que el noreste de China es nuestra retaguardia y que, aún más, toda China es nuestra retaguardia.

China acababa de testear su bomba nuclear en 1964 y eventualmente extendería el escudo nuclear sobre Corea. El presidente Lyndon B. Johnson ya había dejado en claro la postura de Estados Unidos. En un discurso de ese año, les dijo a los comunistas: «Debemos decir en el Sudeste Asiático lo mismo que dijimos en Europa, con las palabras de la Biblia: “Hasta aquí llegarás, pero no más allá”». El «no más allá» no solo se aplicaba al Sudeste Asiático, sino también a cualquier parte fuera de la URSS, China y las regiones del norte de Corea y Vietnam.

Sin dudas se aplicaba a Indonesia, que tenía el partido comunista más grande fuera de China; el Partido Comunista de Indonesia (PKI) tenía un vínculo importante con el presidente Sukarno, que había comenzado a acercarse cada vez más a los comunistas. En 1965, una sección del Ejército indonesio avanzó contra Sukarno y tomó las instituciones del país. Luego comenzó lo que se conoce como una de las purgas políticas más terroríficas de los tiempos modernos. El Ejército indonesio y sus aliados —en su mayoría, anticomunistas fanáticos, incluidos grupos religiosos— mataron al menos un millón de personas en este *pogrom*. Lo que está fuera de duda —aunque Estados Unidos se niega a liberar por completo sus documentos de este período— es que Estados Unidos y Australia les suministraron a las Fuerzas Armadas de Indonesia las listas de comunistas que debían asesinar, que

alentaron al Ejército a provocar estas masacres y que cubrieron esta atrocidad absoluta.

Los cables que sí se liberaron de Estados Unidos muestran que la embajada estadounidense en Yakarta sabía muy bien lo que estaba ocurriendo. «Una fuente de Bali confiable informó a la embajada», escribió el asesor de asuntos políticos el 21 de diciembre de 1965, tres meses después de que comenzaran los asesinatos, «que las muertes del PKI en la isla de Bali ahora suman un total de 10.000 e incluyen a los padres y hasta parientes lejanos del criptocomunista gobernante Sutedja». El documento se refiere a Anak Agung Bagus Suteja, de cuna real, que había participado en las luchas antijaponesas y antiholandesas; y había sido encarcelado desde 1948 hasta 1949. Después de la independencia de 1949, Suteja fue designado para gobernar la isla de Bali. El Ejército no solo mató a su familia extendida, sino que también él fue «desaparecido». El oficial de la CIA Edward Masters envió un cable en 1966 que decía: «Muchas provincias parecen abordar con éxito este problema de ejecutar a los prisioneros o matarlos antes de capturarlos». Se refería a los prisioneros comunistas. Estados Unidos le había entregado una lista de al menos 5000 líderes comunistas al Ejército indonesio. Los australianos también tenían su lista. A principios de octubre de 1965, el embajador de Australia Keith Shann escribió para decir que la masacre de los comunistas era «ahora o nunca» y que esperaba «con fervor» que el ejército «actuara con firmeza» contra los comunistas. No tenía de qué preocuparse. Para 1966, el primer ministro de Australia Harold Holt dijo a una

audiencia en Nueva York: «Habiendo eliminado de 500.000 a un millón de simpatizantes comunistas, creo que podemos afirmar que ha ocurrido una reorientación».

Ya sea en Guatemala o en Indonesia, o mediante la Operación Fénix o Phung Hoang en Vietnam del Sur en 1967, el gobierno de Estados Unidos y sus aliados alentaron a las oligarquías locales y a sus amigos en las Fuerzas Armadas a diezmar por completo a la izquierda. La Operación Fénix en Vietnam del Sur duró de 1967 a 1971. Un memorándum de la CIA de 1968 («Evaluación del programa Fénix») afirma con claridad que uno de los tres objetivos es «neutralizar 12.000 miembros de la IVC»; «IVC» significa infraestructura del Viet Cong. En esta evaluación, la CIA advierte que, según su cálculo, hay aproximadamente 82.000 cuadros del movimiento de liberación nacional vietnamita en el sur; de ese total, en 1968 Estados Unidos y sus aliados survietnamitas solo pudieron matar 11.066 y el 83,5% de ellos «servían en el nivel de aldeas o pueblos». Estados Unidos quería matar cuadros más avanzados, de modo que «los oficiales estadounidenses armaron una lista de cuadros ejecutivos y relevantes de la IVC» que debían ser asesinados (o, en el idioma de la CIA, *neutralizados*).

En América del Sur, el gobierno de Estados Unidos trabajó con el archipiélago de juntas militares que abarcaba desde Argentina hasta Paraguay para secuestrar, torturar y asesinar dirigentes y militantes de izquierda en todo el continente. Ese programa, que funcionó desde 1976 hasta 1989, se llamó Operación Cóndor. Mató alrededor de 100.000 personas y encarceló medio millón.

En un documento de la CIA del año 1977 llamado «el contraterrorismo en el Cono Sur», se puede leer que la Operación Cóndor implica la supervisión de la CIA en el desarrollo de un banco de datos computarizados en Chile («todos los miembros contribuirán información de terroristas sospechados o confirmados») y en la provisión de equipos por parte de Brasil para «Condortel» (la red de comunicaciones del grupo). Los equipos de asesinato de la Operación Cóndor estaban preparados para ir contra comunistas reconocidos, líderes de la oposición y grupos de derechos humanos (incluidos miembros de Amnistía Internacional). Los agentes de la Operación Cóndor operaban en Europa para matar dirigentes y militantes de izquierda. Mataron al exembajador chileno de Estados Unidos Orlando Letelier y a su colega Ronni Karpen Moffitt en Washington D. C. en el año 1976. Hace mucho tiempo ya se cree que la CIA estuvo involucrada en este asesinato. Mientras tanto, las Fuerzas Armadas argentinas enviaron rápidamente una nota al gobierno de Estados Unidos por la preocupación de que la investigación sobre el asesinato de Letelier podría conducir al asesinato en 1974 del exministro de Defensa chileno, el general Carlos Prats, y de su esposa Sofía Cuthbert. El cable argentino deja en claro que el general Prats, cercano a Salvador Allende, había sido asesinado como parte de la Operación Cóndor («por lo tanto se deben tomar medidas para ocultar toda eventual responsabilidad de Argentina en el caso Prats»).

Durante casi cuatro días en 1971, un golpe comunista en Sudán liderado por el general Hasem al-Atta podría

haber cambiado el equilibrio de fuerzas en África, pero pronto fue derrocado por el coronel Gaafar Nimeiry, el presidente depuesto, que usó al contragolpe como oportunidad para arrestar y asesinar a los principales líderes del Partido Comunista de Sudán, incluido el fundador del partido Abdel Khaleq Mahgoub, y a líderes de los sindicatos.

Esa fue la fórmula que se usó en Argentina y en Chile, en Brasil y en Irak, y en Ghana: una brutalidad total tuvo rienda suelta en la tierra cuando las ideologías políticas más tóxicas recibieron plena licencia para matar. Y luego, tanto en estaciones radiales como televisivas, en periódicos y revistas, Estados Unidos y sus aliados tapaban la verdad o enmarcaban la historia de modo que pareciera que los dirigentes y militantes de izquierda básicamente se mataron solos.

## 9. *Negar*

Cuando destituyeron a Árbenz, y cuando mataron a los comunistas, el gobierno de Estados Unidos negó toda participación. Pero por dentro estaban más que complacidos. El director de la CIA Allen Dulles le escribió al embajador estadounidense en Honduras Whiting Willauer sobre el golpe de Estado, al que llamó revolución: «de hecho la revolución no podría haber triunfado si no fuera por lo que hice». El gobierno de Estados Unidos disfrazó sus actividades e incluso negó los pedidos de los periodistas mediante el Acta de Libertad

de Información de 1966. No se liberaron documentos hasta que colapsó la URSS. La negación de los documentos vino acompañada del aliento, la participación y la complicidad del gobierno estadounidense en las masacres realizadas por el ejército guatemalteco contra cualquier disenso. Viron Vaky, del Departamento de Estado estadounidense, escribió un memorándum interno en marzo de 1968 que decía que la violencia aprobada y realizada por la CIA en Guatemala presenta «un grave problema para Estados Unidos en términos de la imagen que tenemos en América Latina y la credibilidad de lo que decimos que defendemos».

«Lo que decimos que defendemos»: la amargura de la hipocresía en las palabras de Vaky.

Si las mecánicas del golpe salían a la luz con los sucesos, o justo después de que ocurriera el golpe, no solo se negaba todo, sino que se acusaba a quien hiciera las acusaciones de conspiracionista.

En 1967, la CIA lanzó un comunicado (1035-960) llamado «En relación con la crítica del informe Warren». Cuatro años antes, una comisión liderada por el presidente del Tribunal Supremo Earl Warren elaboró un informe sobre el asesinato del presidente de Estados Unidos John F. Kennedy. La CIA estaba preocupada de que la interpretación del informe Warren, en gran medida rudimentario, estaba destruyendo «cabalmente la reputación del gobierno estadounidense». La CIA buscaba desprestigiar a quienes hicieran preguntas serias sobre las actividades del gobierno de Estados Unidos. Para desacreditar las críticas, la CIA les sugirió a sus agentes que contactaran a

críticos liberales de la agencia para «señalar también que algunas de las cosas que se dicen acerca de una conspiración parece ser generado a propósito por la propaganda comunista. Hay que instarlos a usar su influencia para desacreditar la especulación infundada e irresponsable».

La idea de la «teoría conspirativa» fue desarrollada por el filósofo anticomunista Karl Popper en su obra clásica de 1945 *La sociedad abierta y sus enemigos*. Popper estaba en contra de la idea de que la guerra, el desempleo y la pobreza fueran «el resultado del diseño directo de algunos individuos y grupos poderosos». Las teorías de la sociedad, como el marxismo, que buscaban comprender los mecanismos sociales de la guerra y el desempleo podían descartarse tranquilamente por ser meramente teorías conspirativas. Popper señalaba que los grupos conspirativos eran paranoides y, al igual que el nazismo, llevarían al totalitarismo y a las políticas genocidas. Los liberales de Popper consideraban que toda crítica de izquierda del Estado y a la sociedad estadounidenses era conspirativa; las verdaderas teorías conspirativas —como las de Joe McCarthy y la Sociedad John Birch— eran desestimadas y desacreditadas, pero no eran tomadas en serio (después de todo, como escribió Daniel Bell, los comunistas —a diferencia de la Sociedad John Birch— tenían una conspiración que «era una amenaza para toda sociedad democrática»). Eso no era una objeción por principios a las conspiraciones, sino un ataque de clase a cualquier crítica del capitalismo y del imperialismo.

La idea de la teoría conspirativa se usó para deslegitimar la investigación genuina de las acciones encubiertas

del gobierno. La fe implícita en la bondad del poder de Estados Unidos generó la visión de que el gobierno estadounidense nunca usaría medios ilegales para conseguir sus fines; y que si había alguna sugerencia de que Estados Unidos había fomentado un golpe de Estado, esa sugerencia se descartaba como teoría conspirativa.

Aquellos que sugerían que Estados Unidos participó en una conspiración contra el gobierno de Árbenz eran rotundamente ridiculizados por conspiracionistas. Más adelante, cuando los documentos demostraron que los críticos habían tenido razón, ya era demasiado tarde.

## Producción de amnesia

Estados Unidos tenía que ser discreto. Pero realizar las actividades en secreto no era suficiente. Debía negar su rol de líder del bloque imperialista y simultáneamente revelar ese rol para así generar miedo en los adversarios. Bissell y sus colegas en el Grupo especial (Contrainsurgencia) dijeron que Estados Unidos debía «quedarse en las sombras»; pero más adelante el presidente estadounidense Richard Nixon le dijo a su jefe de gabinete H. R. Haldeman que él estaba a favor de «la teoría del loco... quiero que los norvietnamitas crean que llegué al punto en que podría hacer cualquier cosa por detener la guerra... con la mano sobre el botón nuclear». Debían suministrarse dosis homeopáticas de miedo al poder de Estados Unidos con dosis homeopáticas de amnesia del poder estadounidense.



Libre. Libertad. Estas palabras quedaron asociadas a Occidente debido a un golpe de imagen, que también caracterizó de dictatoriales y autoritarios a la URSS y a sus aliados; y a los Estados poscoloniales recientemente independientes. La idea del «mundo libre» no surge de la realidad —es decir, que Estados Unidos y sus aliados fueran verdaderamente libres o estuvieran comprometidos con los principios liberales básicos— sino que se fabricó gracias a un enorme proyecto que implicó dinero y talento, la construcción de instituciones y organizaciones, y una imaginación cultural. Occidente quedó asociado con la idea de libertad mediante la propaganda.

La idea del «mundo libre» se propagó para generar una fe implícita en Estados Unidos y para deslegitimar tanto al mundo socialista como al Proyecto del Tercer Mundo. Se destinó mucho dinero a los medios de comunicación y a otras industrias culturales para caracterizar a personas como Stalin y Nasser como equivalentes a Hitler. Se los describió como la esencia del mal y se acusó a sus proyectos de estar en contra de la libertad. Libertad no significaba la libertad de estar plenamente vivo —contar con los recursos para comer, aprender y tener salud— sino tener elecciones libres y prensa libre, a pesar de que la definición entera sonaba falsa, tal como lo sabían por experiencia los pueblos de Francia, Grecia e Italia en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, y como los pueblos del Tercer Mundo descubrieron cuando los poderes imperialistas afirmaron su derecho a reclamar sus colonias perdidas. Francia, por ejemplo, reclamó su derecho sobre Argelia y Vietnam en nombre de la democracia y contra

el autoritarismo, y del mismo modo Estados Unidos intervino regularmente en América Latina y el Caribe en representación de viejas oligarquías enquistadas en nombre del anticomunismo y el antitotalitarismo. No parecía importar el hecho de que el colonialismo francés fuera en sí mismo totalitario —como venía diciendo Ho Chi Minh desde la década de 1920— ni que la intervención de Estados Unidos en América Latina y el Caribe fortalecía gobiernos totalitarios, incluso gobiernos militares. Estos ataques contra la democracia se realizaban en el nombre de la libertad, una libertad para los oligarcas y el imperialismo, en contra del pueblo. Si Estados Unidos, o Francia o Gran Bretaña intervenía en países del Tercer Mundo, era por la libertad; los soviéticos y el Proyecto del Tercer Mundo representaban la ausencia de la libertad: se trató de una proeza notable de interpretación.

Para lograr establecer una interpretación así, debía consolidarse una versión peculiar de la historia. Había que sofocar el pasado, producir amnesia y eliminar toda posibilidad de discusión de la historia real.

Con astucia, la CIA y sus diversas ramificaciones así como las fundaciones privadas (como la Fundación Ford) no creyeron que fuera necesario financiar a los movimientos sociales e intelectuales de derecha y oligárquicos. Todos ellos ya estaban comprometidos con que la oligarquía y el imperialismo gobernaran, y recibían los fondos suficientes de parte de fuentes privadas. Era más importante fortalecer la columna de los liberales y de la izquierda anticomunista. En 1950, el gobierno de Estados Unidos creó el Congreso para la Libertad Cultural

para promover las ideas anticomunistas entre los intelectuales de tendencia de izquierda en todo el mundo; al mismo tiempo, las fundaciones estadounidenses como la Fundación Ford inundaron a los movimientos intelectuales y sociales con grandes becas y subsidios. El objetivo era generar una mentalidad antimarxista y anticomunista, incluso a costa de la racionalidad. La CIA y la Fundación Ford tenían una relación cercana; cuando se reveló en 1967 que la CIA había financiado el Congreso para la Libertad Cultural, la Fundación Ford recibió la plataforma, que se renombró como la Asociación Internacional para la Libertad Cultural. El dinero de la CIA-Ford llegó con sus tentáculos hasta lo profundo de la intelectualidad del Tercer Mundo, mediante revistas como *Black Orpheus* (Nigeria), *Hiwar* (Líbano), *Mundo Nuevo* (París) y *Transition* (Uganda). Esas publicaciones junto con las conferencias generosamente financiadas, películas y libros se convirtieron en el modo de promoción de ideologías antimarxistas y antilibera- ción nacional, e incluso de promoción de la primacía de la religión por sobre la razón.

El uso oportunista de la religión como bastión contra el comunismo fue un rasgo característico tanto de la CIA como de la Fundación Ford. La CIA impulsó a Arabia Saudita para que creara la Liga Mundial Islámica en 1964, como una forma de organizar a las personas del Tercer Mundo a partir de la religión y sugerir el peligroso carácter extranjero del comunismo, el nacionalismo de izquierda, el sindicalismo y hasta el anticlericalismo. «En todas partes los países que han obtenido su independencia

recientemente parecen estar haciendo un gran énfasis en un resurgimiento de su religión como modo de fortalecer su independencia cultural y su patriotismo nacional», observó Don Price de la Fundación Ford en enero de 1955, meses antes de la Conferencia de Bandung. «Las tradiciones religiosas en Asia», le escribió Price a su jefe, «pueden ser un bastión contra el comunismo». Price reconocía que la religión probablemente era «un obstáculo para los propios esfuerzos de las naciones asiáticas por modernizarse en aspectos técnicos, económicos y administrativos», pero ese era el precio, y valía la pena. El atraso era mejor que el comunismo, y el atraso podía venderse ideológicamente como algo auténtico de la cultura asiática. Era el comunismo lo extranjero, el atraso era autóctono.

### «Haz patria, mata un cura»

El 5 de marzo de 1971, Nixon reunió a sus asesores más cercanos en el Salón Oval. El tema era Latinoamérica. Nixon señaló que el suceso más importante de los últimos diez años era «el deterioro de la actitud de la Iglesia Católica». «Aproximadamente un tercio son marxistas, un tercio está en el centro, y el otro tercio son católicos». «En los viejos tiempos —dijo— se podía contar con la Iglesia Católica para que tuviera un papel efectivo en varias cuestiones». Ya no, no después del Segundo Concilio Vaticano de 1962 y la aparición de la teología de la liberación. Muchos sacerdotes católicos clave habían

concluido que Jesús era un revolucionario y que entonces ellos debían estar junto a los campesinos y trabajadores, y en contra de los oligarcas y los ejércitos. Dado que la Iglesia había aportado el andamiaje ideológico y cultural para impedir el crecimiento de ideas radicales, el giro a la izquierda de algunos curas generó serias preocupaciones, no solo entre las oligarquías y los ejércitos, sino también en la plana superior del Vaticano y el gobierno de Estados Unidos.

La CIA tenía lazos estrechos con la Soberana Orden Militar de Malta, cuyos miembros están por toda la fraternidad católica y que tienen un fuerte control de las iglesias de todo el mundo. Cuando los líderes nazis huyeron de Europa en 1945, el obispo del Vaticano Alois Hudal trabajó estrechamente con esta Orden para hacerlos ingresar a escondidas a América del Sur. Así fue que Klaus Barbie llegó a Bolivia, donde se convirtió en un agente superior de inteligencia para el general Hugo Banzer. En 1948, la Orden rindió honores a Reinhard Gehlen, el nazi de la CIA que luego se convirtió en director del servicio de inteligencia de Alemania Occidental. La CIA fundó Acción Católica, una agrupación laica cercana a la Orden, pero aún más cercana a elementos fascistas de la extrema derecha que ayudaron a impedir el triunfo de la elección comunista en Italia y que hacían inteligencia contra todo sacerdote de tendencia de izquierda. La infraestructura para el uso de la religión como arma contra la izquierda se produjo en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, con un desagradable grupo de fascistas de ultraderecha, nazis propiamente

dichos, agentes de la CIA, oligarcas que no querían cambios en su fortuna y sectores de la Iglesia.

En 1975, poco después de las reflexiones de Nixon sobre el catolicismo, Hugo Banzer en Bolivia, asesorado por su jefe de seguridad nazi Klaus Barbie, le pidió al Ministerio del Interior que elaborara un plan contra la Teología de la Liberación. El Ministerio del Interior de Banzer estaba lleno de fascistas de la Falange de Bolivia; durante muchos años, antes de intentar un golpe contra Banzer, el Ministerio fue dirigido por el coronel fascista Andrés Selich Chop, cuya unidad ejecutó al Che Guevara en 1967. En 1975, Juan Pereda Asbún dirigía al Ministerio y sería él quien seguiría a Banzer en la silla de dictador. Pereda trabajó estrechamente con la CIA en la elaboración de lo que se conoció como «el Plan Banzer», que era un ataque directo a la Teología de la Liberación. Los servicios de inteligencia de la dictadura boliviana, junto con la CIA y los servicios de inteligencia de otros diez países latinoamericanos, comenzaron a compilar dossiers de los teólogos de la Liberación, plantar textos comunistas en iglesias, cerrar toda publicación progresista de la Iglesia y arrestar y expulsar a los curas y monjas extranjeros que creían en la Teología de la Liberación. El 16 de julio de 1975, los servicios de inteligencia bolivianos arrestaron a tres monjas españolas en la ciudad de Oruro, las acusaron de conspirar con los sindicatos para hacer una huelga y las deportaron. Los arrestos y deportaciones del estilo se volvieron moneda corriente; el Vaticano no hizo nada para defender a sus sacerdotes y monjas. La CIA financió grupos religiosos fascistas que

bombardeaban iglesias y atacaban sacerdotes y monjas afiliados a la Teología de la Liberación.

La violencia se intensificó y llegó al asesinato. En El Salvador, donde los curas y las monjas vivían en los barrios pobres, los paramilitares religiosos fascistas circularon un lema simple: «*Haz patria, mata un cura*». Rutilio Grande, un cura jesuita, fue asesinado por las fuerzas de seguridad salvadoreñas en 1977 en una seguidilla de asesinatos que culminó con el asesinato del arzobispo de San Salvador Oscar Romero, en marzo de 1980, a manos de un escuadrón de la muerte de extrema derecha. En diciembre de 1980, cuatro monjas de Estados Unidos fueron secuestradas, violadas y asesinadas por miembros de la Guardia Nacional de El Salvador. No había fin. En 1989, seis curas jesuitas, su casera y su hija fueron asesinados brutalmente por un batallón del ejército salvadoreño que había sido entrenado por Estados Unidos. El cardenal Alfonso López Trujillo, como secretario general de la Conferencia Episcopal Latinoamericana, al salir de la iglesia solía ir a los bosques de Colombia con los paramilitares; se sabía que señalaba curas y monjas radicalizados, que luego eran ejecutados. López Trujillo luego fue el director de la campaña del Vaticano contra la homosexualidad. En 1979 organizó una conferencia de obispos latinoamericanos, en la que el papa Juan Pablo II dijo que «la idea de que Cristo es una figura política, un revolucionario, como el subversivo de Nazaret, no concuerda con la catequesis de la Iglesia».

En el espacio de una década, las preocupaciones de Nixon sobre la Teología de la Liberación se

transformaron en dos documentos preparados para la administración de Ronald Reagan. Los documentos, elaborados por un grupo que se autodenominaba Consejo para la Seguridad Interamericana (*Council for Inter-American Security*), se conocen como los *Documentos Santa Fe 1 y 2* (1980 y 1984, respectivamente). Allí se señalaba que la norma en los asuntos mundiales era la guerra, no la paz, y que los principales campos de batalla en la guerra contra el comunismo estaban en América del Sur y en el Sudeste Asiático. La idea principal era que Estados Unidos debía proteger a «las naciones independientes de América Latina de la conquista comunista» y «ayudar a conservar la cultura hispanoamericana frente a la esterilización del materialismo marxista internacional». El primer documento afirmaba que los curas afiliados a la Teología de la Liberación «han utilizado a la iglesia como un arma política en contra de la propiedad privada y del capitalismo productivo». El otro documento observaba que el gobierno estadounidense debe estrechar sus lazos con la jerarquía católica para derrotar a la Teología de la Liberación. En 1983, el papa Juan Pablo II fue a Nicaragua, en plena convulsión por la revolución, para atacar a los curas y sus feligreses por haber sido atraídos a la Teología de la Liberación.

No solo se había informado al Vaticano de la amenaza que representaba la Teología de la Liberación, sino que además los católicos parecían irse a las iglesias evangélicas y muchas de ellas estaban financiadas por proyectos evangélicos estadounidenses, sobre todo la emisora *Christian Broadcasting Network* de Pat Robertson. Las iglesias



evangélicas más grandes —especialmente muchas de las iglesias neopentecostales— habían sido inmunes a la corriente que hubo hacia la izquierda. Eran tan confiables como la Acción Católica y el Opus Dei. El general Efraín Ríos Montt de Guatemala despreciaba a los sacerdotes católicos que iban a los barrios pobres y se reunían con comunistas. Según su opinión, las sectas protestantes, especialmente aquellas de raíces estadounidenses, predicaban el Evangelio de la empresa individual, no la justicia social. Por eso Efraín Ríos Montt dejó a los católicos y se unió a la Iglesia Gospel Outreach de Eureka (California). Cuando Ríos Montt llegó al poder con un golpe militar en 1982, Pat Robertson fue rápidamente a Ciudad de Guatemala y lo entrevistó en el programa *The 700 Club*; Robertson describió a Ríos Montt ante sus más de tres millones de espectadores como alguien con «una profunda fe en Jesucristo». Estaba hablando de Ríos Montt, que no solo permitió que su ejército llevara a cabo un genocidio de su propio pueblo, sino que llegó a decir: «si están con nosotros, los alimentaremos; si no, los mataremos». Una década antes, los líderes de 32 iglesias pentecostales en Chile le dieron la bienvenida al golpe de Estado de Pinochet. Dijeron que el derrocamiento de Allende

fue la respuesta a la oración de todos los creyentes que ven en el marxismo la fuerza satánica de las tinieblas en su máxima expresión. [...] Nosotros los evangélicos siempre nos hemos sometido a todas las autoridades que han regido nuestra Patria, y reconocemos entonces como autoridad máxima en este país al Gobierno

de la Junta Militar, el cual, al librarnos del marxismo, vino a dar respuesta a nuestras oraciones.

La religión, como escribió Don Price de la Fundación Ford desde Birmania, era el bastión contra el comunismo.

La respuesta al comunismo reside en la esperanza por el resurgimiento musulmán

En agosto de 1951, un peculiar documento procedente de Taipéi llegó a Washington con el título «Propuesta para unir a las naciones democráticas y el mundo islámico en una fuerza anticomunista». El memorándum había sido reenviado a Washington por el coronel David Barrett, un soldado estadounidense de carrera que era el agregado militar para el Gobierno nacionalista en Taiwán. El autor era Haji Yousuf Chang, que luego se convirtió en un estudioso del islam en China y fundó en 1976 la Fundación Cultural para la Educación Islámica (*Islamic Education Cultural Foundation*) en Taiwán. Chang observó que existían tres marcos ideológicos en pugna en el período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial: la democracia, el comunismo y el islamismo. La democracia y el comunismo estaban en ese momento en medio de una peligrosa guerra en Corea, no lejos de Barrett. Mientras tanto, el islamismo iba del Canal de Suez hasta Sumatra. Según su opinión, el islamismo podía aliarse con las fuerzas de la democracia o del comunismo y es por eso que Estados Unidos debía incorporar al

Islam a su misión anticomunista. En febrero de 1951, John Playfair Price, un diplomático británico que había sido recientemente cónsul general de Gran Bretaña en Jorasán, Sistán y Baluchistán iraní (en la frontera de Irán) dijo:

La respuesta al comunismo residía en la esperanza por el resurgimiento musulmán, en el que Pakistán estaba calificado para asumir el liderazgo. Persia podría llegar a ser el puente para la unidad musulmana. El mundo musulmán es un reservorio de fuerza. El comunismo puede frenarse con una fe más fuerte que la suya propia y esa fe está en el Oriente Medio y Próximo.

Esta declaración impactó a Chang.

Chang le propuso al gobierno estadounidense que financiara un plan de tres puntos:

1. Formar una sociedad cultural islámica en el lugar que se eligiera como el centro del movimiento musulmán, un canal que mantuviera un contacto estrecho con los musulmanes de todo el mundo, especialmente aquellos en Medio Oriente y China.
2. Publicar panfletos periódicos en idioma inglés, chino, árabe, urdu y malayo con el objetivo de unir a los estadounidenses y los musulmanes en un solo frente unido en contra del comunismo.
3. Tanto la sociedad cultural como la oficina que emita los panfletos deben estar dirigidas por

musulmanes, ya sea de China o de cualquier otra región musulmana. Es de suma importancia que no se sepa que esos servicios tienen el respaldo de Estados Unidos.

Esa era la esencia del memorándum de Chang. La nota adjunta de Barrett aplaudía a Chang y sugería que se lo contratara para implementar la política.

Dos años más tarde, en Irán, la CIA operó junto con el ayatola Abol-Ghasem Kashani contra la creciente influencia y poder del partido comunista Tudeh. Kashani era un personaje complejo que, en 1951, había defendido a Tudeh como «una organización musulmana leal» y fantaseaba con una nueva «organización antiimperialista»; pero después de un viaje a La Meca, volvió a Irán convencido de que debía ayudar a derrocar a Mossadegh y reemplazarlo con el general Fazullah Zahedi. Cuando William Warne de la Misión de la Administración de Cooperación Técnica de Estados Unidos fue a visitar a Kashani en Teherán, en agosto de 1952, el clérigo le dijo que lo que empujaba a la gente al comunismo era la miseria y desesperación. El comunismo, le dijo a Warne, «era el peor enemigo de Irán y para frenarlo, se debía mejorar la deplorable condición de vida de la gente. Una persona con hambre no se interesará en los valores morales y en la religión». Se necesitaban más inversiones y desarrollo de infraestructura por parte de Estados Unidos, así como la eliminación de los comunistas del país. Más adelante, en noviembre de ese mismo año, el embajador estadounidense en Irán Loy Henderson fue a ver a

Kashani, quien le dijo que «la situación hacía que fuera todavía más importante la cooperación de Estados Unidos y su cristianismo e Irán y su islamismo con el fin de evitar la difusión del ateísmo militante». Durante el día del golpe contra Mossadegh, las fuerzas de Kashani estuvieron en las calles; sentían que había llegado el día de su salvación.

Kashani quería crear un movimiento panislámico, pero no logró cumplir su misión. En 1949, el rey Abdullah I de Jordania, el Shá de Irán, el rey de Irak y el presidente de Turquía consideraron la conformación de un movimiento panislámico. Compartían la antipatía por el creciente nacionalismo anticolonialista y el comunismo. Un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores británico escribió en octubre de 1949: «En la medida en que se diseñe un movimiento panislámico moderno para crear un frente común contra el comunismo, es evidente que debemos hacer todo lo posible por ayudar». No hubo divisiones entre sunitas y chiitas, Hermandad musulmana y salafismo que detuvieran este movimiento. El único motivo por el que no se concretó fue por falta de voluntad.

Una década más tarde, los sauditas asumieron el liderazgo para formar un movimiento de esas características. El 18 de mayo de 1962, el rey Saúd inauguró una conferencia islámica en La Meca que reunió a clérigos y académicos provenientes de diversos lugares, desde Argelia hasta Filipinas. Esa tarde, los delegados formaron La Liga Mundial Islámica (*Rabitat al-Alam al-Islami*). La plataforma, financiada por petrodólares y fomentada por la CIA, se mostraba como una organización filantrópica,

cuando en realidad era una red para predicar la palabra del islam por sobre el comunismo y para crear células que influenciaran a los jóvenes en contra del nacionalismo anticolonialista y el comunismo en todo el territorio soviético y el Tercer Mundo. David Long, un funcionario estadounidense, dijo sobre esos acontecimientos: «No considerábamos que el panislamismo fuera una amenaza estratégica. Había gente mala haciéndoles cosas malas a las personas de la izquierda y a Nasser. Ellos luchaban contra los comunistas. Así que no veíamos al panislamismo como una amenaza». El príncipe heredero Fáiisal, que gobernó luego de que abdicara el rey Saúd en su nombre, emprendió una gira mundial para promocionar la alianza panislámica. Dado que la Liga era una red de «la sociedad civil», el rey Fáiisal invitó a los gobiernos a ir a Yeda en 1969 para crear la Organización de la Conferencia Islámica (OCI), un organismo interestatal. Arabia Saudita financió el Centro Islámico de Ginebra de Said Ramadan para poder incluir a la Hermandad Musulmana en esta alianza panislámica contra la izquierda. Ahora funcionaban una organización interestatal (OCI), una sociedad civil (Liga Mundial Islámica) y una institución intelectual (Centro Islámico de Ginebra). El dinero venía del petróleo; las órdenes venían de la CIA.

El dinero saudita inundó lugares de todo el mundo cuyas sociedades tenían gran cantidad de musulmanes, donde el comunismo o el nacionalismo anticolonialista se habían arraigado y prevalecían las formas heterodoxas del islamismo. Se construyeron mezquitas, se ejerció influencia sobre clérigos, se otorgó ayuda a los pobres, se

distribuyeron libros y panfletos entre los jóvenes; se plantó la semilla de un nuevo tipo de islamismo ortodoxo y beligerante que luego emergería con fuerza contra el socialismo y contra el mundo moderno. El «resurgimiento musulmán» sobre el que Haji Yousuf Chang había escrito en su memorándum de 1951 ahora lo estaban preparando los monarcas del mundo árabe y la CIA.

«Le recomiendo encarecidamente que haga de este un punto de inflexión»

Si el 31 de diciembre de 1979 alguien mirara hacia atrás desde el borde de un acantilado para contemplar la década a punto de terminar, la situación mundial lo haría tambalear.

Hubo inmensos avances para los pueblos del mundo en los últimos diez años, pues se liberaron grandes partes del mundo del yugo colonial y de las guerras coloniales. En 1974-1975, los pueblos bajo el dominio colonial de Portugal se pudieron librar de las garras del poder colonial más antiguo de Europa: Angola, Cabo Verde, Guinea Bissau y Mozambique habían luchado contra los portugueses por décadas y ahora no solo habían ganado su libertad sino que además —mediante la Revolución de los Claveles— su regalo de despedida para Portugal fue el fin de su régimen fascista. El impacto de la libertad para las colonias portuguesas en África se sintió de inmediato en Rodesia, donde los luchadores por la liberación nacional se vieron fortalecidos para

derrocar al gobierno de Ian Smith y proclamar la libertad de Zimbabue en 1980. En 1975, el pueblo vietnamita vio a los imperialistas estadounidenses subirse a sus helicópteros en el techo de la embajada estadounidense en Saigón y así rendirse ante la revolución vietnamita. El bombardeo de Estados Unidos a Vietnam con agente naranja y napalm dejó el suelo del país lleno de materiales tóxicos que perdurarían durante generaciones; la destrucción de la vida impidió una transición fácil al socialismo. Vietnam ganó la guerra, pero le quedó un cementerio de posibilidades.

Tres revoluciones rápidas ocurrieron una vez más en países pobres, cada una como resultado de las más drásticas privaciones y la creencia de que las oligarquías no podrían cambiar la situación: Afganistán (1978), Nicaragua (1979) y Granada (1979). A ninguna de estas revoluciones se le permitió estabilizarse e implementar las respectivas agendas socialistas. Antes de que la República Democrática Popular de Afganistán pudiera siquiera marcar un rumbo para salir de la profunda desigualdad y atraso que había, particularmente en las zonas rurales y montañosas, Estados Unidos se dispuso a atacar, junto a sus aliados más diabólicos, un movimiento comunista que estaba dividido internamente. Estados Unidos minó el puerto de Managua en Nicaragua y puso en marcha una serie de guerras sucias, no solo en contra del gobierno sandinista en el país, sino también contra toda fuerza progresista que surgiera en El Salvador y Guatemala. Finalmente, Estados Unidos se aprovechó de los reclamos mezquinos dentro del movimiento New Jewel en



Granada, observó cómo Maurice Bishop fue ejecutado por sus excamaradas, y luego invadió el país para dismantelar todo lo valioso que hubiera producido el movimiento.

En la cima de la montaña, parte de lo que se vería serían los golpes de Estado: Bangladesh (1975), Chad (1975-1978) y, por supuesto, Pakistán (1977), Irak (1978), Corea del Sur (1979) y Turquía (1980). Estos golpes contienen la historia de toda una región: el arco completo en Asia que va de Turquía a Corea del Sur. Se trata de golpes de Estado con historias internas, de modo que el golpe de Estado en Turquía es en parte acerca de la disputa entre la burguesía secular de Estambul y su ejército kemalista contra la pequeña burguesía islamista de Anatolia y sus muchas órdenes religiosas. Y así es que el golpe en Corea del Sur, que ocurre en 1961, está vinculado tanto con las demandas de la Guerra Fría para retener a Corea del Sur como aliado de Estados Unidos como con los imperativos de la clase capitalista surcoreana que quería mantener bajo el empleo para que la economía creciera a un ritmo que dependiera de la explotación extrema de la clase obrera surcoreana. En torno a la situación profundamente local de los golpes de Estado, estaba la ansiedad por la región que tenían los imperialistas estadounidenses en relación con un aumento de la influencia de la URSS y China, no solo en Asia, sino también en Eurasia. Es importante enmarcar en este contexto la nueva alianza que Estados Unidos y China armaron en 1972 con el fin de debilitar por completo todo intento de crear un frente comunista unido en el continente.

El 2 de enero de 1980, el asesor de seguridad nacional del presidente estadounidense Carter –Zbigniew Brzezinski– escribió un memorándum al presidente acerca del ingreso de tropas soviéticas a Afganistán. El principal argumento del memorándum era «hacer que el precio para los soviéticos fuera muy caro para poder impedir una consolidación del poder soviético allí en lo posible». Para lograrlo, Estados Unidos necesitaría «construir un sistema de seguridad en el Golfo Pérsico». «Le recomiendo encarecidamente que haga de este un punto de inflexión», le escribió Brzezinski a Carter. El control de Estados Unidos en la región había comenzado a debilitarse después de la revolución comunista en Afganistán, la Revolución de Saur, en abril de 1978. Aunque la revolución fue impulsada internamente, con una mínima participación soviética, Estados Unidos la vio como una extensión del poder soviético. Brzezinski ya había presionado para que Estados Unidos interviniera en Afganistán mediante la provisión de fondos y armamentos a los muyahidines de extrema derecha a través del gobierno militar en Pakistán (formado tras el golpe de Estado de 1977, con el completo respaldo de Washington). Pero ahora Brzezinski iba por más. Su plan estaba compuesto por cuatro elementos, y cada uno de ellos fue eventualmente implementado por Estados Unidos:

1. *Una oferta directa de una gran asistencia militar a Pakistán.* Cuando el general Zia ul-Haq tomó el poder en septiembre de 1977, llamó al embajador estadounidense Arthur Hummel para informarle

lo que había hecho. Estados Unidos ya lo sabía y le dio pleno respaldo. Cuando los soviéticos ingresaron a Afganistán, Zia buscó su alfombra de oración y se puso a rezar; sabía que ahora los fondos de Estados Unidos llegarían de a mares a su país, que se convertiría –tal como Honduras en la guerra sucia de la década de 1980– en una base militar para las políticas de Estados Unidos en la región.

2. *Aceleración de nuestra adquisición de bases y una nueva estructura militar unificada para la región.* En 1979 se creó la Fuerza de Tarea Conjunta de Despliegue Rápido (*US Rapid Deployment Joint Task Force*) en reacción a la Revolución iraní de 1979. Era el componente militar de la Doctrina Carter (1980), que establecía que cualquier amenaza al Golfo Pérsico –especialmente a Arabia Saudita– se consideraría una amenaza a Estados Unidos; cualquier ataque al Golfo Pérsico sería defendido por esta fuerza especial. En 1983, esta fuerza se convirtió en el Mando Central de Estados Unidos.
3. *Acción encubierta en Yemen del Sur y Eritrea, así como en Irán y Afganistán.* La CIA y la inteligencia militar de Estados Unidos comenzaron a operar contra la República Democrática Popular de Yemen (Yemen del Sur), que estaba gobernada por la organización marxista Frente de Liberación Nacional desde 1969 y que había mejorado enormemente las condiciones de vida del pueblo (con medidas que incluyen la reforma agraria y la igualdad de derechos para la mujer); ese gobierno tenía que ser

destruido. En 1970 surgió el Frente Popular para la Liberación de Eritrea, una agrupación marxista con apoyo masivo que lideró la lucha por la independencia de Etiopía; Estados Unidos operó para hacer retroceder esa dinámica e impedir la creación de una república socialista en el Cuerno de África. Las operaciones encubiertas de Estados Unidos continuaron contra Irán, y por supuesto debían hacerse contra Afganistán desde el comienzo de la Revolución de Saur. Las personas como Gulbuddin Hekmatyar, un fundamentalista que les arrojó ácido en la cara a mujeres estudiantes en la Universidad de Kabul, serían los principales receptores de los fondos de la CIA mediante la Operación Ciclón, un programa de la CIA para financiar y armar a los muyahidines, los luchadores de Dios, contra el gobierno afgano. Ese fue el programa responsable del caos que hizo que el gobierno afgano buscara la ayuda de la Unión Soviética. «Nosotros no empujamos a los rusos a que intervinieran —dijo más tarde Brzezinski— pero aumentamos a conciencia la probabilidad de que eso ocurriera». O, como me dijo años más tarde Chuck Cogan, jefe del Directorio de Operaciones de la CIA para la región, en un restaurante cerca de la Universidad de Harvard, «financiamos a los sujetos de la peor calaña desde el comienzo, mucho antes de la Revolución Iraní y mucho antes de la invasión soviética».

4. *Un paquete de ayuda para Turquía (financiado casi por completo por Bonn y tal vez por otros aliados*

*europeos) a cambio de ayuda de Turquía en Irán y Pakistán.* Poderosos movimientos obreros se extendieron por toda Turquía en la década de 1970 y eso trajo la amenaza de la posibilidad de que el país se uniera a la ola revolucionaria de toda Asia. Estados Unidos estaba dispuesto a hacer de todo para impedir la posibilidad de una revolución: el embargo de armas —implementado cuando Turquía ocupó el norte de Chipre— terminó en 1979 y para marzo de 1980 Estados Unidos y Turquía firmaron un tratado económico y de defensa. Había 16 bases de la OTAN dentro de Turquía y medio millón de soldados del ejército turco en riesgo: había que protegerlos. La austeridad del FMI exacerbó los problemas del país y fue por eso que el gobierno de Estados Unidos le indicó al Banco Mundial y a Irving Trust Company que le otorgara préstamos a Turquía, la cual, de no ser así, entraría en bancarrota. El general comandante de la OTAN Bernard Rogers, general del ejército de Estados Unidos, visitó Ankara cuatro veces en octubre de 1980 y el general David Jones, Director del Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos, visitó el país en noviembre. El general Ali Tahsin Sahinkaya de la Fuerza Aérea de Turquía fue a Washington a —como dicen— pedir permiso para avanzar contra el caos en Turquía. Washington dio la luz verde para que el Ejército turco tomara el poder el 12 de septiembre de 1980 (un documento de la CIA fue menos claro y dijo que el

ejército de Estados Unidos «había sido alertado con anticipación de la toma del poder del ejército»). El general Kenan Evran fue quien asumió el poder y designó a Turgut Özal como viceprimer ministro para mantener la línea del FMI, envió tanques para que derrotaran la rebelión de las clases trabajadoras y aceleró un ejercicio de la OTAN y el ejército turco llamado Anvil Express para mostrar el apoyo de la OTAN al golpe de Estado. Los servicios de inteligencia de Turquía (MIT), la CIA y el partido fascista MHP ya habían estado matando comunistas desde 1978; eso se exacerbó en los meses posteriores al golpe. Turquía estaba preparada para convertirse en un agente militar para el imperialismo estadounidense en contra del crecimiento de la ola revolucionaria. «Turquía no era como Argentina», le dijo Brzezinski a Özal, dado que tuvo mejor suerte con sus líderes del ejército. Se podía confiar en que seguirían las reglas de Estados Unidos por completo.

En estos cuatro puntos, Brzezinski no mencionó a Corea del Sur. Pero en una visita a Corea del Sur en noviembre de 1980, Brzezinski dijo que las relaciones entre Estados Unidos y Corea del Sur deben «contemplarse en el contexto de lo que ha estado ocurriendo en Europa y el Golfo Pérsico». «Afganistán e Irán ya no son Estados colchón en el Medio Oriente», le dijo a Kim Kyong Won, el Secretario General del Presidente en Corea del Sur. La dictadura militar de un Park Chung-hee cada vez más «aislado», que fue desde 1961 hasta su asesinato

por parte de su propio jefe de inteligencia en octubre de 1979, podría haber llevado –gracias a la agitación de la clase obrera militante y estudiantil que ya existía– a una amplia revolución. Eso es lo que Kim le dijo a Brzezinski. La cuestión se resolvió con otro golpe de Estado militar bajo el mando de oficiales jóvenes, en particular el general Chun Doo-hwan, que eventualmente se convirtió en el presidente del golpe. El anticomunismo maniático de Chun, basado en el Acta de Seguridad Nacional anticomunista de 1948 e institucionalizado en la policía y la seguridad interna, condujo al arresto y a la tortura de cientos de activistas. Según Kim, es lo que impidió que Corea del Sur se convirtiera en «otra Irán».

Lo importante de esto es que Brzezinski estaba hablando con Kim en noviembre de 1980. En mayo de ese año, en la ciudad de Gwangju, al sur del país, un levantamiento popular se enfrentó a la dictadura de Chun. El 18 de mayo Chun envió al ejército, que abrió fuego y mató a cientos –si no a miles– de personas. Chun defendió su proceder diciendo que estaba evitando un golpe comunista, instigado por Corea del Norte. El 23 de mayo, en los cuarteles de la CIA, hubo una discusión en la que Richard Lehman –director del Consejo de Inteligencia Nacional– afirmó que «no hay señales de que haya nada inadecuado en marcha en Corea del Norte»; quería decir que Corea del Norte no estaba detrás del levantamiento. En mayo, el embajador estadounidense William Gleysteen escribió a Washington para decir que el levantamiento de Gwangju era una «amenaza interna», con «al menos» 150.000 personas involucradas. Nada de eso impactó en Washington,

donde el 30 de mayo una reunión en la Casa Blanca concluyó que «la principal prioridad es la restauración del orden en Gwangju por parte de las autoridades coreanas con el mínimo uso de fuerza necesario sin que eso implique sembrar la semilla de futuros desórdenes más adelante». El gobierno de Estados Unidos había indicado moderación, «pero no descarta el uso de la fuerza, en el caso de que los coreanos deban emplearla para restaurar el orden». En términos más claro, Estados Unidos le dijo al gobierno de Chun que estaba permitido el uso de la fuerza.

En 1997, el presidente Chun fue condenado a muerte —pena luego conmutada— por su participación en la masacre de Gwangju; Estados Unidos no fue parte del proceso judicial, aunque la luz verde de Estados Unidos debería haber sido investigada (recién en 2018 se reveló que Corea del Sur usó en la masacre los helicópteros MD 500 Defender y UH-1 Iroquois que le había provisto Estados Unidos; las ventas de armas a Corea del Sur siguieron intactas después de 1980). El gobierno de Estados Unidos no tenía problema con las duras medidas en Corea del Sur. Era mucho mejor dejar que el ejército surcoreano usara la fuerza letal que tolerar «otro Irán»; era mucho mejor mantener a Corea del Sur como una base a futuro para las ambiciones del imperialismo estadounidense.

«La sábana es demasiado corta»

El Proyecto del Tercer Mundo, respaldado por la URSS, había puesto en la mesa la idea del Nuevo Orden



Económico Internacional (NOEI) en 1973-1974. El NOEI demostró sus argumentos para una transformación total del orden de comercio y desarrollo, y presentó los principios del nacionalismo económico en el escenario mundial. Estados Unidos y sus aliados comprendieron las peligrosas implicancias del NOEI y buscaron muchos modos de atacar su progreso, incluida la deslegitimización de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que había validado al NOEI en 1974. El principal argumento contra el NOEI no era intelectual, sino político, en tanto el bloque occidental usó toda la fuerza de su poder para contener cualquier posible infección del Tercer Mundo dentro de los organismos multilaterales y para presionar a los Estados que dependían de financiamiento externo para que rechazaran el programa del NOEI. Fue en ese período que Estados Unidos y sus aliados pusieron presión en el Fondo Monetario Internacional y en las diversas agencias de préstamos públicas y privadas para que los préstamos de todo tipo –incluso para dificultades de liquidez a corto plazo– quedaran sujetos al ajuste estructural de sus propias economías internas.

Si esas tres iniciales –CIA– habían quedado asociadas con el imperialismo estadounidense en el período que va desde su formación hasta la década de 1970, hubo tres iniciales nuevas –FMI– que quedaron asociadas con Washington de los años 70 en adelante. Los manuales del FMI no venían con títulos como *Un estudio del asesinato*, pero sus políticas tenían un impacto igual de dañino, y con un factor común: los golpes. Para un golpe del FMI, el ejército no necesitaba salir de los cuarteles; un equipo del FMI

aparecía en la capital y subordinaba el poder financiero del Estado con algunas demandas clave acerca del precio de la moneda y recortes en el presupuesto. Hubo dos ataques importantes —de la naturaleza de los golpes de Estado financieros— que ocurrieron en Zaire (Congo) y Perú. En Zaire, los funcionarios del FMI le dijeron al gobierno desde 1976 hasta 1978 que debían devaluar la moneda un 42%, lo que llevó a un aumento quintuplicado de los precios al consumidor y una caída de un tercio en los gastos del consumo real. Los funcionarios del FMI básicamente tomaron el control del Ministerio de Economía y el Banco Central. En 1977, el FMI llegó a Lima con una propuesta de un consorcio dirigido por Citibank para el régimen dictatorial que encabezaba el general Francisco Morales-Bermudez Cerruti y su junta militar; el consorcio ofrecía vender los recursos naturales de Perú y tomar el control de la cuantiosa deuda de Perú. Con el tiempo se fueron miles de millones del país. Se acuñó la palabra «desgobierno» para definir la situación en Perú; una palabra que se podría usar para los otros Estados que eran miembros del Movimiento de Países no Alineados y que enfrentaron el golpe del FMI. El gobierno de José López Portillo en México, de 1976 a 1982, hizo el mismo tipo de acuerdo con el FMI, se sumió en el desgobierno, llamó a la policía antidisturbios y se hundió en la bancarrota en 1982. Washington mantuvo su poder intacto; el FMI hizo el trabajo.

Si el FMI vacilaba, la CIA se encargaba de que mantuviera una postura rígida. En una nota importante de 1985 titulada *Grandes deudores: problemas con el FMI*, la CIA señala que sus economistas abordaban la crisis

financiera que continuaba en México con demasiada tibieza. El presidente Miguel de la Madrid, a pesar de haber adoptado las sugerencias del FMI de recortar enormemente los presupuestos de México, se preocupaba de que su programa de austeridad estaba alienando a la población. La CIA observó que «estaba resistiéndose a las sugerencias provenientes del propio gobierno para hacer grandes recortes de los gastos federales y congelar los salarios». El incumplimiento de México de las reglas del FMI «es el problema más inmediato para los intereses de Estados Unidos», escribió la CIA. El problema no era solo con México, sino con la región. Si el FMI le permitía laxitud a México, eso «haría más difícil negociar una reforma significativa con Brasil y Argentina».

Cerca del momento en que presentó su evaluación sobre Miguel de la Madrid, la CIA escribió un memorándum acerca del gobierno peruano entrante del líder socialista Alan García. La CIA advirtió que García ya había hecho comentarios a favor de la Revolución de Nicaragua y se creía que era cercano a la URSS y a Cuba. La retórica anti-FMI de García era necesaria en un país en el que la política del FMI había conducido a una dura austeridad. García había dado fuertes discursos en contra del FMI y había convocado a los líderes latinoamericanos para que fueran a Perú y firmaran la Declaración de Lima con el fin de pedirle al FMI términos de pago más favorables. Esa solidaridad regional era el problema. El gobierno de Estados Unidos presionó a los prestamistas financieros pivados para que cortaran las líneas de crédito a Perú. La hiperinflación escaló a tasas increíbles

de 13.000% por año. García perdió el equilibrio. Lo abuchearon cuando dejó el gobierno; su sucesor fue Alberto Fujimori, cuya propia adhesión a la línea del FMI —respaldada por la CIA y el resto del gobierno de Washington— se llamó «Fujishock». Fujimori adoptó por completo la prescripción para el «Consenso de Washington» desarrollada por John Williamson del FMI en 1989: desde disciplina de la política fiscal hasta reforma impositiva, privatización y desregulación. Esa lista —que luego se llamó liberalismo o la política del neoliberalismo— se convertiría en la fórmula para los próximos golpes de Estado del FMI.

En abril de 1983, en un informe importante titulado *La austeridad a cargo del FMI: implicancias para los prestatarios en problemas*, la CIA señalaba que las políticas del FMI eran necesarias, pero que generarían «inestabilidad política». «La ira y la frustración generalizadas por la austeridad casi seguramente hará estallar huelgas periódicas, manifestaciones de trabajadores y posiblemente motines del hambre». Las huelgas de trabajadores, desde Bolivia hasta Zambia, amenazaban con salirse fuera de control. Escribieron los analistas de la CIA:

En nuestra opinión, la resistencia política a la austeridad en los países deudores crecerá con el tiempo y se organizará mejor. Creemos que se generará una fuerte oposición política si se percibe que el proceso de ajuste es injusto o demasiado duro. Aunque, en este momento, no anticipamos una revolución de gran escala o un repudio total de la deuda en los principales países deudores.

Dos años después, en 1985, el gobierno cubano intentó organizar el descontento para lograr ese repudio total de la deuda. Ese año La Habana fue sede del «Encuentro sobre la Deuda Externa de América Latina y el Caribe». La reunión se hizo bajo la sombra de la base naval de Guantánamo que ocupa Estados Unidos desde 1898. El novelista Gabriel García Márquez estuvo en la conferencia, y —al igual que Castro— escuchó y tomó notas. Un periodista le preguntó su opinión sobre la política del FMI y el Consenso de Washington. García Márquez confesó: «pero incluso yo sé que la sábana es demasiado corta y si nos tapamos la cabeza, asomarán los pies».

## La deuda de sangre

Cuando el capitán Thomas Sankara, un joven oficial del ejército, tomó el poder en su país de origen, le cambió el nombre de Alto Volta a Burkina Faso: la tierra de la gente honesta. Eso fue en 1983, en el medio de la crisis por la deuda exacerbada por el FMI. «Los orígenes de la deuda se remontan a los orígenes del colonialismo», dijo Sankara en la cumbre de la Organización para la Unidad Africana en julio de 1987; el objetivo de la reunión era crear un frente unificado de Estados africanos para repudiar sus deudas. «No podemos pagar la deuda porque no somos responsables de esta deuda», dijo Sankara. «Por el contrario, hay una deuda que tienen con nosotros que no hay dinero que pueda pagar. Es decir, la deuda de sangre».

En un tiempo en que reinaba el desaliento, en que la deuda devastaba los Estados de África, Asia y Latinoamérica, Sankara vino a traer esperanza, y la confianza era su prédica. Él decía: «Pónganse de pie y miren al mundo a los ojos, pues no pueden rebajar su dignidad». Era un mensaje potente. En 1985, Sankara enunció su teoría de la confianza:

No se pueden lograr cambios fundamentales sin cierta dosis de locura. En este caso, la locura viene de la disconformidad, el coraje de darle la espalda a las viejas fórmulas, el coraje de inventar el futuro. Tuvo que haber locos antes que nosotros para que hoy podamos actuar con total claridad. Quiero ser uno de esos locos. Debemos atrevernos a inventar el futuro.

El imperialismo no iba a permitir esto. Los complots contra él llegaron a toda velocidad y potencia.

Francia todavía no ha abierto los archivos sobre sus actividades, pero los rumores en Uagadugú, la capital de Burkina Faso, siguen hablando de la intervención de Francia y la CIA para destruir el avance de Sankara. En 2009, el periodista italiano Silvestro Montanaro entrevistó al senador de Liberia y señor de la guerra Prince Johnson, que le dijo —en registro grabado— que «había un complot internacional para sacarse de encima a este hombre», en referencia a Sankara. Cyril Allen, un exdirigente de la empresa de petróleo nacional de Liberia, le dijo a Montanaro que «Sankara se estaba yendo demasiado a la izquierda. Los estadounidenses no estaban contentos con

Sankara. Hablaba de nacionalizar los recursos del país para beneficiar a su pueblo. Era un socialista, así que tenía que irse». El general Momo Jiba, un ayudante de campo de Charles Taylor, el señor de la guerra de Liberia, se acercó a Sankara para que le permitiera a Taylor usar Burkina Faso para lanzar su guerra regional. Sankara le dijo a Momo que no le interesaba. Taylor se reunió en Mauritania con el ministro de Defensa de Sankara, Blaise Compaoré, y «un hombre blanco de París». Luego tuvieron otra reunión en Libia, donde decidieron matar a Sankara. Cyril Allen dijo: «Los estadounidenses y los franceses aprobaron el plan. La CIA armó un operativo y la embajada de Estados Unidos en Burkina Faso trabajó estrechamente con el servicio secreto en la embajada de Francia, ellos tomaron las decisiones cruciales». Momo y Johnson fueron parte del complot.

Antes de que lo mataran de un disparo el 15 de octubre de 1987, Sankara había escrito: «Sin importar las contradicciones, sin importar las oposiciones, las soluciones aparecerán siempre y cuando reine la confianza». El asesinato de Sankara terminó un largo ciclo de liberación nacional, con la merma de la confianza, con la crisis de la deuda que acabó con la esperanza y con la lenta desaparición de la URSS.

Todas las cámaras se han ido ya a otra guerra

Después de cada guerra  
alguien tiene que limpiar.

No se van a ordenar solas las cosas,

digo yo.  
Alguien debe echar los escombros  
a la cuneta  
para que puedan pasar  
los carros llenos de cadáveres.

Alguien debe meterse  
entre el barro, las cenizas,  
los muelles de los sofás,  
las astillas de cristal  
y los trapos sangrientos.

Alguien tiene que arrastrar una viga  
para apuntalar un muro,  
alguien poner un vidrio en la ventana  
y la puerta en sus goznes.

Eso de fotogénico tiene poco  
y requiere años.  
Todas las cámaras se han ido ya  
a otra guerra.

A reconstruir puentes  
y estaciones de nuevo.  
Las mangas quedarán hechas jirones  
de tanto arremangarse.

Alguien con la escoba en las manos  
recordará todavía cómo fue.  
Alguien escuchará



asintiendo con la cabeza en su sitio.  
Pero a su alrededor  
empezará a haber algunos  
a quienes les aburra.

Todavía habrá quien a veces  
encuentre entre hierbajos  
argumentos mordidos por la herrumbre,  
y los lleve al montón de la basura.

Aquellos que sabían  
de qué iba aquí la cosa  
tendrán que dejar su lugar  
a los que saben poco.  
Y menos que poco.  
E incluso prácticamente nada.

En la hierba que cubra  
causas y consecuencias  
seguro que habrá alguien tumbado,  
con una espiga entre los dientes,  
mirando las nubes.

Wisława Szymborska, «Fin y principio»  
(traducción de Abel A. Murcia<sup>5</sup>)

---

5 En: Szymborska, Wisława (1997). *El gran número. Fin y principio y otros poemas*. Madrid: Ediciones Hiperión.

---

## Parte 3

### «Nuestra estrategia ahora debe reenfocarse»

Con el fin de la URSS y la rendición del Proyecto del Tercer Mundo ante la liberalización imperialista, se abrió una nueva era de intervencionismo. No es que no hubiera intervenciones en la era anterior, o que los servicios de inteligencia de Occidente no derrocaran gobiernos, o que Occidente no invadiera países; pero después de la caída de la URSS y la rendición del Tercer Mundo, el escudo de la ONU desapareció y las intervenciones de Occidente se sucedieron vertiginosamente.

Estaba claro desde varias décadas antes de 1989 que Estados Unidos tenía la fuerza militar más poderosa del mundo. La invasión de Estados Unidos a Panamá en ese año fue un ensayo para las nuevas guerras de la era posterior a la Guerra Fría. Estados Unidos se valió de un viejo aliado, Manuel Noriega, que había sido un fiel servidor de la CIA durante décadas y al que posteriormente

demonizaron como el peor bandido del planeta, de la mano de los medios de comunicación que se escandalizaban por sus terribles cualidades. Una vez que el terreno ideológico ya estuvo preparado, Estados Unidos lanzó una invasión masiva, que comenzó con un bombardeo aéreo para pacificar a las fuerzas de seguridad residuales del nuevo enemigo. Toda la guerra fue televisada y las imágenes fueron una advertencia para que los demás no se enfrentaran a Estados Unidos y una celebración para los aliados de la grandeza del poder de Estados Unidos. Las tropas de Fuerzas Especiales entraron al país, capturaron a Noriega y lo llevaron a un juicio y encarcelamiento en Estados Unidos. La Asamblea General de la ONU condenó la invasión por ser «una flagrante violación del derecho internacional». El Consejo de Seguridad de la ONU rápidamente emitió una resolución contra la invasión, pero —sin argumentos— Francia, el Reino Unido y Estados Unidos la vetaron. No hubo vergüenza alguna por este uso extremo de la fuerza.

El 2 de agosto de 1990, los ejércitos de Irak invadieron Kuwait; en parte como retribución por una vieja disputa por petróleo y en parte porque Saddam Hussein quería reclamar una deuda impaga de los países del Golfo por la guerra contra Irán. A partir de la Doctrina Carter, Estados Unidos tenía la obligación de proteger a Arabia Saudita, que limita con Kuwait. El presidente de Estados Unidos George H. W. Bush le mostró al rey saudita unas imágenes satelitales falseadas de tropas iraquíes en la frontera de Arabia Saudita; aterrorizados, los sauditas permitieron entonces que cayera todo el peso de la

maquinaria de guerra de Estados Unidos sobre la Península Arábiga y las aguas del Golfo. Bajo una enorme presión de Estados Unidos, la ONU aprobó la resolución 661 (en agosto de 1990) que fue el modelo para todos los posteriores regímenes de sanciones. La resolución le permitió a la ONU aplicar un asedio medieval contra el pueblo de Irak desde que se aprobó en 1990 hasta la invasión de Estados Unidos a Irak en 2003. Estados Unidos presionó a los miembros del Consejo de la ONU para que adoptaran la resolución 678 (noviembre 1990) en virtud del Capítulo VII, que les permitía a los «Estados miembro» usar «todos los medios necesarios», incluida la acción armada contra Irak. Cuba y Yemen fueron los únicos países que votaron en contra de esta resolución y así Estados Unidos obtuvo el permiso de la ONU para destruir a Irak. Para cuando se terminó todo en marzo de 1991, la ONU envió un equipo a Irak bajo la dirección del subsecretario general Martti Ahtisaari. El equipo descubrió que el bombardeo estadounidense había significado para Irak el regreso a una «era preindustrial» y la había dejado en un estado «casi apocalíptico». Irak, sin suficiente alimento ni provisiones, estaba cerca de «una catástrofe inminente» y podía llegar a enfrentar «epidemias y hambruna si no se resuelven rápidamente las enormes necesidades vitales». Esto no conmovió a nadie. Las resoluciones de la ONU se emitieron rápidamente y la población de Irak sufrió la destrucción de la civilización.

En 1996, la secretaria de Estado Madeleine Albright fue al programa televisivo *60 Minutes*. La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la

Agricultura (FAO, por sus siglas en inglés) había publicado un informe sobre el impacto de las sanciones de la ONU impulsadas por Estados Unidos sobre Irak. El informe mostraba que 567 000 niños iraquíes menores de 5 años habían muerto a causa de estas sanciones. Lesley Stahl, del programa *60 Minutes*, le preguntó a Albright: «Hemos oído que medio millón de niños murieron. Es decir, el número de niños es más alto que la cantidad total de muertos en Hiroshima. ¿Vale la pena el precio?». Ni *60 Minutes* ni Albright cuestionaron el informe de la ONU, ni el daño infligido a Irak. Albright no esperó ni un segundo y respondió: «Creo que es una decisión muy difícil, pero el precio... creemos que el precio vale la pena». Así que eso era todo. La destrucción total de Irak valía la pena. ¿Pero qué es lo que se compraba a ese precio? La supremacía de Estados Unidos.

El 24 de febrero de 1991, Saddam Hussein y sus asesores más cercanos se encontraban en uno de los palacios del régimen, preocupados por la masacre que estaba por comenzar. Estados Unidos había estado bombardeando posiciones iraquíes el último mes y ese día las fuerzas de Estados Unidos entraron a Kuwait. Hussein se preguntaba por qué la URSS no había intervenido para impedir el aumento de la presencia militar de Estados Unidos en la región del Golfo. La Unión Soviética ya había comenzado su caída hacia el colapso, que culminaría ese año más adelante. Pero en ese momento, en febrero, el líder de Irak se preguntaba por el silencio de Moscú. El ministro de Cultura de Saddam, Hamid Hammadi, habló sin vueltas: Estados Unidos no estaba preocupado

por la invasión de Irak a Kuwait, Kuwait estaba lejos de ser el verdadero problema. La embajadora de Estados Unidos en Irak April Glaspie básicamente le había dado luz verde a Saddam Hussein para invadir Kuwait justo antes de que ella se fuera de vacaciones. Estados Unidos tampoco estaba preocupado por el poder militar de Irak, gravemente deteriorado por la guerra contra Irán; los sauditas sabían que la invasión de Saddam a Kuwait se detendría en la frontera, dado que Saddam no había reclamado territorios sauditas. Había algo más detrás de todo eso, señaló Hammadi. «Todos esos sucesos buscan no solo destruir a Irak —le dijo al círculo cercano— sino eliminar el rol de la Unión Soviética para que Estados Unidos pueda controlar el destino de toda la humanidad».

La evaluación de Hammadi era similar a la de los propios analistas del gobierno estadounidense. Un grupo del Departamento de Defensa de Estados Unidos, el Equipo B, escribió una guía para la planificación de la defensa en 1990. El equipo, liderado por el futuro vicepresidente Dick Cheney, escribió:

Nuestro primer objetivo es evitar la reaparición de un nuevo rival, ya sea en el territorio de la ex Unión Soviética o en otra parte, que represente una amenaza al orden como la Unión Soviética. Esta es la principal preocupación y exige que nos esforcemos por evitar que cualquier poder hostil domine una región cuyos recursos serían, bajo un control consolidado, suficientes para generar un poder mundial. Nuestra estrategia debe ahora reenfocarse en evitar

la aparición de cualquier potencial competidor mundial a futuro.

Eso es lo que Hammadi le dijo a Hussein dentro del palacio, mientras las bombas de Estados Unidos caían a su alrededor. Es lo mismo que afirmó el Proyecto para un Nuevo Siglo Estadounidense una década más tarde en su texto *Reconstruir las defensas de Estados Unidos* (*Rebuilding America's Defenses*): «La paz estadounidense se debe mantener y expandir». La pax estadounidense, otra manera de llamar al imperialismo estadounidense, «debe tener una base firme en una preeminencia militar indiscutida de Estados Unidos». Se repetiría también con un tono familiar en el texto de George W. Bush de 2002 *Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos de América* (*National Security Strategy of the United States of America*): «Nuestras fuerzas deben ser lo suficientemente fuertes como para disuadir a los potenciales adversarios de incrementar sus Fuerzas Armadas con el objetivo de superar, o igualar, el poder de Estados Unidos».

Pero la *guerra asimétrica* –la guerra total– nunca ha sido suficiente. Puede ganar batallas y destruir ciudades, pero no gana guerras ni se infiltra en la mente y en el corazón de las personas. Para lograr una «dominación de espectro completo» de una sociedad hace falta más: hace falta una *guerra híbrida* que incluya sabotaje y bloqueos económicos, así como campañas mediáticas y culturales que atenten contra la verdad. La guerra híbrida es una combinación de medios convencionales y no convencionales que usan un abanico de actores estatales y no

estatales que cubren todo el espectro de la vida social y política. Una parte de esta guerra híbrida es la batalla de ideas, en la que Estados Unidos y sus aliados oligárquicos asfixian a los países hostiles por medio del sabotaje y los bloqueos económicos y luego promueven que la población haga una «revolución de color» contra el gobierno. Una vez que cambió el régimen, el propio pueblo no tiene peso político para construir un nuevo gobierno que esté más a tono con la esperanza popular. En lugar de eso, el nuevo régimen está compuesto por los viejos rostros de la oligarquía y de los diversos programas de entrenamiento de Estados Unidos.

«Los poderes en ascenso crean inestabilidad en el sistema internacional de Estados»

En 1991, James Baker, secretario de Estado de Estados Unidos, sugirió que el sistema de centro y rayos que definió los antiguos acuerdos de la Guerra Fría seguiría intacto en el nuevo período, pero que el sistema se extendería por la captura de las organizaciones multilaterales. Se centró en la cuestión de Asia Oriental. La historia del sistema de centro y rayos «había moldeado el proceso del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC)»; sin esa historia previa, no habría posibilidad de construir el APEC, un instrumento para el ingreso fluido de las empresas capitalistas transnacionales en la región asiática. Japón era «la piedra angular» del antiguo sistema de centro y rayos en Asia Oriental;



en el nuevo sistema, Japón, Corea del Sur, la Asociación de las Naciones del Sudeste Asiático y Australia serían «los rayos que brindarían estabilidad y fuerza al ventilador». Las organizaciones multilaterales –APEC y ASEAN– aportarían más legitimidad para la extensión del poder de Estados Unidos de lo que hubiera sido posible con la antigua arquitectura de centro y rayos.

Las organizaciones regionales multilaterales de esas características –ya sea APEC en Asia Oriental o la OEA en América– trabajaban junto con organizaciones nominalmente internacionales –como el FMI y el Banco Mundial– e instituciones financieras regionales –como el Banco de Desarrollo Asiático– para conducir los planes de Estados Unidos en todo el mundo. Si esas ideas encontraban resistencia, la presión llegaba por parte de las alianzas militares estrechas que había que conformar multilateral o bilateralmente, ya sea mediante la OTAN o la ANZUS (Australia, Nueva Zelanda y la alianza del ejército de Estados Unidos).

Cuando surgía el asunto de las bases militares, asomaban los dientes del imperialismo. Cuando colapsó la URSS, la población estadounidense ejerció una modesta presión para que el gobierno realizara un «dividendo por la paz» y transfiriera parte del presupuesto militar al gasto social. Pero el presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, no tenía ninguna voluntad política de disminuir el tamaño de las Fuerzas Armadas estadounidenses ni su impacto en el resto del mundo. El subsecretario de Defensa de Estados Unidos, Joseph Nye, escribió en 1995 un documento estratégico –*La estrategia de seguridad estadounidense en la*

*región de Asia Oriental-Pacífico*— que fortalecía el compromiso de Estados Unidos para mantener sus bases en Asia Oriental. Esas bases incluían la ocupación efectiva estadounidense de la isla japonesa de Okinawa (donde un quinto entero de la isla es una base militar de Estados Unidos) y el retorno de la base estadounidense a Subic Bay (Filipinas). Nye escribió que Estados Unidos no podía retirarse de sus bases ni disminuir su alto gasto en defensa porque «los países en ascenso crean inestabilidad en el sistema internacional de Estados». Ningún poder debía tener la posibilidad de desafiar la nueva arquitectura de la dominación mundial, un sistema de Estados en el que Estados Unidos ocupaba el centro. Como escribió Nye en 1995, Estados Unidos debe mantener todas sus bases —especialmente en Asia— dado que «nos permitirían responder con rapidez para proteger nuestros intereses, no solo en Asia sino hasta incluso en el Golfo Pérsico». La base de Okinawa en particular es «central para nuestra estrategia de seguridad para toda la región». La voluntad del pueblo de Okinawa y la de los pueblos en Filipinas y en Diego García fueron desestimadas.

Suzuyo Takazato, líder de la Organización de Mujeres Okinawenses Contra la Violencia Militar (*Okinawa Women Act Against Military Violence*), llamó a Okinawa «la hija prostituida de Japón». Es una cruda descripción. La agrupación de Takazato se formó en 1995, en el marco de la protesta contra la violación de una niña de 12 años que cometieron tres soldados estadounidenses apostados en Okinawa. Durante décadas, los okinawenses se han quedado por la creación de enclaves en su isla que funcionan

como lugares de recreación de los soldados estadounidenses. La fotografía Mao Ishikawa retrató esos lugares, los bares segregados donde solo los soldados estadounidenses pueden ir y conocer mujeres okinawenses (su libro *Red Flower: The Women of Okinawa* reúne muchas de esas fotos de la década de 1970). Se han denunciado al menos 120 violaciones desde 1972, «la punta del iceberg», dice Takazato. Cada año hay al menos un incidente que capta la atención de los okinawenses; un acto terrible de violencia, una violación o un asesinato. Lo que quieren es que cierren las bases, pues consideran que generan esos actos de violencia. No alcanza con pedir justicia después de los incidentes, sino que afirman que se debe eliminar su causa: es decir, las bases. Las personas como Suzuyo Takazato observan sabiamente que las bases —que supuestamente tienen como fin mantener la seguridad— son el motivo por el que el pueblo okinawense se siente inseguro.

Gracias al asunto de Okinawa, el Partido Democrático de Japón —fundado hacía poco tiempo— recibió un gran impulso y logró un triunfo contundente en las elecciones de agosto de 2009. El nuevo primer ministro Hatoyama Yukio había hecho declaraciones muy duras en contra de las bases estadounidenses en la isla; el nuevo ministro de Defensa, Okada Katuya, dijo que era «muy patético» que Japón sencillamente «siguiera lo que dice Estados Unidos». El secretario de Defensa estadounidense Robert Gates tenía órdenes del presidente Obama, que dispuso que la posición de Hatoyama sobre Okinawa no podía permitirse. Gates fue a Tokio en octubre de 2009, se negó a ir a la cena de bienvenida, y dijo que

habría «graves consecuencias» si Hatoyama seguía adelante con sus promesas de cambio de política. Obama iba a ir a Tokio en noviembre, pero acortó el viaje a una parada de 24 horas de camino a la reunión de APEC en Singapur. La presión de Washington era implacable. Hatoyama intentó forjar una alianza con China para contrarrestar la presión de Estados Unidos, pero no fue de ayuda y solo sirvió para enfadar aún más al gobierno estadounidense. El partido de Hatoyama comenzó a tambalear bajo la presión y el primer ministro se vio obligado a aceptar casi todas las demandas de Estados Unidos. No fue suficiente, Estados Unidos quería más. Hatoyama le dijo a Obama en una cena de abril de 2010 que haría lo que Estados Unidos dijera. El tono de la respuesta de Obama fue tan severo que los japoneses decidieron no guardar registro de la conversación. Hatoyama se rindió, firmó el acuerdo con Estados Unidos y luego renunció. Fue un golpe de Estado por presión. Hay 883 bases militares que Estados Unidos tiene en 183 países; mediante golpes de Estado, su presencia se vuelve eterna.

En 2012, la CIA hizo circular un documento secreto dentro de la agencia y en departamentos clave del gobierno de Estados Unidos que llevaba un título interesante: «Un enfoque de excelencia a las narrativas para comprender la política básica en Okinawa». Era un ejercicio de estudios culturales, un texto que argumentaba en contra de la «narrativa de la victimización» que afirmaba que era promovida por personas como el exgobernador Masahide Ota y por la izquierda. Había narrativas —«el pueblo hermoso» y «la isla hermosa»— que describen a

Okinawa como un lugar prístino que estaba siendo destruido por Estados Unidos. Para contrarrestar esta «narrativa», la CIA sugería que el gobierno estadounidense dejara en claro que Okinawa es «un puente hacia el mundo» («la narrativa del cruce de caminos») y que «las bases en Okinawa ayudan a preservar la seguridad de la región y, por lo tanto, a permitir un mayor intercambio económico y cultural». En otras palabras, las bases son una ventana a la globalización: por un lado, economía de mercado, y por el otro, poder militar. Pero no para los okinawenses; los beneficios son para las corporaciones transnacionales y para el sistema imperialista que se mantiene a salvo de «los poderes en ascenso».

### «Pavimentar el país entero»

Poco después de que colapsara la URSS, el gobierno de Estados Unidos aprovechó la ventaja para caracterizar a todos los gobiernos que no acordaran con la distribución orquestada por Estados Unidos como «Estados canallas» (*rogue states*). La teoría de los Estados canallas y el terrorismo le dio a Estados Unidos la posibilidad de apropiarse de todo el discurso del liberalismo y de los derechos humanos para su lado: Occidente es *ipso facto* el árbitro de los derechos humanos y el liberalismo, y aquellos a quienes descubre que han violado estos amplios principios son Estados canallas y terroristas. Si se demostrara que el régimen de sanciones de Estados Unidos contra Irak (como demostró UNICEF) fue

responsable de la muerte de medio millón de niños, no debería verse como el accionar de un Estado canalla o terrorista, fue simplemente algo desafortunado. Si un Estado canalla o terrorista asesinaba a cientos de personas, o incluso a diez personas, era una catástrofe para los derechos humanos. El secuestro de la narrativa de los derechos humanos y el liberalismo por parte de Estados Unidos fue un triunfo de la misma magnitud que su abrumadora superioridad militar. Ahora el poder militar podía utilizarse en nombre del liberalismo y los derechos humanos con el fin de que Estados Unidos obtuviera lo que llamaba «dominación de espectro completo».

Para los aliados subsidiarios, en sus capitales regionales, había una gran ventaja ideológica en la imitación de los términos generales del nuevo sistema de «centro y rayos». Cualquier amenaza local al poder regional podía ser un Estado canalla (si era un Estado vecino) o uno terrorista (si era una fuerza interna). No era necesario un análisis exhaustivo para determinar si la descripción era verdadera. La guerra de Colombia contra las FARC, la guerra de Sri Lanka contra los Tigres Tamiles, la guerra de Turquía contra el PKK o la guerra de India contra los maoístas: todas caben fácilmente en esa narrativa, todos los Estados que necesitaban utilizar cualquier método militar posible para destruir amenazas locales tenían licencia para hacerlo. El deseo de Japón de rearmarse y las calumnias de Israel contra los palestinos estaban justificados por las supuestas amenazas por parte de quienes Estados Unidos designaba como Estados canallas, tales como Corea del Norte e Irán. Los rayos tenían una

gran ventaja con esta nueva geografía de poder que les permitía reconstruir sus antiguas animosidades bajo el nuevo relato de Washington.

Ante el ataque a Estados Unidos ocurrido el 11 de septiembre de 2001, las autoridades estadounidenses respondieron –en cuestión de días– con mecanismos legales que le permitieron al país llevar adelante una «guerra contra el terrorismo» permanente y global. Sin embargo, la infraestructura para esa guerra ya había sido desarrollada y puesta a prueba en la década previa a 2001, como en la guerra asimétrica e híbrida contra Irak, el bombardeo de Yugoslavia y la guerra contra Al Qaeda. La justificación era con el fin de habilitar a Estados Unidos a entrar en guerra no para enfrentar un ataque, sino para evitarlo. Es decir que Estados Unidos podía atacar a cualquiera del que sospechara que alguna vez podría atacarlo, incluso en el futuro lejano. En su discurso del Estado de la Unión de 2004, el presidente George W. Bush dijo que Estados Unidos nunca buscaría una «autorización» en asuntos de seguridad. Esto trae a la memoria el intento de subordinar la ONU a los caprichos de Estados Unidos y la presión de las décadas de 1990 y 2000 para utilizar a la ONU asimétricamente para los intereses de Estados Unidos: la creación de normas mundiales que no aplican para Estados Unidos. Estados Unidos hizo caso omiso del Protocolo de Kioto sobre los gases de invernadero y del Tratado de París sobre el cambio climático, del Estatuto de Roma que creó la Corte Penal Internacional, del Tratado sobre Misiles Antibalísticos y del Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares, y del acuerdo nuclear con

Irán: todo eso fue consecuencia necesaria de la premisa de la primacía de Estados Unidos. Las violaciones de los Convenios de Ginebra, de la Convención contra la Tortura y hasta de la Constitución de Estados Unidos a partir de la guerra contra el terrorismo fueron producto de la idea de primacía. El derecho, en el mundo de la primacía, solo es útil si limita las acciones del otro, no del Estado más poderoso (en imitación de la vieja máxima feudal *nulle terre sans Seigneur*, ninguna tierra sin señor; en otras palabras, no hay derecho a vivir sin permitir que el Estado más poderoso tenga licencia para hacer lo que le plazca).

Washington era el único que elaboraría la lista de Estados canallas, nadie más. En 1996, el director de la CIA John Deutch enumeró cuatro «naciones canallas» en su informe al Senado de Estados Unidos: Irán, Irak, Corea del Norte y Libia. Esos países «han acumulado una cantidad significativa de fuerzas militares y buscan adquirir armas de destrucción masiva». La lista luego incluiría también al Líbano, Somalia, Sudán, Siria y Venezuela. Estados Unidos se permitía la licencia de anular países, una política que se remonta al genocidio de los pueblos amerindios de América en el siglo XVIII y a las guerras estadounidenses del siglo XIX, como la de Filipinas; en 1898, el general Jacob Smith le ordenó a sus tropas que «maten a todos los mayores de diez años» y generen «una jungla que aülle» en Filipinas. Medio siglo después, en Vietnam, una tripulación de helicóptero de Estados Unidos pintó el eslogan «La muerte es nuestro negocio, y el negocio va bien» en el costado de su cuartel. El paisaje



debía ser pacificado o destruido. El mensaje fue definido por Lyndon B. Johnson, el presidente de Estados Unidos: «No tiene sentido hablar de cuánto tiempo pasaremos en las junglas de Vietnam, cuando podríamos pavimentar el país entero y poner líneas de estacionamiento, y aún así volver a casa para Navidad».

Esos eran molestias menores. Había otras dos que los alemanes reconocieron como las verdaderas amenazas: «Hay dos grandes poderes, Rusia y China, en proceso de metamorfosis y su forma final aún está en duda». Rusia había sido neutralizada por Boris Yeltsin y los oligarcas, que habían vaciado al país de sus recursos y entregado su soberanía, tan duramente ganada, a las finanzas internacionales; su política de «estabilización macroeconómica» le hizo perder a Rusia el 50% de su Producto Bruto Interno (PBI) y la expectativa de vida cayó seis años (para hombres) y tres años (para mujeres) durante los años de Yeltsin, de 1991 a 1999. Mientras tanto, China había estado atravesando una fase de reforma profunda que se abrió en 1978 y luego de nuevo en 1992. Para cuando Jiang Zemin asumió el gobierno en 1993, el PBI de China había comenzado a dispararse por las nubes, aunque el país sufría una profunda división entre su área rural y urbana, que se había profundizado por la política de Deng Xiaoping de que «algunas áreas pueden enriquecerse más que otras». En 1996, cuando Alemania emitió su informe, esos dos Estados no eran amenazas ni Estados canallas. Se esperaba que su «forma final» se pareciera a la de la Unión Europea: subordinados de Estados Unidos para controlar el mundo.

## Bancos, no tanques

En la década de 1980, la crisis de la deuda del Tercer Mundo erosionó la soberanía de una gran parte del planeta, y –por motivos complejos– el sistema de Estados comunistas comenzó a desmoronarse. Con el colapso de esos Estados a comienzos de la década de 1990, Estados Unidos reafirmó su lugar como polo principal y líder del bloque imperialista, en una variedad de áreas, desde el puño de hierro del poder militar hasta el guante aterciopelado del deseo cultural. Ese fue el período que Estados Unidos y sus aliados llamaron «globalización». La ausencia del escudo de la URSS, en particular, debilitó la voluntad política del bloque del Tercer Mundo; los miembros individuales de este bloque fueron corriendo a Washington a besar el anillo del presidente de Estados Unidos, en busca de ganancias económicas modestas, y para evitar que su gobierno cayera en la categoría de «canalla» o «terrorista». Como condición previa a los tratados de comercio, debían firmarse acuerdos militares.

Pero a medida que se desarrollaba la globalización, un problema estructural bloqueó su consolidación. El problema era la propia globalización, que asistió a la desarticulación de los procesos de producción en todo el planeta; asistió al debilitamiento de la producción en Occidente, donde los costos laborales habían aumentado como resultado de una ola de huelgas en la década de 1970. Gracias a la dispersión de los centros de producción (con fábricas diseminadas por todos los Estados) y a la rigurosidad de las leyes de propiedad intelectual, las

corporaciones transnacionales consiguieron mucho más poder en esta cadena de valor mundial que las organizaciones de trabajadores y los Estados nación. El poder diplomático y militar del sistema de alianzas imperialista se utilizó contra políticas de nacionalización y derechos intelectuales. El bloque imperialista pudo conservar su propia reputación moral gracias a los mecanismos subcontratados de disciplina laboral, a pesar de las brutales condiciones de trabajo que estructuran las relaciones sociales en el sistema fabril de todo el mundo.

En los bosques y desiertos de todo el mundo, se esconden prácticas extractivas inhumanas y perjudiciales para el medioambiente. Allí los imperialistas y sus subcontratistas sofocan las protestas en nombre de la Guerra contra el Terror o la Guerra contra las Drogas, o algún tipo de guerra que permita que continúe la extracción sin estar bajo amenaza. Tanto los socios subsidiarios del bloque imperialista como los Estados emergentes dependen de las exportaciones de las materias primas para su crecimiento planificado y así permiten que el bloque imperialista se lave las manos de la gravedad de lo que ocurre en las sombras, fuera de su control directo. Los países de África, Asia y América Latina pierden miles de millones de dólares por el saqueo de recursos preciosos, comprados a bajo costo y que dejan agotados los recursos naturales. Las ganancias de las empresas mineras monopolizantes, valuadas con un «precio incorrecto», son extraídas de los países con riqueza de recursos, pero pobres de poder. No hay aún disponible un registro adecuado del robo anual total de esta riqueza.

Las contundentes políticas de comercio de la última ronda de negociaciones del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés), que dieron forma a la Organización Mundial de Comercio (1994), y las políticas de ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional obligaron a los países del Tercer Mundo a insertarse en la cadena de valor global —a veces para aumentar sus propias ganancias— y a limitar las políticas de bienestar para las grandes masas; pocas veces esas políticas y presiones comparten los beneficios de los avances del capitalismo con la clase trabajadora y el campesinado del mundo. En ese período, más bien, lo que ocurrió fue una serie de «revueltas del FMI» —notablemente, el levantamiento de Venezuela de 1989— y una serie de «golpes del FMI», entre los que se destaca el asesinato de Thomas Sankara en 1987 y el derrocamiento de su gobierno en Burkina Faso.

El desarrollo clave de los últimos cincuenta años ha sido la construcción del mundo de comercio, finanzas y desarrollo globales mediante instituciones dominadas por Estados Unidos. Fueron los bancos privados de Estados Unidos —repletos de petrodólares— los que suplantaron a los bancos centrales como el centro del sistema financiero y comercial del mundo; esos bancos, y la Reserva Federal de Estados Unidos, sometieron a los sistemas financieros y las tasas de cambio de la mayoría de los países del mundo al sistema y las tasas de Estados Unidos; de ese modo, Estados Unidos fue quien produjo las reglas para la supervisión internacional del sistema bancario y comercial, y fue Estados Unidos el que determinó todo el

marco regulador de la globalización. El dólar estadounidense se volvió la moneda central de este sistema; las agencias de calificación de Estados Unidos y el FMI dominado por Estados Unidos se volvieron la medida de fuerza de la economía y de las empresas; un servicio de transferencia europeo –SWIFT– dominó el movimiento de dinero de un país a otro. Si un país disgustaba al gobierno de Estados Unidos y se implementaba un régimen de sanciones, esta arquitectura institucional podía hacer tambalear a cualquier gobierno al eliminar sus líneas de crédito y hacer que fuera imposible que vendiera productos y cumpliera con sus pagos. Ningún sistema por fuera del control del gobierno de Estados Unidos tenía permitido seguir en pie.

Bajo riesgo de extinción, los países del mundo tuvieron que acceder al orden dispuesto por Estados Unidos. Cuando la Troika –la Unión Europea, el Banco Central Europeo y el FMI– presionaron a Grecia, el ministro del Exterior de Grecia Yanis Varoufakis dijo con gran ingenio que en la actualidad los golpes de Estado no vienen necesariamente de los tanques, sino de los bancos.

## Primero entre iguales

La enorme fuerza militar de Estados Unidos –superior en tamaño a cualquier otra fuerza militar– se expande por todo el planeta y amenaza a los países a los que llama canallas y que considera que son amenazas para el poder preponderante de Estados Unidos. Durante la

primera Guerra del Golfo de 1990-1991, el presidente estadounidense G. H. W. Bush dijo que el «síndrome de Vietnam» había sido controlado. Estados Unidos se sentía nuevamente seguro para actuar como un poder dominante en el escenario mundial, sin temor a ejercer toda su fuerza. Las guerras subsidiarias ya podían quedar en el pasado. Ahora Estados Unidos podía actuar con dominación de espectro completo contra sus adversarios. Después de la guerra de Estados Unidos en Irak de 2003, sonaron los llamados por «otro siglo estadounidense». Había un temor a que los enredos en Irak acentuarían las dudas sobre el poder de Estados Unidos: había que terminar con esas dudas. Era importante recrear la imagen autopercebida de Estados Unidos como el *primus inter pares*: el primero entre sus iguales, el «poder indispensable» como lo llamó la exSecretaria de Estado Madeleine Albright.

El final de la Guerra Fría representó la desaparición de la principal amenaza a la alianza, la Unión Soviética y sus satélites. Desde ese momento, Estados Unidos y sus Estados aliados se han esforzado por asfixiar todo desafío al sistema que aparezca. La presión en China y Rusia aumentó con la expansión de la OTAN en Europa del Este y con el aumento de las fuerzas estadounidenses en la región de la costa del Pacífico. El crecimiento de América del Sur tenía que cortarse, ya sea con golpes de Estado a la vieja usanza (como en Honduras en 2009) o mediante novedosos golpes de Estado judiciales (como en Brasil). Cualquier intento de construir una base de poder alternativa y regional

—como el proceso bolivariano en América Latina o la Iniciativa de la Franja y la Ruta de China— debía ser destruido. El intento de Rusia de quedarse con sus dos únicos puertos de agua templada —en Sebastopol (en Crimea) y en Latakia (en Siria)— tuvo como resultado intervenciones militares en Ucrania en 2014 y en Siria en 2015; se trata de maniobras defensivas que buscan proteger la proyección de poder de Rusia más que acciones agresivas que buscan expandir la influencia de Rusia. Ni las intervenciones de Rusia, ni la Iniciativa de la Franja y la Ruta de China, ni la alianza entre China y Rusia son señales de debilitamiento del poder de Estados Unidos. No hay ningún sistema nuevo disponible todavía que pueda contrarrestar el dominio de Estados Unidos sobre la base política y económica mundial.

Había que fortalecer y agrandar una infraestructura entera de seguridad global y poder militar. Estados Unidos ya tenía bases en casi todos los países; había llegado el momento de expandirlas mediante el uso de «bases nenúfar», o ubicaciones de seguridad cooperativas donde las fuerzas estadounidenses pueden desembarcar, reabastecerse y descansar. La embajadora de Estados Unidos en la OTAN Victoria Nuland describió esos sitios como «bases discretas» dirigidas por «estadounidenses no combatientes retirados» que tercerizarían o subcontratarían el trabajo de mantenimiento de la base. La mayoría de los militares del mundo se verían obligados a entrenar con las Fuerzas Armadas de Estados Unidos en ejercicios conjuntos que ligaban los mandos militares de estos

Estados menores a la estructura de mando de Estados Unidos. La palabra clave aquí es «interoperabilidad», según la cual los militares deben operar de forma conjunta con las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. La *Doctrina para Operaciones Conjuntas* (*Doctrine for Joint Operations*, 1993) del Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos observa que «la nación que aporta la preponderancia de fuerzas y recursos típicamente aporta al comandante de la fuerza de coalición». No es difícil adivinar quién es el que aporta la «preponderancia» de personal y equipamiento militar y, por lo tanto, quién es el que tiene el liderazgo. Para ser interoperables, se recomendó a las Fuerzas Armadas de todo el mundo que compraran el *hardware* y *software* militar de Estados Unidos; así fue que las compañías de armas de Estados Unidos vieron cómo se inflaban sus ventas internacionales a medida que se firmaban estos pactos entre Fuerzas Armadas. La estructura de interoperabilidad logró que Estados Unidos pudiera forjar nuevas alianzas regionales —como la Estrategia del Indopacífico— para controlar países mediante acuerdos militares, así como acuerdos de comercio y asistencia para alimentar las proyecciones de poder de Estados Unidos. Por último, los enormes avances tecnológicos militares, incluido el uso de drones, le dieron a Estados Unidos la capacidad de tener impacto mundial y absoluto. Mediante un programa llamado Prompt Global Strike (PGS), las Fuerzas Armadas de Estados Unidos aspiran a poder atacar cualquier parte del mundo con un arma convencional de precisión guiada en el curso de una hora.



## Solo un miembro del Consejo de Seguridad permanente: Estados Unidos

Cuando era presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas, Miguel d'Escoto Brockmann de Nicaragua solía hablar de «colonialismo redecorado». Los países occidentales, específicamente Estados Unidos, habían perdido su legitimidad con la guerra ilegal contra Irak en 2003 y la crisis financiera de 2007. Con el fin de «redecorar» el colonialismo impulsaron una nueva doctrina: la Responsabilidad de Proteger (R2P), como forma de seguir justificando el enorme aparato militar occidental que rodeaba al mundo y para justificar las intervenciones militares occidentales, desde Asia Occidental hasta Centroamérica. Ese colonialismo «redecorado» fue el que permitió que las potencias occidentales renovaran el orden internacional «liberal» y sus instrumentos económicos. Es ese colonialismo «redecorado» el que ha podido reinsertarse astutamente como el bloque humanitario en los asuntos internacionales. Se instaló una visión romántica de la burguesía imperialista: el presidente de Estados Unidos Barack Obama tuvo un papel clave como la cara «simpática» de la máquina de guerra brutal. La tosquedad de Trump no resultó en el deseo de poner fin al proyecto imperialista, sino –para los liberales de Occidente– el de un regreso a la sofisticación de Obama. La asfixia ideológica es lo que causa que las personas crean que el bloque dirigido por Estados Unidos tiene intenciones honorables cuando bombardea lugares como Irak y Libia, y cuando ahoga países como Irán y

Venezuela; aún más, es esa miopía la que lleva a considerar que el bloque bajo el mando de Estados Unidos busca proteger civiles y ofrecer ayuda para el desarrollo y así aliviar la miseria de los hambrientos del mundo.

En 2011, Estados Unidos y Francia hicieron enardecer a todo el mundo por Muammar Qaddafi y la posibilidad de un genocidio en Libia. No había evidencia de tal peligro; la fuente de la prensa occidental eran los medios sauditas. Gracias a la exaltación generada, Estados Unidos y Francia consiguieron una resolución de la ONU para atacar a Libia y lo hicieron de inmediato. Parte de la resolución exigía que se hiciera un estudio de la guerra posterior al conflicto. Una vez que todo se calmó para 2012, aunque la guerra de Libia continúa por otros medios, la ONU armó una Comisión de investigación para analizar las acciones de la OTAN en el bombardeo de Libia. Fue una acción bastante directa, sin motivos ocultos detrás de la investigación. La Comisión debía investigar las acciones de todas las partes en el conflicto que llevó a la masacre en Libia. La OTAN se negó a cooperar en la investigación. El asesor legal de la OTAN, Peter Olson, escribió a la ONU y dijo que los «incidentes de la OTAN» no son crímenes de ningún tipo. En su carta, Olson dice:

De forma acorde, solicitamos que, en el caso de que la comisión decida incluir una discusión sobre las acciones de la OTAN en Libia, el informe diga claramente que la OTAN no apuntó a civiles deliberadamente ni cometió crímenes de guerra en Libia.

En otras palabras, solicitaba que la OTAN tuviera un pase libre para el modo en que realizó la guerra. No hubo indignación liberal ante la negativa de la OTAN de cooperar, ni lamentos por parte de los defensores humanitarios del *establishment*. Sencillamente asumieron que el bloque imperialista es inocente de todo motivo malévolo y que no puede considerarse que haya apuntado a civiles o haya destruido una nación deliberadamente. Incluso una investigación sobre tales acciones no era tolerable. Hasta ese punto llega la redecoración del colonialismo.

John Bolton, que luego se convertiría en el asesor de Seguridad Nacional de Trump, dijo en el año 2000: «Si tuviera que renovar el Consejo de Seguridad hoy, dispondría un miembro permanente, porque es el verdadero reflejo de la distribución de poder en el mundo». ¿Cuál sería ese miembro? «Estados Unidos», respondió Bolton. Tenía razón. No hay otra forma, por ejemplo, de explicar el comportamiento del Estado israelí contra el pueblo palestino más que reconocer el modo en que Estados Unidos utiliza todo su poder mediante las Naciones Unidas en nombre de los israelíes.

## República de las ONG

Hay más ONG per cápita en Haití que en cualquier otra parte del mundo, pero también hay muchas ONG en otros lugares. Las exigencias del FMI para que los gobiernos de los distintos países recorten sus presupuestos mediante programas de ajuste estructural sirvieron para

encoger el Estado. En lugar del Estado debilitado, aparecieron innumerables ONG, que brindaban, en su gran mayoría, servicios que antiguamente por orden constitucional eran responsabilidad de un Estado democrático, o al menos eso es lo que se esperaba. Con un Estado debilitado y las ONG por todos lados, el gobierno tuvo menos base de respaldo en el público que nunca. Comenzó a sentirse el peso de otras fuentes de poder. Esas fuentes de poder no tienen ninguna responsabilidad ni deber formal que cumplir en ningún proceso democrático; en general, solo deben rendir cuentas ante sus fundadores, que —en casos importantes— resultan ser los gobiernos de Estados Unidos y de Estados europeos. Los planes de gobierno para países como Haití no los dispone el gobierno haitiano, a quien le queda la responsabilidad de mantener la seguridad del país, sino las instituciones internacionales, tales como el FMI, y los gobiernos de países como Estados Unidos y Francia, así como también las Naciones Unidas. Todos ellos son quienes imponen las condiciones para el pueblo haitiano; en otras palabras, son los señores imperiales de Haití.

Haití siempre estuvo condenado. Desde su revolución en 1804, lo han tratado como una amenaza permanente. Nunca se le permitió la democracia. El gobierno francés se llevó 22 000 millones de dólares de Haití por su revolución. Desde 1950, una dictadura de la familia Duvalier que duró treinta años y contaba con el respaldo de Estados Unidos exprimió al país. La formación paramilitar de los Duvalier —los *Tonton Macoutes*, entrenados por la misión militar de Estados Unidos— mató a más de 50.000

personas en este período, e instaló en la sociedad su ideología anticomunista y contra el pueblo mediante las mentiras y el miedo. La agitación social logró la destitución del régimen de Duvalier en 1986. El nuevo país entró a su fase democrática con una visita al FMI, que —junto con el Departamento de Estado de Estados Unidos— «recomendó» una política obligatoria de liberalización del comercio. No hubo perdón para la «*deuda odiosa*», la deuda acumulada por una dictadura sin respaldo del país. Un movimiento conocido como la avalancha (*Lavalas*), liderado por el exsacerdote Jean-Bertrand Aristide, derrocó a los Duvalier. En la primera elección, el dinero externo financió al candidato de derecha Marc Barzin, que había sido parte del gabinete de Duvalier y del Banco Mundial. Sin embargo, Aristide derrotó a Barzin. Antes de que Aristide pudiera asumir, hubo un golpe de Estado a cargo de un matón de Duvalier, que fue revertido por otra enorme movilización del pueblo. A los ocho meses de su presidencia, Aristide fue derrocado y reemplazado por Raoul Cédras, cuya organización gánster FRAPH, financiada por la CIA, atacó a los partidarios de Aristide; Cédras tenía el financiamiento del Instituto Republicano Internacional, con base en Washington. La violencia que generó el gobierno de Cédras fue peor todavía que la del gobierno de Duvalier; esa violencia destruyó el germen de la sociedad radical que había gestado el movimiento Lavalas.

Sin embargo, gracias a la presión de las bases Aristide volvió en 1994 y se vio obligado a firmar el Acuerdo de la Isla de Gobernadores. Este acuerdo permitía que las

instituciones internacionales gobernarán Haití y que las ONG tuvieran el mando en un país cuyas instituciones democráticas habían sido destruidas sistemáticamente. El retorno de Aristide al poder en 1994 fue en condiciones de absoluto deterioro, dispuestas por la Casa Blanca con Clinton y Wall Street al mando. Querían que Haití fuera una maquiladora, no un país. Dado que Haití enfrentaba un déficit de su balanza de pagos en 1998, acudió al FMI, que le exigió políticas de austeridad. Aristide no pudo cumplir con sus exigencias, por lo que el Fondo congeló el financiamiento para el gobierno. Pero no hubo tal congelamiento para las ONG, que recibían dinero a raudales. La Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), creada en 1961, recibe el financiamiento del gobierno de Estados Unidos y a su vez financia diversas ONG. Los presupuestos de las agrupaciones financiadas por USAID crecieron después de 1998 (en 1995, el Congreso de Estados Unidos obligó a la USAID a dejar de financiar al gobierno de Haití y solo financiar a las ONG). En 1995, el subsecretario de Clinton, Strobe Talbott, le dijo al Senado de Estados Unidos que «incluso después de nuestra salida en febrero de 1996», en referencia a un retiro planificado del ejército de Estados Unidos, «seguiremos a cargo a través de USAID y el sector privado». USAID financió miles de ONG que impusieron sus planes para el país. USAID buscó reformar el sector agrario de Haití y convertirlo en una agricultura orientada a la exportación, buscó restringir las leyes por un salario mínimo (como la propuesta de Aristide en 1991 de aumentar el salario mínimo de USD 0,33 por hora a

USD 0,50 por hora) y buscó ingresar ayuda alimentaria que arrojaba arroz «gratuito» cultivado por agricultores estadounidenses (y comprado con fondos estadounidenses) y destruyó la producción de arroz de Haití; USAID promovió la educación privada y perjudicó a las escuelas públicas y a los programas de alfabetización para adultos; USAID desestimó los impuestos de importación en alimentos de modo que las empresas avícolas de Estados Unidos pudieran desechar las partes indeseadas de los pollos en Haití y así destruir el sector avícola del país.

En 2009, bajo una inmensa presión popular, el gobierno haitiano aprobó una ley que aumentó el salario mínimo de USD 0,24 por hora a USD 0,61 por hora. El nuevo salario habría representado una paga de 5 dólares por día a un trabajador haitiano, menos de los 12 dólares por día estimados para una familia de cuatro personas en Haití. Las empresas textiles estadounidenses que operaban allí se quejaron ante la embajada estadounidense en Haití, que se dedicó a hacer lobby para que el gobierno retirara el aumento. David Lindwall, jefe adjunto de la misión en la embajada de Estados Unidos, dijo que el nuevo salario mínimo «no tomaba en cuenta la realidad económica». El gobierno haitiano, gracias a la embajada estadounidense, solo aumentó el salario mínimo USD 0,07, lo que permitió que las empresas como Fruit of the Loom, Hanes y Levi Strauss cosecharan sus enormes ganancias.

Como decíamos, en 1991 Aristide fue derrocado por un golpe de Estado y en 1994 volvió al poder, aunque fue un regreso vacío. Debido al acuerdo firmado, tuvo

que mirar cómo las ONG vaciaban las posibilidades democráticas del país. Sin embargo, en el año 2000 Aristide ganó la reelección. Volvió al poder con impulso y energía y le pidió a Francia que le pagara a Haití 21 000 millones de dólares en restitución por los pagos que hizo Haití en virtud de su independencia de la esclavitud. Estaba muy claro que los grupos de extrema derecha que comenzaron los asesinatos de los partidarios de Fanmi Lavalas tenían apoyo externo y más claro aún que era una forma de destruir por completo a Aristide; lo derrocaron en un segundo golpe en 2004 cuando, según sus propias palabras, fue secuestrado. Ahora el país es una república de las ONG, al igual que muchos Estados cuyas instituciones democráticas han sido derrocadas por un golpe de las ONG.

## Máxima presión

Entre 2001 y 2003, Estados Unidos peleó dos guerras contra los adversarios de Irán: los talibanes de Afganistán y Saddam Hussein de Irak. Su derrota le permitió a Irán desplegar sus alas en toda la región. Al reconocer el error estratégico de esas guerras, Estados Unidos procedió rápidamente a llevar a Irán de nuevo a sus fronteras. Intentó debilitar la relación entre Irán y Siria mediante la Ley de responsabilidad siria de 2005 (y la guerra en Siria desde 2011) e intentó destruir la fuerza política libanesa Hezbollah con el ataque israelí al Líbano en 2006. Ninguna de esas cosas funcionó. En 2006, Estados Unidos fabricó una crisis sobre el programa de energía



nuclear de Irán; diseñó sanciones contra la economía de Irán por parte de las Naciones Unidas, la Unión Europea y el propio Estados Unidos. Eso tampoco funcionó y entonces, en 2015, Estados Unidos aceptó un acuerdo nuclear, que luego Trump rechazó en 2018. Las sanciones unilaterales de Estados Unidos entraron en efecto, y la economía de Irán se contrajo rápidamente. Trump llamó a su política «Máxima presión».

En octubre de 2019, Human Rights Watch publicó un breve informe con un título punzante: «Máxima presión: las sanciones económicas de Estados Unidos dañan el derecho a la salud de los iraníes». En noviembre de 2018, Estados Unidos renovó sus sanciones unilaterales contra Irán, e incluyó «sanciones secundarias» sobre entidades no estadounidenses. Esas sanciones secundarias asfixiaron la capacidad de Irán de comprar comercialmente muchos productos, incluidos suministros médicos vitales. Escribió Human Rights Watch:

Las consecuencias del refuerzo de las sanciones estadounidenses representa una grave amenaza para el derecho a la salud de los iraníes y el acceso a medicamentos básicos y ha contribuido casi sin duda a los desabastecimientos documentados, que van de la falta de medicamentos esenciales para pacientes con epilepsia hasta cantidades limitadas de medicamentos de quimioterapia para pacientes con cáncer.

Human Rights Watch no es el primero en documentar esta grave situación. Las sanciones unilaterales de

Estados Unidos en el período de Obama ya habían sido muy perjudiciales para la salud de los iraníes. En 2013, Siamak Namazi escribió un informe para el Centro Wilson, en el que advierte que «las sanciones efectivamente están causando alteraciones en los suministros de medicamentos y equipamiento médico en Irán. La adquisición de los medicamentos vitales de avanzada y sus materias primas químicas de Estados Unidos y Europa ha sido particularmente difícil».

A lo largo de los últimos años, la publicación médica *The Lancet* ha hecho una serie de estudios importantes acerca del deterioro de las condiciones de salud en Irán como resultado de las sanciones unilaterales de Estados Unidos. En agosto de 2019, cinco médicos que trabajaron en Estados Unidos e Irán escribieron un potente editorial en *The Lancet*, que señalaba que la cobertura universal de salud de Irán se vio muy dañada por las sanciones y que Irán «tiene un alto riesgo de ir camino a una situación muy grave para la provisión de servicios de salud con un impacto potencialmente de magnitud en la mortalidad y morbilidad». El Dr. Seyed Alireza Marandi, presidente de la Academia de Ciencias Médicas de Irán, escribió una de muchas cartas para el Secretario General de la ONU. Señaló que a los pacientes que precisan trasplantes de órganos y que tienen cáncer «se les niegan deliberadamente medicamentos y equipamiento médico». No ha habido respuesta pública a estas cartas. Idriss Jazairy, Relator Especial sobre la repercusión negativa de las medidas coercitivas unilaterales en el disfrute de los derechos humanos de la ONU, concluyó después de analizar el régimen de sanciones:

El sistema actual genera dudas y ambigüedad, que hacen que sea imposible para Irán importar estos artículos humanitarios de urgente necesidad. Esa ambigüedad genera un «efecto de calma» que es probable que conduzca al silenciamiento de las muertes en hospitales a medida que se acaben los medicamentos, mientras los medios de comunicación internacionales no advierten nada.

El gobierno de Estados Unidos ha utilizado todos los mecanismos posibles para sofocar a Irán. Ha usado sus instalaciones para Terroristas Globales Especialmente Designados (SDGT, por sus siglas en inglés), la lista de Nacionales Especialmente Designados y Personas Bloqueadas (SDN, por sus siglas en inglés) y la Red Contra Delitos Financieros (FinCEN, por sus siglas en inglés) para endurecer su control de la economía de Irán. Human Rights Watch reiteró lo que las agencias humanitarias vienen diciendo durante el último año, que es que los bancos se niegan a prestar sus servicios para transferir dinero, incluso con fines humanitarios. En agosto de 2019, Jan Egeland, director del Consejo Noruego para Refugiados, que trabaja con refugiados afganos en Irán, dijo: «Hace un año entero que buscamos bancos que puedan transferir dinero de donantes y estén dispuestos a hacerlo». Egeland no es ingenuo. Fue subsecretario general de Asuntos Humanitarios y Coordinador de la Ayuda de Emergencia de la ONU de 2003 a 2006. La presión sobre los bancos le permitió al gobierno de Estados Unidos arrasar con la capacidad de

Irán de importar alimentos y medicamentos, lo que impactó en los derechos humanos de los iraníes. Hay amplia evidencia de que el gobierno estadounidense no está solo intentando dañar al gobierno, sino que tiene una estrategia para atacar al pueblo iraní.

El informe de Human Rights Watch se llama «Máxima presión» por un motivo. Es la frase asociada con la política de Trump respecto de Irán que llevó al retiro de Estados Unidos del acuerdo nuclear con Irán (JCPOA) y el restablecimiento de las duras sanciones. Cuando Estados Unidos implementó esas sanciones sobre Irán en noviembre de 2018, Steven Mnuchin, secretario del Tesoro de Estados Unidos, dijo: «A partir de ahora, la máxima presión ejercida por Estados Unidos solo puede aumentar». Como señala Human Rights Watch, se trata de «una receta para el castigo colectivo».

La atención médica universal ha sido la política básica que ha servido de orientación en el gobierno iraní. El programa recibió especial atención en 1985 cuando se estableció la Red de Salud Nacional (*National Health Network*) y a lo largo de las siguientes décadas —con el obstáculo de la falta de recursos— los programas urbanos y rurales de Médico de Familia. Todos los indicadores apuntan a que el sistema de salud de Irán se vio gravemente afectado por las sanciones, en especial porque volvió imposible la importación de materiales fundamentales (tales como vendajes para la epidermólisis ampollosa y medicamentos para reducir inflamaciones, como el factor de necrosis tumoral, que afecta a quienes han sido atacados por armas químicas utilizadas por Irak contra Irán y

provistas por Europa occidental y Estados Unidos). A lo largo del último siglo, Irán ha desarrollado una industria farmacéutica propia de alta calidad, que ahora se concentra en la Compañía de inversión en seguridad social del sector público. Hasta hace pocos años, Irán pudo fabricar una amplia variedad de drogas, pero incluso en ese punto ha habido un impacto, pues muchas de esas líneas de producción dependen de la importación de componentes clave de las drogas.

Las Naciones Unidas han dicho en repetidas ocasiones que las sanciones no son una política humanitaria y que ya no debe permitirse que sigan siendo parte del arsenal de las naciones poderosas. Se suele argumentar que hay excepciones para medicamentos y alimentos. Estados Unidos afirma que no usa las sanciones para lastimar a las personas y que por eso suele hacer excepciones. En agosto de 2019, el gobierno de Estados Unidos emitió un documento que suavizaba su política en relación con Venezuela. Decía que «el apoyo humanitario puede llegar» a Venezuela. Incluso si es pura retórica, no ha habido tal suavización para Irán. Estados Unidos no ha hecho ninguna publicación del estilo acerca de su política respecto de Irán. Más bien, ha reforzado sus peligrosas sanciones como parte de su guerra híbrida contra Irán.

En 1980, los iraníes crearon la Fuerza Quds; en árabe, *Quds* significa Jerusalén. El objetivo de esta Fuerza era desarrollar conexiones regionales para un Irán asediado. En sus primeros años, la Fuerza Quds participó en operativos que iban tanto en contra de los intereses occidentales como de la izquierda regional (incluidos ataques

al gobierno comunista afgano de Mohammad Najibullah). Pero en la última década, bajo el liderazgo del teniente general Qasem Soleimani y otros veteranos de la guerra entre Irán e Irak, la Fuerza Quds tuvo una agenda más precisa.

El gobierno de Irán sabe que no puede resistir un ataque total de Estados Unidos y sus aliados; un eventual ataque de Estados Unidos con bombas y misiles teledirigidos es una amenaza crucial para Irán. Se debe evitar este tipo de guerra. A diferencia de Corea del Norte, Irán no tiene un escudo nuclear ni el potencial o la intención de construir uno; sin embargo, los ejemplos de Irak y Libia, que cedieron su escudo de armas de destrucción masiva, son una prueba de lo que puede ocurrirles a los países que no tienen un factor de disuasión nuclear. Ni Irak ni Libia amenazaron a Occidente y sin embargo ambos países fueron destruidos. Fue la Fuerza Quds la que desarrolló un factor de disuasión parcial contra un ataque de Occidente a Irán. La Fuerza Quds de Soleimani fue del Líbano a Afganistán para consolidar su relación con los grupos proiraníes y para alentarlos y apoyarlos en el armado de milicias. La guerra en Siria fue un terreno de prueba para estos grupos, que están preparados para atacar objetivos estadounidenses si Irán es atacada de alguna forma. Después de que Estados Unidos asesinó a Soleimani a principios de 2020, los iraníes dijeron que si continuaban atacándolos, destruirían Dubai (Emiratos Árabes Unidos) y Haifa (Israel). Los misiles de corto alcance de Irán pueden atacar Dubai, pero sería Hezbollah el que atacaría Haifa. Es decir que Estados

Unidos y sus aliados enfrentarán una «*guerra de guerrillas regional*» de gran escala si hay bombardeos en Irán. Esas milicias son el factor de disuasión para Irán. No es agresión; es sencillamente una postura defensiva contra la ira del imperialismo.

La política de Irán está definida por la inmensa presión que ponen Estados Unidos y sus aliados regionales (Israel y Arabia Saudita) en el país. El amplio arco de la Revolución iraní de 1979 incluía una izquierda iraní, que ahora ya no existe. En Irak, los comunistas han reaparecido con dificultades y han participado en las revueltas desde 2011 contra un gobierno cuyas políticas están absolutamente condicionadas por los planes del FMI. «Queremos una patria», claman los iraquíes en las recientes protestas. Es el mismo grito desde el Líbano hasta Afganistán. Durante la Revolución iraní, una agrupación de izquierda escribió en los muros del Ministerio de Justicia: «En el amanecer de la libertad, el lugar de la libertad está vacío» (*dar tulu-e azadi, ja-ye azadi khali*). La revuelta había ocurrido, pero la promesa plena de la revolución había quedado suspendida.

## Acelerar el caos

En 2017, en medio del avance de la derecha en todo el hemisferio americano, se reunieron los representantes de doce países en Lima (Perú) para formar un bloque. El objetivo de este Grupo de Lima era derrocar al gobierno de Maduro en Venezuela. El grupo está liderado por

Canadá, que alberga a la mayoría de las empresas mineras más grandes del mundo; muchas de ellas tienen un interés en destruir el suelo de América y extraer su riqueza para su propia ganancia. Estados Unidos había intentado acabar con la Revolución bolivariana apenas comenzó en 1999. En 2002 fracasó un golpe de Estado, pero eso no detuvo a Estados Unidos. Sin embargo, el caos provocado por las guerras estadounidenses en Afganistán e Irak desvió la atención a otra parte y la «marea rosa» de gobiernos de izquierda en el Caribe y Latinoamérica impidió el ataque total a Venezuela.

Para 2017, con casi 20 años ya de Revolución bolivariana, Venezuela parecía un blanco fácil. La baja de los precios de las materias primas había generado problemas económicos en el país y ahora había una serie de gobiernos de derecha en la región. El golpe de Estado en Honduras en 2009 comenzó un proceso que llevó al poder a gobiernos de tendencia de derecha en la mayoría de los países que asistieron a Lima, incluidos Argentina, Brasil y México, los países más grandes y más importantes del grupo. Primero vino el aislamiento diplomático, seguido rápidamente por el aislamiento económico, principalmente mediante las duras sanciones económicas de Estados Unidos. Venezuela, que ya enfrentaba dificultades por los precios bajos de las materias primas, vio cómo su economía cayó en picada.

El objetivo del Grupo de Lima y la intervención de Estados Unidos era generar un desastre social en Venezuela. Los funcionarios estadounidenses hablaron abiertamente del uso de todo el abanico de técnicas de la



guerra híbrida para generar caos en Venezuela. En 2018, el exembajador de Estados Unidos en Venezuela, William Brownfield, dijo que Estados Unidos, las organizaciones multilaterales y el Grupo de Lima tuvieron que «acelerar el colapso» de Venezuela. «Debemos hacerlo –dijo– aunque sabemos que tendrá un impacto en millones y millones de personas que ya tienen grandes dificultades para conseguir suficiente para comer». En base a esta cruel observación, los diversos gobiernos de derecha de la región endurecieron el bloqueo a Venezuela. Estaba claro para el gobierno de Estados Unidos que si pudieran derrocar la Revolución bolivariana en Venezuela, debilitarían a Cuba y forzarían el colapso de la Revolución cubana.

En enero de 2019, el gobierno de Estados Unidos intentó abiertamente un golpe de Estado contra el gobierno de Maduro. Armaron un gobierno ficticio a cargo de Juan Guaidó, un legislador menor, y usaron todos los medios a su disposición –incluido el sabotaje– para debilitar al gobierno, crear caos social, fracturar la base de apoyo bolivariana y erosionar la autoridad del gobierno. Esta guerra híbrida fue un golpe fuerte y Venezuela sufrió el robo de sus reservas de oro en el Reino Unido, la clausura de su capacidad de uso de los canales financieros internacionales y el cierre de su venta de petróleo. Se implementó un embargo casi total del país y de sus 32 millones de habitantes.

Un informe del Center for Economic and Policy Research (CEPR) observó que en el año calendario, a partir de agosto de 2017, las sanciones de Trump mataron al

menos 40.000 personas y redujeron la disponibilidad de alimentos y medicamentos. Dado que estas sanciones siguen vigentes, impiden que 80.000 personas con VIH consigan medicamentos antirretrovirales, impiden que 16.000 personas se realicen su diálisis regularmente, impiden que 16.000 personas con cáncer reciban tratamiento e impiden que 4 millones de personas con diabetes e hipertensión consigan insulina y medicamentos cardiovasculares. El impacto social de estas sanciones ha sido catastrófico.

Y, sin embargo, el gobierno no cayó. De hecho, cada una de las manifestaciones de la gente en las calles de las grandes ciudades indicó que el apoyo popular de la clase trabajadora, el campesinado y los sectores pobres urbanos estaba con el gobierno. La frustración llevó a Estados Unidos y a su representante –Guaidó– a intentar un golpe de Estado militar en abril de 2019. Fracasó: Maduro siguió en el poder. La economía de Venezuela sigue siendo frágil y su vida social ha sido profundamente afectada por las sanciones; sin embargo, está claro el compromiso político de una gran parte de la población para acompañar al gobierno.

La guerra híbrida contra Venezuela no tuvo éxito; la determinación de la Revolución bolivariana por seguir firme fue una inspiración para el continente. Es importante reconocer que, desde México hasta Chile, ha habido un claro entendimiento de que la guerra híbrida de Estados Unidos sobre Venezuela no era por los «derechos humanos» ni por la «democracia», sino para expandir los intereses imperialistas de Estados Unidos. La derrota de

Estados Unidos en Venezuela generó confianza en toda la región para profundizar la lucha, no solo contra los tentáculos de Estados Unidos y el FMI, sino también contra las oligarquías locales.

## Las sanciones son un crimen

La enfermedad coronavirus (COVID-19) se mueve rápidamente, recorriendo los continentes, saltando sobre los océanos, aterrorizando a las poblaciones en todos los países. El número de infectados aumenta, al igual que el número de quienes han muerto. Se lavan las manos, se hacen pruebas y la «distancia social» se ha convertido en una nueva frase. En medio de una pandemia, es esperable que todos los países colaboraran en todos los sentidos para mitigar la propagación del virus y su impacto en la sociedad humana. Uno esperaría que una crisis humanitaria de esta magnitud proporcionaría la oportunidad de suspender o terminar todas las sanciones económicas inhumanas y los bloqueos políticos contra ciertos países. El punto principal aquí es este: ¿No sería este un momento para que el bloque imperialista, liderado por los Estados Unidos de América, pusiera fin a las sanciones contra Cuba, Irán, Venezuela y otros países?

El canciller venezolano Jorge Arreaza nos dijo a Paola Estrada y a mí recientemente que las «medidas coercitivas ilegales y unilaterales que los Estados Unidos han impuesto a Venezuela son una forma de castigo colectivo». El uso de la frase «castigo colectivo» es significativo;

según los Convenios de Ginebra de 1949, cualquier política que cause daño a toda una población es un crimen de guerra. La política de los Estados Unidos, nos dijo Arreaza, ha «resultado en dificultades para la adquisición oportuna de medicamentos». Sobre el papel, las sanciones unilaterales de los Estados Unidos dicen que los suministros médicos están exentos. Pero esto es una ilusión. Ni Venezuela ni Irán pueden comprar fácilmente suministros médicos, ni pueden transportarlos fácilmente a sus países, ni pueden usarlos en sus sistemas de salud, que son en su mayoría del sector público. El embargo contra estos países —en la época del COVID-19— no solo es un crimen de guerra según las normas de los Convenios de Ginebra (1949), sino que es un crimen contra la humanidad según la definición de la Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas (1947).

En 2017, el Presidente de los Estados Unidos Donald Trump promulgó estrictas restricciones a la capacidad de Venezuela para acceder a los mercados financieros; dos años más tarde, el gobierno de los Estados Unidos puso en una lista negra al Banco Central de Venezuela y puso un embargo general contra las instituciones estatales venezolanas. Si alguna empresa comercia con el sector público de Venezuela, podría enfrentarse a sanciones secundarias. En 2017 el Congreso de EE. UU. aprobó la Ley para Contrarrestar los Adversarios de Estados Unidos de América a Través de Sanciones (CAATSA, por sus siglas en inglés), que endureció las sanciones contra Irán, Rusia y Corea del Norte. Al año siguiente, Trump impuso una serie de nuevas sanciones

contra Teherán que asfixiaron la economía de Irán. Una vez más, la falta de acceso al sistema bancario mundial y las amenazas a las empresas que comerciaban con Irán hicieron casi imposible que este país hiciera negocios con el mundo. En particular, el gobierno de EE. UU. dejó claro que cualquier negocio con el sector público de Irán y Venezuela estaba prohibido. La infraestructura sanitaria para la mayoría de la población, tanto en Irán como en Venezuela, está dirigida por el Estado, lo que significa que enfrenta dificultad desproporcionada para acceder a equipos y suministros, incluyendo kits de pruebas y medicamentos.

Arreaza nos dijo que su gobierno se había puesto rápidamente en alerta ante los peligros del COVID-19 con una infraestructura sanitaria que se había visto afectada por las sanciones. «Estamos rompiendo el bloqueo –dijo Arreaza– a través de la Organización Mundial de la Salud, a través de la cual hemos obtenido la medicina y las pruebas para detectar la enfermedad». La OMS, a pesar de su propia crisis de fondos, comenzó a desempeñar un papel clave tanto en Venezuela como en el Irán. No obstante, la OMS se enfrentó a sus propios desafíos con las sanciones, en particular en lo que respecta al transporte. Estas duras sanciones obligaron a las empresas de transporte a reconsiderar la prestación de servicios tanto en Irán como en Venezuela. Algunas aerolíneas dejaron de volar allí; muchas compañías de transporte decidieron no enfadar a Washington. Cuando la OMS trató de conseguir kits de testeo para COVID-19 de los Emiratos Árabes Unidos a Irán, se enfrentó a dificultades –como dijo

Christoph Hamelmann, de la OMS— «debido a las restricciones de vuelo»; los Emiratos Árabes Unidos enviaron el equipo a través de un avión de transporte militar.

Del mismo modo, Arreaza nos dijo que Venezuela ha «recibido la solidaridad de los gobiernos de países como China y Cuba». Esto es una cuestión clave. China, a pesar de sus propios desafíos de COVID-19, había comenzado a suministrar kits de testeo y equipo médico a Irán y a Venezuela; fue la vigorosa reacción de China al virus lo que ha frenado su expansión dentro de la propia China. A finales de febrero, un equipo de la Sociedad de la Cruz Roja de China llegó a Teherán para intercambiar información con la Cruz Roja Iraní y con funcionarios de la OMS; China también donó equipos y suministros de análisis. Las sanciones, según nos dijeron los funcionarios chinos, no deberían tener ninguna consecuencia durante una crisis humanitaria como esta; no van respetarlas. Mientras tanto, los iraníes desarrollaron una aplicación para ayudar su población durante el brote de COVID-19 y Google decidió que lo retiren de su tienda de aplicaciones, como consecuencia de las sanciones de EE. UU.

Yolimar Mejías Escorcha, una ingeniera industrial, nos dijo que el régimen de sanciones ha ejercido mucha presión en la vida cotidiana en Venezuela. Ella dice que el gobierno «sigue haciendo un esfuerzo para asegurar que las personas que más lo necesitan reciban atención médica, educación y comida». La oposición ha intentado decir que la crisis es una consecuencia de la ineficiencia del gobierno, en lugar de un resultado del bloqueo imperialista a Venezuela. A principios de marzo de 2020, se lanzó

una nueva campaña en el país llamada «Las sanciones son un crimen». Ella esperaba que esta campaña explicara claramente a la gente por qué hay escasez en su país, con las sanciones como razón principal.

En 2019, un grupo de países se reunió en las Naciones Unidas en Nueva York para discutir la violación de la Carta de las Naciones Unidas que implican las sanciones unilaterales de EE. UU. La intención era trabajar a través del Movimiento de los No Alineados (MNOAL) para crear un grupo formal que responda a estas sanciones. Arreaza nos dijo que Venezuela apoya esta iniciativa y también la declaración de principios redactada por Irán contra el unilateralismo y la queja formal rusa sobre la negación de visados para que los funcionarios visiten el edificio de la ONU en Nueva York. «Esperamos reanudar las reuniones este año, una vez que las dificultades presentadas por COVID-19 estén superados», dijo. Quieren reunirse de nuevo, según expresó Arreaza, para «avanzar en acciones conjuntas y concretas».

Cuando Estados Unidos continúa sus embargos contra más de 50 países –pero sobre todo contra Cuba, Irán y Venezuela– con una pandemia global en marcha, ¿qué dice esto sobre la naturaleza del poder y la autoridad en nuestro mundo? La gente sensible debería estar ofendida por tal comportamiento, y su evidente mala conducta por las muertes antinaturales que provoca. Es por eso que Irán llevó el caso de las sanciones de EE. UU. a la Corte Internacional de Justicia, que dictaminó, a principios de marzo de 2020, que Estados Unidos debe retirar sus duras sanciones. El Secretario de Estado de EE. UU. Mike

Pompeo actuó su papel: «Me sorprende que el tribunal no haya reconocido su falta de jurisdicción», dijo. Ningún organismo internacional se atreve a decirle a Estados Unidos lo que tiene que hacer, ni siquiera en una época de pandemia mundial.

## La justicia como arma de guerra

El golpe de Estado contra el gobierno de la presidenta Dilma Rousseff del Partido de los Trabajadores en Brasil fue bastante directo. Los medios de comunicación de la oligarquía —con el Grupo Globo a la cabeza— comenzaron a hacer acusaciones contra Rousseff y encendieron a la oposición para paralizar el gobierno. A pesar de eso, ganó un segundo mandato a fines de 2014. Pero la oposición presentó un caso de corrupción contra ella; no había ningún tipo de evidencia, como se demostró después en el Senado brasileño. Fue destituida. La visión general es que fue víctima de un golpe de Estado parlamentario.

El teniente superior Charles Dunlap de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos utiliza el término *lawfare* para describir lo que le sucedió a Dilma Rousseff; se trata del «uso de la justicia como arma de guerra». La derecha tomó el poder luego de su destitución (*impeachment*) pero seguía con temor a no poder ganar una elección si Lula, del Partido de los Trabajadores (PT), se presentaba contra alguno de sus candidatos. Lula había ganado dos elecciones consecutivas y gobernó Brasil de 2003 a 2010. Al final de su segundo mandato, Lula tenía un 86% de



aprobación, la cifra más alta de la historia de Brasil. Los programas de reducción de la pobreza de su gobierno – en particular sus programas para el alivio del hambre– le merecieron elogios de todo el mundo. La redistribución del ingreso mediante programas sociales como Bolsa Familia y Brasil Sin Miseria, la expansión del crédito, el aumento del empleo digno y el aumento del salario mínimo hizo que casi 30 millones de brasileños (de 209 millones) salieran de la pobreza. Brasil pagó sus deudas con el FMI y el gobierno descubrió una reserva petrolífera enorme en la Cuenca de Santos, frente a las costas de San Pablo. Ese petróleo podría eventualmente cambiar la posición estratégica de Brasil en el mundo.

El juez Sérgio Moro presentó un caso de corrupción contra Lula en abril de 2015. El Ministerio Público de Brasil de Curitiba –dirigido por Deltan Dallagnol– estaba a cargo de una investigación sobre acusaciones de corrupción en la empresa de energía estatal brasileña, Petrobras. Dado que un lavadero de autos fue parte de la investigación de lavado de dinero, la división se conoció como *Lava Jato* (lavadero de autos). Esta división especial reveló las actividades de contratistas como la OAS y Odebrecht que, aparentemente, remodelaron un departamento en la costa y una finca en el interior que se suponía eran propiedad de Lula. Según el grupo de Lava Jato, esas empresas habían obtenido concesiones de Petrobras. Según esta división, Lula se benefició de los contratistas, que a su vez se beneficiaron de las dádivas del Estado. Esa era la acusación. Los fiscales no pudieron probar que Lula haya sido el dueño del departamento y

de la finca. Ni pudieron probar ningún beneficio de los contratistas. Lula fue condenado –absurdamente– por «*actos no especificados*». Un exdirector de la OAS, Léo Pinheiro, que había sido sentenciado a 16 años de cárcel por lavado de dinero y corrupción en 2014, otorgó evidencia contra Lula; gracias a eso, se redujo su sentencia. No hubo evidencia material contra Lula.

La investigación de Lava Jato fue muy provechosa para las empresas transnacionales. El acoso del Departamento de Justicia a la empresa de construcción de aviones brasileños Embraer obligó a la firma a venderse a Boeing. Petrobras, una joya importante como parte de una estrategia de desarrollo nacional, tuvo que vender el 75% de sus reservas de petróleo a BP, British Shell, Chevron, CNOOC, ExxonMobil, QPI y Statoil. Se abrieron los negocios en el Amazonas, se extrajeron sus recursos y se vendieron para ganancia de las empresas transnacionales.

Lula no pudo ser candidato para la presidencia. La eliminación de Lula de una elección presidencial que hubiera ganado cómodamente es un ejemplo de *lawfare*, el uso de la justicia para llevar adelante un golpe de Estado contra las fuerzas de la izquierda.

En 2017, el Departamento de Justicia de Estados Unidos visitó al juez Moro mientras armaba el caso contra Lula. Kenneth Blanco, procurador general adjunto de Estados Unidos, dijo en 2017 que los funcionarios judiciales de Estados Unidos tenían «comunicaciones informales» acerca de la eliminación de Lula de las elecciones presidenciales de Brasil de 2018. El 6 de marzo de 2019, el Departamento de Justicia de Estados Unidos dijo que

transferiría 80% de las multas que recibió de Petrobras al Ministerio Público Nacional para armar un «fondo de inversión anticorrupción». Se puede afirmar que fue un pago al equipo de Lava Jato por su trabajo para eliminar a Lula de la carrera presidencial. En 2014, la presidenta Dilma Rousseff había ordenado que el 100% de las ganancias fueran a los sectores de educación y salud pública; ahora son básicamente un soborno para los juristas de derecha que impidieron una reelección de Lula. Moro, el maestro de *lawfare*, se unió al gabinete del ganador de esa elección, Jair Bolsonaro.

La persecución de Lula es una historia que no es solo sobre Lula, ni solo sobre Brasil. Es un caso testigo del modo en que las oligarquías y el imperialismo han buscado usar el caparazón de la democracia para destruir las aspiraciones democráticas del pueblo. Es la metodología de la democracia sin democracia, un «Pueblo Potemkin» del liberalismo.

## Dinamita en las calles

Fue un golpe de Estado. El 10 de noviembre de 2019, el presidente de Bolivia Evo Morales Ayma renunció a su cargo. Había sido reelegido para la presidencia el 23 de octubre; iba a ser su cuarto mandato. El 9 de noviembre, los rumores en Bolivia indicaban que la policía abriría un corredor para que las milicias de derecha ingresaran al palacio presidencial y mataran a Morales. La tensión frenó al país. Morales habló ante la prensa, convocó a

nuevas elecciones y dijo que el Congreso podía designar un nuevo tribunal electoral. Los partidos políticos de la oligarquía –dirigidos por el contrincante de Morales, Carlos Mesa– rechazaron la propuesta. Mesa, que había sido el presidente antes de Morales, había llamado a «movilizaciones permanentes» después de perder la elección. Esas «movilizaciones permanentes» se intensificaron hasta llegar a una rebelión, en la que la policía se unió a las filas de una insurgencia de los oligarcas (los policías estaban frustrados con Morales porque les había quitado oportunidades de corrupción menor). Morales quizás podría haber permanecido en el poder si las Fuerzas Armadas hubieran permanecido neutrales, pero el general Williams Kaliman, formado en las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, le pidió a Morales que diera un paso al costado. No fue tanto un pedido sino una exigencia. Morales no tuvo opción. Tuvo que renunciar.

Cuando Evo Morales llegó al poder en 2006, fue el primer presidente indígena de la república, que declaró su independencia en 1825. Dos tercios de la población de Bolivia provienen de diversas comunidades indígenas; han vivido en la pobreza y han sufrido la humillación por parte de quienes afirman descender de los españoles. Morales ganó con un triunfo aplastante en 2005 y eso le permitió a su partido Movimiento al Socialismo (MAS) impulsar una agenda para la gran masa del pueblo, incluido el reclamo de dignidad para las comunidades indígenas. En la nueva Constitución (2009), la bandera de las comunidades indígenas, la Wiphala, se convirtió en equivalente a la antigua bandera de Bolivia. Ese gesto fue fundamental,

pues la Wiphala se cosió en los uniformes militares y se izó en los edificios gubernamentales. Bolivia, un Estado plurinacional, ya no iba a denigrar su herencia indígena.

Morales, como presidente, no solo puso en marcha una agenda indígena, sino también socialista. El Movimiento al Socialismo estaba formado por una variedad de movimientos sociales y políticos, que incluían organizaciones indígenas y sindicatos. Su predecesor, Carlos Mesa, tuvo el embate de las protestas contra la privatización del gas y del agua y contra la destrucción del cultivo de coca de Bolivia. Morales, que era un líder cocalero, tenía sus raíces en estos movimientos. En 2019 en las Naciones Unidas, Evo Morales dijo que Bolivia –desde 2006– había reducido su pobreza de 38,2% a 15,2%, había aumentado la expectativa de vida nueve años, tenía un 100% de alfabetismo, había desarrollado un sistema de atención de salud universal, había garantizado que más de un millón de mujeres recibieran tenencia de tierra y tenía un Parlamento en que más del 50% de los legisladores eran mujeres. ¿Cómo lo logró Bolivia? «Nacionalizamos nuestros recursos naturales y nuestras empresas estratégicas, tomando el control de nuestro destino», dijo Morales. Esos recursos, que incluyen combustibles fósiles pero también metales estratégicos clave como el indio y el litio, han sido objeto de deseo de las empresas transnacionales desde hace décadas. Durante sus trece años como presidente, Morales pudo enfrentar cientos de años de desigualdad enquistada.

Morales ganó su primera elección presidencial cuando la «marea rosa» se había establecido desde Venezuela

hasta Argentina. Cuando los precios de las materias primas cayeron, muchos de esos gobiernos de tendencia de izquierda perdieron poder, pero Morales mantuvo su popularidad y ganó elección tras elección en un firme mandato de democracia boliviana en expansión. Pero enfrentaba la oposición de la oligarquía boliviana y de Estados Unidos, que hace rato quería que Morales saliera del gobierno. Cuando Morales llegó al poder, la embajada de Estados Unidos en La Paz, capital de Bolivia, lo llamó «un agitador de la coca ilegal». Si intentaba nacionalizar alguno de los sectores clave, o si revertía las políticas anticoca, iba a ser penalizado. Morales no demostró subordinación tal a Estados Unidos. De hecho, se unió al giro a la izquierda de América Latina y desarrolló un vínculo estrecho con Cuba y con Venezuela.

Los temores a un golpe no son lejanos en Bolivia, que tuvo golpes de Estado en 1964, 1970 y 1980. Las Fuerzas Armadas, muy influenciadas por Estados Unidos, siempre estuvieron alertas para un eventual escenario en que pudieran expulsar a Morales. Pero la enorme popularidad personal de Morales y del MAS impidió una acción armada del estilo. Los planes socialistas de Morales mejoraron la vida cotidiana del pueblo, incluso con la caída de los precios de las materias primas. El golpe de Estado contra Morales estuvo siempre en los planes, pero tuvo que ser demorado por su fuerte vínculo con el pueblo y por su exitosa agenda socialista.

Los eventos que condujeron a la elección del 20 de octubre de 2019 fueron muy tensos. Morales había buscado tener un cuarto mandato, para lo cual tuvo que

pedir aprobación judicial. La Corte Suprema dictaminó en noviembre de 2017 que podía presentarse para otro mandato. En esa elección, Morales le ganó a Carlos Mesa por más de diez puntos, lo cual era suficiente para ganar la presidencia en la primera ronda de votación. Pero Mesa se negó a aceptar el resultado. La OEA, muy politizada e influenciada por Estados Unidos, envió un equipo de monitoreo, cuyo informe preliminar encontró irregularidades en el conteo de los votos. Todo el argumento de la OEA se basaba en lo que llamaba un «cambio drástico y difícil de explicar en la tendencia de los resultados preliminares después del cierre de los comicios». Pero la OEA no presentó ningún tipo de evidencia para esta afirmación. El Center for Economic and Policy Research concluyó que no hubo irregularidades y que la declaración de la OEA era infundada. Sin embargo, los funcionarios clave de Estados Unidos y la oligarquía boliviana se valieron de la declaración de la OEA e intentaron invalidar los resultados de la elección. Eso fue lo que propulsó a la derecha a llamar a su base de apoyo para que inundaran las calles y lo que propulsó a las fuerzas de la policía a amotinarse. El papel de la OEA y del gobierno de Estados Unidos para dar legitimidad al proceso del golpe fue clave.

En julio de 2007, el embajador de Estados Unidos Philip Goldberg envió un cable a Washington en el que señaló que las empresas mineras de Estados Unidos se habían contactado con su embajada para consultar por el clima de inversiones en Bolivia. Goldberg creía que la situación para las empresas mineras no era satisfactoria. Cuando se le preguntó si podía organizar una reunión

con el vicepresidente Álvaro García Linera, dijo: «Lamentablemente, sin dinamita en las calles, es incierto si la embajada o las empresas mineras internacionales podrán obtener siquiera este mínimo objetivo». «*Sin dinamita en las calles*» es una frase en la que vale la pena detenerse. Un año más tarde, Morales echó a Goldberg de Bolivia tras acusarlo de haber colaborado con las protestas en la ciudad de Santa Clara. Una década más tarde, fue la «dinamita» la que eliminó a Morales del poder.

## Creemos en la gente y en la vida

No es por nada que América Latina produjo centenares de grandes poetas, la mayoría eran personas de izquierda y muchos eran militantes de diversos movimientos. Se necesita a los poetas para expandir nuestra imaginación, para darnos coraje en nuestra lucha y para alumbrar una luz en el futuro. Entre ellos se encuentra Otto René Castillo (1934-1967), una de las grandes voces de Guatemala. Castillo llevó sus cuadernos a las selvas de Guatemala, donde tomó las armas y se unió a las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR). Su fe en la capacidad del pueblo para superar las guerras contrarrevolucionarias de su época se revela con gracia en su poesía.

Lo más hermoso  
para los que han combatido  
su vida entera,  
es llegar al final y decir:



creíamos en el hombre y la vida  
y la vida y el hombre  
jamás nos defraudaron.

Castillo y su compañera Nora Paíz Cárcamo (1944-1967) fueron capturados en marzo de 1967 y llevados al cuartel de Zacapa, donde los torturaron y quemaron vivos. Junto con ellos, el ejército mató a 13 campesinos, los vistió con uniformes rebeldes y los hizo pasar por muertos en combate (un ardid familiar en la actual Colombia). Eso no fue en absoluto lo que ocurrió. Los 15 habían sido asesinados en la base militar de Las Palmas. Así se maneja el bando del golpe de Estado. Busca robar el alma de las personas para reducirlos a zombis que deben agachar la cabeza y trabajar, y contribuir con su valioso trabajo a la acumulación de capital en manos de los tiranos de la economía.

---

## Fuentes

Un libro como este se basa en una amplia gama de fuentes, pero más que eso, se basa en toda una vida de actividad y de lectura. La lista de todos los libros y artículos seguramente hará que este libro duplique su tamaño actual. He estado involucrado —de una manera u otra— en el movimiento de izquierda durante décadas, y en estas décadas he estado activo en campañas contra el comportamiento criminal del imperialismo. Y he estado leyendo acerca de este comportamiento en panfletos y periódicos durante estas últimas décadas. No hay mayor claridad para un escritor que estar involucrado en el mismo proceso sobre el que desea escribir; la distancia es útil, sin duda, pero la distancia también puede crear un falso sentido de desapasionamiento.

Mi primer recuerdo imborrable de la actividad política proviene de la intervención de Estados Unidos en Granada en 1983. Se trataba de una pequeña nación insular en el Caribe, sin siquiera una población de 100.000

habitantes, que había estado experimentando con su propia forma de socialismo a través del Movimiento New Jewel. El gobierno de Estados Unidos rápidamente desarrolló un relato —que alimentó a la prensa corporativa— sobre la participación cubana en el Movimiento New Jewel y en el gobierno de su líder Maurice Bishop. Esto era probablemente cierto, pero el punto no era ese; el objetivo era manchar el Movimiento New Jewel con el pincel del comunismo y con la participación tanto cubana como soviética. Es precisamente lo que el gobierno de Estados Unidos había hecho a todas las luchas revolucionarias en América Central y el Caribe en este período, permitiendo que el fantasma del comunismo justificara su apoyo a las más miserables fuerzas de derecha —a menudo genocidas— de la región. Mi primer ensayo para un periódico fue escrito sobre la intervención de EE. UU. en Granada (se publicó en el periódico alternativo de mi escuela, *The Circle*).

El primer borrador de la historia, dice la verdad de perogrullo, son los medios de comunicación. Como todas las verdades de perogrullo, es solo parcialmente correcta. En el caso del imperialismo, es totalmente engañosa. Los medios corporativos en Occidente —y los medios en otros lugares que los reproducen— no son capaces de escribir el primer borrador de la historia porque son parte de la historia. Toman lo que dictan las instituciones imperialistas, como la CIA, y producen narrativas que tienen diversos grados de verdad, pero que casi siempre son historias que se enmarcan en lo que conviene a los intereses occidentales, más que en los hechos sobre el terreno.

Leer los medios de comunicación sobre Granada después de la revolución de 1979 era tomar la taquigrafía del gobierno de EE. UU. En 1979, por ejemplo, *The New York Times* publicó un artículo titulado «Una Granada radical simboliza el cambio político en el Caribe» (20 de agosto). La historia se basaba en dos párrafos de citas de John A. Bushnell, Subsecretario de Estado Adjunto de Asuntos Interamericanos del gobierno de Estados Unidos. Bushnell dijo que si bien el gobierno de Estados Unidos «no cree que Cuba esté siguiendo algún plan maestro para expandir su influencia en el Caribe», no obstante «también parece haber un acercamiento de jóvenes radicales y movimientos radicales en el Caribe, alentados por los recientes acontecimientos en Granada y tal vez también por Cuba». Cuba, dijo, es un «mecenas de los revolucionarios» y viene «en ayuda de los regímenes radicales». No había un relato detallado de los planes del gobierno de Bishop; no había voces de ese gobierno, nada realmente sobre la desesperación del pueblo de Granada por un futuro diferente.

Para obtener el punto de vista del Movimiento New Jewel, sus propios periódicos fueron invaluable, así como los discursos de Maurice Bishop; Bishop habló abiertamente sobre los desafíos en este pequeño isla y ofreció una visión amplia de lo que sería posible si la gente se encontrara realmente a cargo (estos son recogido en *Maurice Bishop Speaks*, Nueva York, 1983). Para un revolucionario socialista, el primer borrador de la historia deben ser los registros del gobierno (1979-1983) y las palabras de sus arquitectos. Estos ofrecen la revolución

en sus propias palabras. Pero una revolución –como la contrarrevolución– es capaz de ser cegada por su propia retórica, por lo que sus críticos de la izquierda son a menudo guías invaluable para el proceso revolucionario. Antes de que exista Internet era difícil seguir estos debates; y era fácil que fueran eliminados por las calumnias de los medios de comunicación corporativos. Pero siempre hubo plataformas de solidaridad –como el Programa Ecuménico para la Comunicación y Acción Interamericana (EPICA, por sus siglas en inglés); y TransAfrica– que produjeron sus propios expedientes y boletines. Estos estaban llenos de recortes de periódicos y documentos de todo tipo, una mezcla de información esencial que circulaban entre los izquierdistas que se solidarizaban con los experimentos como el Movimiento New Jewel y que estaban indignados por las payasadas del imperialismo. Tales colecciones son clave para el archivo de un libro como *Balas de Washington*.

En 1983, EE. UU. invadió Granada y arrasó con el Movimiento New Jewel.

No fue hasta 2012 que National Security Archive –un proyecto de investigación sin fines de lucro en Estados Unidos– pudo obtener 226 documentos, en su mayoría del Departamento de Estado de Estados Unidos, sobre Granada. Estos documentos permiten a un meticuloso investigador reconstruir la historia de cómo el gobierno de EE. UU. llevó a cabo una guerra híbrida contra el gobierno de Maurice Bishop y cómo creó las condiciones para su invasión. Una lectura detallada de los documentos muestra lo obsesionado que estaba el gobierno de

EE. UU. con la potencial participación cubana y soviética en Granada, y cómo esto motivó cada decisión política negativa de la administración de Ronald Reagan contra el Movimiento New Jewel. El verdadero primer borrador de la historia es este tesoro secreto de documentos, que salen a la luz décadas después del evento. Este libro está escrito con este tipo de documentos en mano, materiales del Departamento de Estado y de la CIA que están disponibles en el propio archivo digital de la CIA, o a través de National Security Archive, o bien en los papeles privados de antiguos funcionarios del Departamento de Estado y de la CIA, así como de presidentes de Estados Unidos. Se necesita mucho esfuerzo para revisar algunos de estos papeles, e incluso más esfuerzo para aprender a leerlos cuidadosamente. Estos documentos no pueden ser tomado al pie de la letra porque —como he aprendido a lo largo de los años hablando con oficiales retirados de la CIA y del Departamento de Estado— hay una gran cantidad de exageración impulsada por la carrera. Uno tiene que examinar la información con cuidado y diligencia.

Nada es tan valioso como la retrospectiva, y a menudo la mejor retrospectiva viene en las memorias y en los recuerdos, así como en el trabajo académico. Maurice Bishop fue asesinado, y Milan Bish —el embajador clave de EE. UU.— ahora está muerto. Pero Wendy Grenade, que enseña en la Universidad de las Indias Occidentales, en Cave Hill (Barbados), editó un libro en 2015 llamado *La Revolución de Granada: Reflexiones y Lecciones*. Este libro incluyó una entrevista con Bernard Coard, quien era el ayudante de Bishop y quien lo haría arrestar (cómo murió

Bishop sigue siendo un misterio); y dos ensayos de Brian Meeks y Patsy Lewis, participantes en la revolución. Un libro como el editado por Wendy Grenade ofrece a los participantes la oportunidad de mirar hacia atrás y ofrecer su propio contexto para la revolución, y permite a otros colaboradores evaluar la naturaleza del golpe de Estado contra el Movimiento New Jewel. El tipo de libro que acaban de leer no puede escribirse sin consultar la vasta e importante literatura secundaria, a menudo el mejor lugar para entender los contornos de las revoluciones de liberación nacional que «provocan» las balas de Washington.

Nada me ha sido tan útil para escribir este libro como las conversaciones que he tenido con exagentes de la CIA, gente como Chuck Cogan, Rafael Quintero y Tyler Drumheller. *In Search of Enemies* (1978) de John Stockwell es un libro diseñado para limpiar la conciencia de un hombre que estaba disgustado por el trabajo que había hecho. Stockwell estuvo en Granada justo antes de que Bishop fuera asesinado; fue a Trinidad y se enfermó de gripe, por lo que no estuvo presente en el momento clave en que el Movimiento New Jewel fue destruido. Cuando EE. UU. invadió Granada, Stockwell dijo que al presidente Ronald Reagan «le gusta la controversia. Lo hace parecer como lo que él piensa que es un líder». EE. UU. había exagerado la presencia cubana en Granada, dijo Stockwell, como una manera de justificar la intervención. Él sabía estas cosas desde adentro. Sin la aportación de gente como Stockwell o Chuck Cogan, este tipo de libro no puede ser escrito. Antes de morir, Chuck se reunió conmigo varias veces en Cambridge, Massachusetts, en un restaurante y me

explicó su trabajo en la Dirección de Operaciones en los años clave de 1979-1984. Entonces me interesó el asesinato del embajador de EE. UU. Adolph Dubs, en Kabul, en 1979; Chuck decía: «No toques eso, es demasiado caliente». Pero luego me contaba otra historia, me llevaba por el camino hacia otro desastre hecho en los Estados Unidos. Este libro está salpicado de ideas que obtuve de estos hombres, que hacían cosas desagradables, odiaban hablar de ellas, pero eran lo suficientemente honestos para decir hacia el final de sus vidas que habían ayudado a hacer del mundo un desastre.



---

## Agradecimientos

No podría haber escrito este libro sin el trabajo y la energía del equipo de Tricontinental: Instituto de Investigación Social. Ellos han sido mi fuente de inspiración intelectual. El equipo está formado por Renata Porto Bugni, José Seoane, André Cardoso, Srujana Bodapati, Richard Pithouse, Aijaz Ahmad, P. Sainath, Celina della Croce, Ahmet Tonak, Tings Chak, Ingrid Costa N. R. Guimarães, Ghassane Koumiya, Pilar Troya Fernández, Marco Fernández, Maria Belén Roca Pamich, Emiliano López, Adrián Pulleiro, Luciana Balbuena, P. Ambedkar, Subin Dennis, Satarupa Chakrabarty, Umesh Yadav, Cristiane Ganaka, Olivia Carolina Pires, Rebecca Gendler, Luiz Felipe Albuquerque, Nontobeko Hlela y Mwelela Cele. Visite nuestro sitio web, [thetricontinental.org](http://thetricontinental.org), para ver el trabajo que hacemos y el que aspiramos a hacer.

El libro fue escrito teniendo en mente el proceso llamado Semana Antiimperialista (<https://antiimperialistweek.org/en/>), convocado por la Asamblea Internacional

de los Pueblos. Gracias a la Secretaría de la Asamblea – Paola Estrada, Giovani del Prete y Jo Figueroa – por todo su aliento. João Pedro Stédile y Neuri Rosseto del Movimento dos Trabalhadores Sem Terra en Brasil, Abdallah El Harif de Annahaj Addimocrati en Marruecos, y Manuel Bertoldi del Frente Patria Grande en Argentina me animaron a escribirlo lo antes posible.

Agradecido a mi familia y amigos por el amor que siempre es la energía para cualquier trabajo como este, en particular Soni Prashad, Rosy Samuel, Brinda Karat, Radhika Roy, Prannoy Roy, Elisabeth Armstrong, Zalia Maya, Rosa Maya, Shonali Bose, Subhashini Ali, Jodie Evans, Roy Singham, Manolo Enrique De Los Santos, Vashna Jagarnath, así como Jojo, Rani y Leela. Gracias a Sudhanva Deshpande, mi camarada gemelo, por su cuidadosa edición de este texto, y la alegría contagiosa que trajo al proceso. Gracias a nuestro magnífico equipo de LeftWord Books por su dedicación a cada uno de nuestros libros y a nuestro objetivo final: Nazeef Mollah, Suvendu Mallick, Purbasha Sarkar, Sreenath Hussain, Md. Shahid Ansari, Manoj Kumar y D. Rajendra Kumar.

El libro es para Prakash Karat, una influencia que guía mi vida; él es el lector que se sentó sobre mis hombros mientras escribía *Balas de Washington*.

Bouficha, Túnez  
13 de febrero de 2020

**VIJAY PRASHAD** es un historiador, editor y periodista indio, profesor de Estudios Internacionales en el Trinity College de Connecticut. Es director del Instituto Tricontinental de investigación social y autor de treinta libros, incluidos *Una estrella roja sobre el Tercer Mundo* (Batalla de ideas, 2017) y *Las naciones oscuras: Una historia del Tercer Mundo*. Es corresponsal principal de *Globetrotter* y columnista de *Frontline* (India) y es el editor jefe de LeftWord Books (Nueva Delhi).

«Si nuestros sueños de equilibrio con la Pachamama, de libertad y de justicia social no son aún realidad o se han visto truncados es principalmente por la intervención del imperialismo para atacar nuestras revoluciones políticas, culturales y económicas que enarbolan la soberanía, la dignidad, la paz y la fraternidad con todos los pueblos.»

—Evo Morales

Apoyándose en una vasta biblioteca de documentos del gobierno de Estados Unidos, registros de corporaciones multinacionales, discursos de despotas y memorias de funcionarios Prashad ha reunido un relato fascinante y espantoso de dónde y cómo Estados Unidos ha perpetrado su “lucha contra el terrorismo”, las “drogas” o el “comunismo” global. Pero al lado de la historia del imperialismo estadounidense está la historia de la resistencia mundial. *Washington Bullets* es también un libro sobre la esperanza y las posibilidades que ofrecen millones de resistencias anónimas.



**Bellaterra  
Edicions**

Resistencia Cultural